RESIDENCIA DE VERANO PARA EGOS MALTRATADOS (O MALTRATADORES)

Xavi Demelo

INTRODUCCIÓN

Buenos días, bienvenidos a la Residencia de Verano para Egos Maltratados, buque insignia y ojito derecho de la Fundación para el Adelgazamiento del Ego. Hagan el favor de permanecer juntos durante la visita, presten mucha atención a las explicaciones y, sobre todo, no toquen nada, el material expuesto aquí es sumamente sensible y delicado, como lo sería su propio ego, el de todos y cada uno de ustedes si estuviera depositado temporalmente aquí. Pónganse en el lugar de las personas que nos han confiado esa parte tan importante de ellos mismos y realicen la visita con el respeto y la actitud que cualquiera de ustedes quisiera para sí. En caso de que tengan alguna duda y/o pregunta, al final del recorrido podrán hacerlas. Como pueden ver, disponen de un cuadernito y un lápiz en el *pack del visitante* que se les entregó en la entrada. Pueden apuntar ahí lo que se les ocurra y lo resolveremos cuando terminemos la visita. O por lo menos lo intentaremos.

La RVEM se construyó a partir de las investigaciones del añorado profesor Mortimer Castrati, que, como todos seguramente ya saben, descubrió un nuevo sistema de medición del ego, a cuya unidad llamó egotría. Hay diversas teorías sobre qué impulsó al profesor a bautizar así a su descubrimiento, la más popular y aceptada de todas ellas es la de su también desaparecida ayudante y más tarde bienamada esposa, la doctora Porteño, natural de Buenos Aires y primer conejillo de indias en los incipientes experimentos del profesor. Sostenía la doctora, que le sobrevivió unos meses en su forma completa, que Castrati optó por relacionar egotría con dioptría, ya que el conocido científico creía que, cuanto más pesaba un ego, más engañado solía estar con respecto a su verdadera esencia, por tanto menos veía y más egotrías necesitaba para atravesar ese ego y conectar con el Ser. Es una medida que, aparte del concepto peso, tiene que ver mucho también con el concepto densidad, así como incluye, para complicar aún más la teoría, una idea de **flexibilidad** del ego, pues habla de la tendencia de éste a volver una y otra vez a los mismos parámetros y posiciones iniciales, normalmente patológicos, independientemente de la terapia aplicada o, inclusive, del tiempo de permanencia en la RVEM u otras residencias similares de carácter privado que actualmente existen en todo el territorio nacional y, sobre todo, en la capital federal y sus alrededores.

Este fenómeno de proximidad a los grandes núcleos urbanos, donde los egos enfermos necesitan manifestar su sintomatología de manera más frecuente y gritona para distinguirse de la manada, lo explicó recientemente nuestra actual directora, Sor Jefa (antigua monja mariana convertida en administradora por Castrati seis meses antes de traspasar), en su libro "Estudio de la proliferación de la apertura de residencias de verano para egos y su posterior cierre en Buenos Aires, capital federal", en el cual defiende la teoría, basada en eruditas investigaciones, de que, cuando los egos viajan demasiados kilómetros para *entregarse* en residencias lejanas, normalmente cerca de la naturaleza - tal y como se comenzaron a construir hace unos años, cuando se publicaron los trabajos del profesor Castrati y se comenzaron a conocer los éxitos de esta venerable institución - , acaban convenciendo a la propia mente de la inutilidad del esfuerzo de separación de ambos y se ha observado el curioso suceso, reincidente en un montón de

casos, de que el individuo en cuestión anula su reserva y cambia ese proceso terapéutico tan necesario para la salud holística y el despertar de la conciencia por algo mucho más banal y menos comprometido con su crecimiento personal, como pueda ser la estancia en un balneario, un hotelito rural o, inclusive, unos días de acampada junto a cualquier riachuelo que encuentren en el camino, habiendo proliferado de esta manera la construcción de campamentos de fin de semana en las rutas de las residencias, campamentos ya en su mayoría cerrados o en vías de extinción, así como otros establecimientos de hostelería creados a la sombra de todo este movimiento egoico, los cuales se atrevían a ofrecer, en su velada y oscura publicidad, servicios rayanos en la intrusión terapéutica y el plagio, como por ejemplo el conocido Balneario para el Ego, por fin clausurado por prescripción gubernativa y reconvertido en una clínica veterinaria, después de un largo y costoso litigio con nuestro gabinete de abogados. Haciendo un paréntesis, les confesaré que sospechamos que siguen trabajando con el ego de los animalitos domésticos que sus dueños les confían, pero de momento carecemos de base legal para iniciar acciones contra ellos, aunque se están recogiendo firmas para demandar del propio Parlamento un proyecto de ley que castigue y regule las intrusiones y el mal uso de la Técnica de Adelgazamiento del Ego en Vacaciones o TAEV, protegida por las leyes de propiedad intelectual y acompañada energéticamente por el Ego con mayúsculas del propio Mortimer Castrati, su creador, el cual, igual que su ayudante y esposa, la doctora Porteño, donó su ego a la ciencia, siendo alojado en una cámara especial del Museo para Egos como Castillos, o MEC, que ustedes podrán admirar en breves momentos.

Y vamos a entrar ya en la visita propiamente dicha: Comenzaremos con el Museo, seguiremos con la Residencia y terminaremos en el Laboratorio. A esto le llamamos la *Visita Flash Back*, ya que comenzamos por el final, por las consecuencias y resultados del tratamiento. Después veremos el proceso de transmutación y adelgazamiento, a través de la observación de unos cuantos de los casos más interesantes y representativos, cuyos egos reposan en urnas privadas que ustedes podrán contemplar sucesivamente en un orden preestablecido, para acabar en el Laboratorio, donde se planifican y preparan los diferentes tratamientos aplicados a nuestros usuarios y usuarias.

Una vez hecho el recorrido, pasaremos a la sala de Ruegos y Preguntas, donde podrán ustedes consultar todo aquello que deseen. Disponen de un libro de visitas en el cual podrán dejar sus impresiones, así como realizar sugerencias y comentarios en positivo para mejorar la calidad de nuestras instalaciones y servicios. Las quejas y críticas destructivas no están permitidas, ya que el analista encargado de su recopilación y posible aplicación futura tiene su propio ego en construcción, después de haber pasado una fuerte crisis *egoréxica*, y aún ahora, tras seis meses de tratarse con la técnica del ESO (Engorde Sistemático del Ego), sigue estando muy frágil y poco proclive a escuchar críticas. Su salud mental todavía depende de un hilo (aunque cada vez más grueso, afortunadamente) y les agradeceré que no contribuyan a que ese hilo se rompa. Si tienen algún comentario despectivo, hiriente, ofensivo o -cuidado con eso -

sumamente neutro o sospechosamente indiferente, les agradeceré que lo manifiesten de viva voz en la sala de Ruegos y Preguntas. Es una estancia completamente aislada y acondicionada, con paredes acolchadas donde no se escapa ningún sonido ni **palabra**, esa manifestación tan peligrosa del ego, al exterior. Asimismo, el ticket de la visita incluye, opcionalmente, claro está, la posibilidad de darse unos cuantos cabezazos contra el acolchado de las paredes, medida que ha demostrado su enorme efectividad en muchos de los otrora visitantes que les han precedido. Como muy bien diría Sor Jefa, nuestra directora: "Un cabezazo a tiempo es una victoria".

También debo recomendarles que estén muy atentos a sus propias reacciones ante lo que van a ver a continuación. Algunas de las personas, historias y situaciones que vamos a compartir en las próximas dos horas les van a conducir a lugares comunes, les van a impresionar, conmover, incluso enfadar por momentos. Pues bien, son esos momentos álgidos de *tiovivo emocional*, por usar una de las definiciones favoritas del profesor Castrati, los que les van a dar las pistas sobre como está su propio ego en este momento. Si lo desean, al finalizar el recorrido pueden ustedes rellenar el test EAE (Estado Actual del Ego), el cual, por decirlo de alguna manera, mide el tamaño actual de su ego y la cantidad de egotrías necesarias para adelgazarlo convenientemente.

También opcionalmente, les ofrecemos la confección de un estudio personalizado a cargo del Laboratorio de nuestra institución, en el cual les propondremos un tratamiento para el adelgazamiento de su ego o ETAE (Estudio para el Tratamiento de su Ego), así como un presupuesto que intentaremos adaptar a sus posibilidades económicas. Es una operación de marketing que ha decidido montar el DME (Departamento de Marketing del Ego), una sección de esta entidad formada por individuos a los cuales les está terminantemente prohibido seguir ningún tratamiento de los que ofrecemos aquí, excepto el ESO, el cual practican regularmente, con declaraciones positivas constantes como "Soy el Mejor", "En caso de no serlo, aplicar la frase anterior", "Conmigo o sinmigo, lo único que importa es mi ombligo", "Primero, mi dinero, segundo, el resto del mundo", y otras lindezas por el estilo. Yo, particularmente, los encuentro unos fanfarrones insoportables.

Pero es que yo, aquí donde me ven, me he trabajado mucho el ego.

PRIMERA PARTE EL MUSEO DEL EGO

para Egos como Castillos

Y, para comenzar, un plato fuerte: Como ya les avancé, ante ustedes tienen la urna donde se halla depositado el ego del profesor Mortimer Domenico Castrati, donado a nuestra fundación por su dueño justo antes del traspaso definitivo de éste a otra dimensión, una dimensión que desconocemos, así como tampoco sabemos el paradero del cuerpo del profesor Castrati desde que se deshizo del ente que pueden mirar y admirar, pero no tocar, recuerden. Lo único que sabemos del profesor es el nombre que se puso cuando conoció su despertar espiritual: *Ja- us - ho- fareu*. La Fundación tiene un equipo de expertos en lenguas muertas y otras no tanto investigando el significado de este nombre, por si pudiera dar alguna pista sobre su paradero actual.

No obstante, y aunque lográramos dar con él, dudo que el profesor Castrati quisiera saber nada de su vida anterior, sus investigaciones, su cátedra o su colección de quelonios disecados, una de las más completas del mundo (por tan sólo diez dólares de nada pueden disponer de un álbum con ilustraciones a todo color sobre la misma, en la tienda situada a la salida), no olvidemos que todo eso no eran sino proyecciones de su ego, aquí presente. Me inclino a creer que Su Ser interno pasaría absolutamente de sus veleidades académico-científicas y que por eso mismo, entre otras cosas que veremos más tarde, se halla en paradero desconocido. Pero no todo el mundo comparte esta opinión, los hay que dicen que, en el momento de entregar el ego a la ciencia, el Ser pierde completamente su memoria anterior, y tan sólo queda un espíritu libre atado a un cuerpo que sirve como vehículo de tracción y alimento, el cual busca instintivamente un lugar en el mundo donde poder desarrollar todo su potencial, sin las distracciones propias del ego. Esta corriente de pensamiento dentro de la Fundación defiende también la idea de que el antaño profesor Castrati ha adoptado una falsa identidad, y que podría estar en cualquier parte del Universo. Sin ir más lejos, igual es uno de ustedes, que ahora mismo está contemplando su antiguo ego encerrado en esta preciosa urna de cristal de Murano. No hace falta que se miren unos a otros, las posibilidades de reconocerlo son una entre un millón. El señor con barba y túnica es un animador camuflado que esta venerable institución coloca en cada uno de los grupos que visitan el Museo. Muchas gracias, García, puede usted retirarse y cambiarse para la comida – ejerce también como camarero en el restaurante - , buen trabajo, García, como siempre.

Emmanuel Castrati di Tarantella nació en el Bronx, en 1946, nueve meses después del fin de la segunda guerra mundial. Fue concebido el día de la Victoria, bajo una carroza de las muchas que desfilaron por el centro de Nueva York durante la celebración. Su madre era italiana y su padre un marine americano de los diez o doce que pasaron aquel día por entre las piernas de la buena señora, patriota donde las hubiera. La madre siempre llamó Mortimer al niño, en recuerdo del marine americano que le cayó más simpático del grupo y/o que la tenía más grande, eso sigue siendo un punto oscuro en su biografía. Su abuelo materno, conocido *consiglieri* de una de las más poderosas familias de la mafía de Nueva York, cuidó de su educación, pagando sus estudios en Harvard, donde se graduó en Psicología en el año 1965, en plena generación *beat*. Recién licenciado, el futuro aclamado profesor se montó en un tren y recorrió durante dos años de norte a sur y de este a oeste los Estados Unidos, como un pordiosero vagabundo

dedicado a observar y analizar los más ocultos recovecos del comportamiento humano. De esa época data su primer libro: "On the railroad", escrito con la imprudencia y ardor juvenil típicas de sus pocos años, y las faltas de ortografía e incorrecciones gramaticales de sus menos estudios de las asignaturas de letras, convalidadas todas ellas por su tutor en psicología en Harvard, el psicoanalista freudiano Raimon "Earphone" Groovie, llamado así por escucharse únicamente a sí mismo durante grandes períodos de tiempo, años inclusive. Si lo desean, pueden adquirir un ejemplar encuadernado en piel de esta obra, con todas las erratas originales reproducidas escrupulosamente, en la tienda situada a la salida.

Cuando el revisor al fin lo echó del tren, nuestro profesor se instaló en San Francisco, sede del movimiento hippie de finales de los sesenta y principios de los setenta, período durante el cual comenzó sus experimentos con la marihuana, los hongos alucinógenos y las hamburguesas con triple de queso, que le llevarían a pesar ciento ochenta kilos de puro cerebro y panza. De esa época es su conocida conferencia, filmada en super ocho, en la que, entre bocado y bocado, desgranó la teoría que constituiría la base de sus investigaciones posteriores sobre el ego y sus manifestaciones: "Castrati en Berkeley, o como hundir el entarimado con el peso del ego", que ustedes pueden adquirir en formato DVD en la tienda situada en la salida.

Después de conseguir la cátedra vitalicia en Berkeley, una vez apuntalado el entarimado, Castrati comenzó a publicar estudios cada vez más alocados y atrevidos, los cuales dejaban mudos de asombro a la comunidad científica internacional. Hubo un científico alemán, el profesor Werner von Burguer, que se dedicó a combatir sistemáticamente y con extrema dureza las tesis de Castrati, trataran de lo que trataran. Cansado de esta situación, un buen día Castrati le Illamó por teléfono y estuvo tres cuartos de hora hablando con él. Cuando colgó, había convencido al buen hombre de dos cosas: La primera, que el que perpetuaba la guerra contra Castrati no era Burguer, sino su ego, así que el hombre ya tenía por donde comenzar a trabajarlo. Y la segunda era que el alemán no se llamaba Burguer porque sí, eso tenía un sentido oculto y él estaba desoyendo ese sentido, ese llamado universal, ese mensaje. Si el Universo hubiera querido que fuera científico se hubiera llamado Probeter, o Cateter, o Bisturer, o si me apuras, Menter o Psiquer en el caso de la psicología, pero se llamaba Burguer. .. ¿Qué le sugería eso a nivel profundo? ¿Qué sentía él ante esa sincronicidad? ¿Qué primer concepto le venía a la mente? ¡Ese era el bueno y no otro! Y así fue como esta conversación telefónica transoceánica inspiró al profesor Burguer la creación de la que sería una de las franquicias más conocidas actualmente en el mercado de la venta de hamburguesas al por menor y el profesor Castrati, apellido de clara influencia en la orientación de sus investigaciones y línea de trabajo, siguió por sus fueros, habiéndose librado para siempre de rival tan peligroso y sibilino. Estamos hablando, claro está, de la mundialmente conocida cadena de hamburgueserías Burguer Riiiing, así llamada en homenaje a esa conversación telefónica.

En aquella época, Castrati era feliz dentro del movimiento hippie, se dejó el pelo largo hasta más allá de las posaderas, y solía asistir a los retiros de yoga y meditación

trascendental de Maharishi Mahesh Yogui, donde se sentaba en posición de loto sobre su propia cabellera, ahorrándose así el consumo de toallas, mantas y/o pareos. Tampoco usaba ningún tipo de colchoneta, puesto que a fuerza de no lavarse el pelo, éste fue fabricando un especie de edredón donde no faltaba mugre, polvo, piojos y algún peine distraído que se había quedado a vivir allí, viendo el poco trabajo que había y el tiempo de que disponía para meditar sobre si es mejor tener púas o cerdas, sin ir más lejos. Y perdonen la expresión.

Por aquel entonces, en una comuna-tertulia a la que asistía los jueves a consumir ayahuasca y hablar de béisbol, conoció a la que sería su primera musa, la bellísima actriz Leslie Tate, a quien él, siempre amante de la broma fácil y los juegos de palabras que usa el pueblo llano, solía decir: "Tate, hazte un porro de chocolate", o "Tate quieta, baby, que no puedo más..." Estos detalles aparentemente insignificantes de su juventud nos hacen reflexionar sobre el tipo de persona que era antes de convertirse en el ego descomunal que acabaría precipitándole a una cierta separación entre ego y realidad y, ya al final de su carrera, a la bipartición total, de la cual ustedes son ahora asombrados testigos, me consta porque ya llevo más de mil visitas guiadas a mis espaldas (ya me entregó el reloj conmemorativo la Fundación en un acto más bonito, oigan... mi mujer no lo olvidará fácilmente, bueno, ella es que es muy sensiblera, llora con mucha facilidad...) y sé de lo que hablo.

De esa época son sus primeros escarceos con el cine, como guionista: Todos ustedes recordarán la películas "La invasión de los ultra-egos", "2001, una odisea del ego" y su primer film como director: "Dos egos cabalgan juntos", considerado el primer psico western de la historia del cine. Pero las peleas constantes con Leslie y el escandaloso affaire de sus amoríos con la princesa pigmea Bajita, que apareció en un par de películas suyas de bajo presupuesto, "Tarzán y su ego" y "Salomón y la reina del ego", donde analizaba el ego femenino en su vertiente más selvática y antropológica, impelieron a Castrati a ir dejando de lado sus devaneos con el séptimo arte e inaugurar una nueva etapa en su vida, centrada en nuevo vehículo que vino a su encuentro por una casualidad: el teatro.

La cosa fue más o menos así: Un afamado productor independiente de Broadway, Alphonse Talón, coincidió con Castrati en una de las frecuentes orgías que solían organizarse en Hollywood en aquellos tiempos. (¡Ah! ¿Que las siguen habiendo? Bueno, yo que es salgo muy poco... Desde que me casé...). Por lo visto, resulta que, a la hora de desnudarse, eran los dos únicos individuos que llevaban calzoncillos largos en la fiesta, y eso parece ser que les unió a niveles muy profundos. A partir de entonces fueron almas gemelas. Alphonse arrancó a Castrati de su cátedra en Berkeley durante dos años, el máximo de excedencia que le concedieran, y se lo llevó a Broadway. En la ciudad de los rascacielos, Castrati se relacionó con personajes de la talla de Andy Guarrol, Lou Speed y Patti Jones, por citar algunos, y escribió varias obras para la productora de Talón. La primera de ellas, sutil homenaje al hombre que le había apadrinado en el off Broadway, se llamaría "Aquiles, el del ego ligero." Después vendrían, en este orden: "La importancia de llamarse Ego", "El ego sobre el tejado de

zinc" "Un tranvía llamado Ego" y su obra más conocida, la que marcó el comienzo del deterioro de la relación con su mentor y productor: "Ego, príncipe de Dinamarca." Todos recordarán su famoso monólogo: "Ser... o no ser... ego...", que ya avanzaba, quizá aún inconscientemente, su teoría sobre la separación entre Ego y Ser.

La costumbre del profesor, quizá muy de California, de no llevar calzoncillos en verano bajo los jeans, que seguía manteniendo Castrati a pesar de vivir en Nueva York, le fue alejando paulatinamente de Alphonse. "Me sentaba junto a él en Central Park, en plena primavera, y sentía que no tenía nada que decirle, que no podía compartir con él esa sensación tan íntima y agradable de calor y sudorcillo en la entrepierna. Ese fue el principio del fin de nuestro binomio creativo...", escribiría más tarde Alphonse en su autobiografía "Talón Devuelto".

La verdad es que el profesor comenzaba a añorar su cátedra y su labor de investigación. Durante la estancia en Nueva York había adelgazado casi cien kilos, quedándose en ochenta y tres, gracias a una revolucionaria dieta a base de tabasco, ketchup, agua mineral de las Rocosas, morfina para el hambre y caminatas diarias de cincuenta kilómetros alrededor de Manhattan. Dice su biógrafo más erudito, don Juan Honorio, que allí observó, asombrado, como su propio ego cambiaba a la par que lo hacía su cuerpo. De allí a pensar en la posibilidad de comenzar sus estudios sobre el adelgazamiento del ego sólo mediaban dos neuronas, que se pusieron a trabajar durante el viaje de vuelta en burro que Castrati realizó en 1972 de Nueva York a San Francisco. Las burlas recibidas por parte de camioneros, encargados de gasolinera y camareras en los honky tonks de carretera mientras duró el trayecto a lomos del jumento -casi seis meses-hicieron que su ego cambiara sin él buscarlo, digamos que sufrió una especie de iluminación que le llevó a escribir su archiconocido libro de viajes: "El ego en vacaciones", de donde saldría lo que vino después, de sobras conocido por todos ustedes. ¿Qué quieren decir con que "no lo conocen"? ¿Pero ustedes no rellenaron el cuestionario de mínimos, requisito imprescindible para que les concedieran esta visita? ¿No? Joder con el departamento comercial, con tal de cobrar comisiones... Bueno, pues que sepan que pueden comprar un ejemplar del susodicho libro firmado por su autor a cambio de la ridícula cantidad de cincuenta dólares en la tienda situada a la salida.

Sigo pues: Sus experiencias como vagabundo, su adelgazamiento a base de una dieta mínima y, para colmo, su viaje en asno, le llevaron a formular la que sería la primera ley de Adelgazamiento del Ego:

El Ego, cuanto menos tiene, menos necesita

Que ustedes pueden leer, grabada a fuego en el pedestal donde reposa la urna. Abajo, a la izquierda.

Armado con esta poderosa afirmación, llegó a la universidad y en seguida revolucionó la cátedra de Psicología. Eran los tiempos de la guerra del Vietnam y, aparte de participar como activista en las movilizaciones más conocidas, comenzó a experimentar con los veteranos que volvían licenciados del frente. Eran individuos con el ego por los suelos, habían sido obligados por sus mandos a cometer toda serie de tropelías en nombre de la patria, estaban perdiendo la guerra, siendo cazados como conejos por las fuerzas del Vietcong y, para más inri, cuando volvían a su país, en lugar de ser recibidos como héroes, encontraban una clara hostilidad por parte de los sectores pacifistas. Eso les hacía polvo y acababan la mayoría de ellos vagabundeando en las calles, robando, o incluso asesinando a inocentes.

De esta época son sus investigaciones en sentido contrario, y el desarrollo de la técnica de engorde sistemático del ego (ESO), basado en declaraciones positivas frente al espejo y/o los charcos de la calle, en el caso, muy frecuente entonces, de los veteranos que no tenían dónde caerse muertos, y mucho menos disponían de un espejo donde repetirse la sentencia que se convertiría en la segunda ley del Adelgazamiento del Ego:

Mi ego no soy yo, por tanto, peso menos desde ahora mismo.

No obstante, para los casos de flagrante necesidad, ante egos debilitados por la guerra, Castrati hizo cambiar el enunciado de la ley, que se transformaría en:

Mi ego no soy yo, por tanto, peso más y me tienen más en cuenta desde ya mismo.

Innumerables estudios y discusiones científicas y seudocientíficas avalan la profundidad de este enunciado, así como la oscuridad de su planteamiento, tan presente y arraigada en toda su obra posterior y que tanto dio que hablar en su momento. Como muestra de esta polémica aún hoy irresoluta, les repetiré las palabras del doctor Nadie, conocido inventor de la vacuna contra la mediocridad: "La segunda ley bis del Ego es como todo lo que escribió Castrati: Una solemne gilipollez". Y así se la llamó a partir de entonces.

No "solemne gilipollez", no, me refería a "segunda ley bis".

En 1986, cuando cumple cuarenta años, Mortimer Castrati cambia su nombre de pila por el latino Domenico, abrazando la religión católica en la persona de una feligresa cincuentona, Marta Fervoris, a quien abrazaría a menudo hasta que su marido (el de ella) tomó cartas en el asunto y propinó una buena paliza a Castrati, rompiéndole tres costillas, un incisivo y cuatro molares. De aquel suceso le quedaría al profesor un recuerdo imborrable, que volvía una y otra vez cuando comía cacahuetes e intentaba masticarlos con los dientes que no tenía. Mientras estuvo en la clínica recuperándose de las lesiones compuso el Adagio para tres cuerdas (vocales) titulado: "La encía". Fue su primera y única incursión en el mundo de la música clásica. No así del rock n'roll, donde conocemos de sobras su carrera paralela, intermitente pero constante, como cantante en el grupo de punk-rock The Ego's Flamingos. Pero siempre lo hizo, según él mismo declaró en una entrevista, para experimentar con su propio ego, que subía de revoluciones y de importancia en el contexto holístico del Ser justo después de una actuación en un estadio ante cincuenta mil personas. También pudo observar la diferencia existente en las reacciones de su ego cuando visitaba previamente el camerino (justo cuando se metían las drogas con el resto del grupo), o cuando no lo hacía. Todo eso está publicado en el libro "El autobús rosa, crónica de un ego agigantado por los focos y otras cosas." Que ustedes, naturalmente, pueden adquirir por el módico precio de veinte dólares en la tienda situada en la salida.

La década prodigiosa transcurrió sin pena ni gloria para Castrati, desde el punto de vista académico. Otros investigadores publicaban sus trabajos y copaban las primeras planas de las revistas científicas de la época. Recordemos aquí los estudios de Lois sobre la influencia de vestir tejanos los domingos en las comunidades mormonas del Bajo Oregón, o, sin ir más lejos, las tesis de Nancy Pranayama sobre la respiración asistida por uno mismo (o una). Los experimentos de Doménico Castrati eran ignorados por los grandes medios de comunicación y esto, sumado a la ruptura forzosa de la relación con Marta Fervoris, hicieron que nuestro profesor y líder académico cayera en una profunda depresión, quedándose a vivir en un rincón de su laboratorio, donde estuvo más de dos años sentado en una esterilla de yoga, en postura de loto imperfecto, leyendo cómics de Robert Crumb y alimentándose únicamente de bananas maduras.

Un buen día se levantó de su postración y, después de caerse trescientas cincuenta y dos veces, debido a la fragilidad de sus piernas, manifestó: "Desconozco lo que quiero hacer pero sé perfectamente lo que no quiero: Me niego a tratar egos colectivos nunca más", tras de lo cual se sentó en su despacho y escribió su ensayo: "Los Egos Unidos de América", (que ustedes pueden adquirir en la tienda situada en la salida) en el cual defendía la arriesgada teoría de que los norteamericanos tienen un ego colectivo hinchado y manipulado por la información publicada en los grandes medios de comunicación y, lo que es peor, a menudo por la falta de esa información. La polvareda que levantó en el país de las barras y las estrellas fue impresionante, el ego colectivo estadounidense respondió sintiéndose profundamente agredido, los comentaristas políticos lo criticaron duramente y exigieron represalias contra Castrati, que no tardaron en llegar: fue declarado persona non grata por el gobierno y expulsado del país,

perdiendo la cátedra vitalicia (que más tarde recuperaría con creces, cosas de la fama) y la contraprestación económica que ésta conllevaba.

Mortimer Doménico Castrati pensó en suicidarse públicamente, pero en lugar de eso prefirió llorar en privado durante un buen rato, hacer la maleta y marcharse con viento fresco en el primer avión que saliera, que quiso el destino fuera a Buenos Aires, capital federal. En el trayecto, observando como su ego se empequeñecía por momentos, formuló su tercera ley del Adelgazamiento del Ego:

El ego es flexible y, por tanto, amoldable a cuantas circunstancias vinieren, por infaustas que parecieren.

Como podemos observar, es aquí donde Castrati comienza su romance con el subjuntivo, abandonado dos años más tarde, cuando, después de una temporada de tratamiento con ESO comenzó a usar constantemente el "*imperativo imperante*", acompañado frecuentemente por el mal llamado "*interrogativo absurdo*". (p.e.: ¿Viste?)

Desorientado, sin conocer el idioma, estafado de primeras por el taxista que le llevó del aeropuerto de Ezeiza a un conocido café de la calle Corrientes, Castrati observaba a aquellos magníficos ejemplares de machos argentinos hablando en voz alta, todos a la vez, en un delicioso galimatías poblado de diferentes acentos y locuciones, a cual más florida e ingeniosa. Aunque no entendía nada, Castrati comprendía perfectamente el lenguaje de los egos allá presentes. ¡Incluso el camarero del café no paraba de hablar, con un periódico deportivo en la mano y el dedo índice acusador apuntando a un atrevido titular con el que parecía no estar de acuerdo en absoluto!

Y entonces sintió por primera vez que había llegado a su casa, a la Argentina, la guarida del Ego con mayúsculas, donde casi todo el mundo era o psicoanalista o psicoanalizado. O ambas cosas al mismo tiempo. Y se puso a sollozar en plena calle, de pura felicidad. En ese momento, sin duda histórico, vislumbró una placa, pegada a una puerta, en la que rezaba: "Dra. Porteño, psicoanalista." Y decidió entrar y pedir visita. La doctora le hizo esperar más de media hora, pero Castrati no se arredró. Conocía todos los trucos. En su consulta de Beverly Hills contrataba a menudo figurantes, para hacer bulto y hablar en la sala de espera en voz alta sobre las cualidades que adornaban su propia figura. Aquello le daba muy buena imagen y, por un módico suplemento, los figurantes contaban historias de curaciones milagrosas e iluminaciones súbitas en la propia consulta, cosa que quedaba muy bien en aquellos tiempos de espiritualidad y psicodelia. Al fin, la doctora le recibió, en silencio, y le indicó el diván donde debía estirarse, escuchando toda su historia, en inglés, sin pronunciar ni una palabra. Cuando creyó que ya había oído suficiente, calló con un gracioso ademán a su paciente y comenzó una larga perorata sobre los motivos, causas y consecuencias de los males que afectaban a Castrati. Hablaba como una ametralladora. En español, claro está. La doctora no hablaba inglés y el no entendía el castellano, así que, cuando ella terminó, él se levantó y se llevó la mano al bolsillo, como para pagarle la visita. Sacó un manojo de dólares

americanos y, mientras veía como los ojos de ella echaban chispas de codicia ante los billetes, notó que tenía una erección a la vista de sus blancas y cuidadas manos, que guardaron ávidamente el dinero en su provocativo escote. Y lo que siguió voy a leérselo textualmente, ya que es un fragmento de las memorias de la propia doctora Porteño:

"...me guardé los billetes entre los pechos, unos pechos que nadie acariciaba por aquel entonces, yo estaba totalmente enfocada en mi carrera profesional y no tenía tiempo de salir ni de relacionarme con hombres, es por eso que no dije nada cuando observé que me había dado diez dólares de más, porque deseaba secretamente que me los quitara, que me metiera la mano en la regatera, por favor, así, che, contá los billetes, pibe, venga, no te cortes, recupera lo que es tuyo... ahora ya notaste que te cagué...y ...¿que vas a hacer, pibe?... Estaba mojadísima, mis labios (de arriba) estaban entreabiertos. Y los de abajo también, para qué negarlo. El me miró, con aquellos ojos de gato-tigre y, sin cortarse ni un pelo, metió su mano bajo mi falda y me arrancó las bombachas..."

Perdone, señor, es de muy mal gusto que se esté tocando mientras yo leo las memorias de la doctora. Con el debido respeto, le pido que se saque usted la mano de dentro del pantalón. Me da igual que la mano sea la de su señora, soy un poco corto de vista, le pido disculpas, señora. Ajá. Muchas gracias. Comprenda que ante estas situaciones me sienta como un objeto sexual, no como el guía titular de la Fundación que soy. No se preocupen, está todo bien, en mi propio tratamiento para el adelgazamiento del ego, requisito previo imprescindible para trabajar aquí, aprendí a pedir lo que quería de manera fría, sin implicarme emocionalmente en los resultados, aplicando la cuarta ley del Ego:

Independientemente de los resultados proyectados y obtenidos en cada acción, el ego no cambia, y el Ser, menos aún.

Bueno... ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! "... y me arrancó las bombachas. Fué macanudo..."

Ya está. Si les interesa la continuación, pueden ustedes comprar el libro de... "Pero... ¿dónde van? ¡Tranquilos, que habrá para todos a la salida! Anteayer llegó el pedido de la editorial.

Y eso fue el principio de todo, el germen de lo que pronto pasó a llamarse "Clínica para el adelgazamiento del Ego y, más tarde, "Fundación para el adelgazamiento del Ego". Ambos colegas, unidos en lo íntimo y también en lo profesional, perfeccionaron juntos la quinta ley del Adelgazamiento del Ego, que, según dicen los más chismosos, fue un regalo que él le hizo a ella el día del quinto aniversario de su llegada a Buenos Aires, a su consulta y a su vida. Sobre esta romántica historia se rodó una película, llamada "Egos Enamorados". Todos recordarán la memorable escena en que Vlad Pis le arranca las bombachas a Giulia Goberts en el consultorio y son interrumpidos por un paciente de la doctora, un pobre chico esquizofrénico que se confunde de día de visita y se

presenta allí por sorpresa. Según declaró el propio Castrati, en una entrevista para la televisión pública boliviana, la intrusión del chico no había pasado en la realidad, fue un giro de guión, a la productora le interesaba que la película fuera catalogada para todos los públicos, aunque el triste resultado fue que la visionó casi ningún público, ya que fue un completo fiasco en taquilla, aunque luego funcionó muy bien en DVD. Sí, también pueden adquirirla a la salida. Son 15 dólares del ala.

Quinta ley del adelgazamiento del Ego:

Tu ego y el mío somos uno, lo tuyo es mío y lo mío, también (es mío).

Los resultados de la Clínica pronto fueron impresionantes. Las listas de espera para adelgazar y limar el ego eran comparables a las del Bulli, y había pacientes que repetían una y otra vez, hasta que su ego empequeñecía de tal manera que renunciaban a los placeres mundanos e ingresaban en monasterios de confesiones diversas, dedicándose a la contemplación. Pero siempre había nuevos pacientes que pasaban a engrosar las listas de espera, aquello era la gallina de los huevos de oro.

Y, un día, cundió la alarma social. El diario Clarín publicó en primera plana los resultados de una encuesta realizada entre antiguos pacientes de la pareja Castrati. El porcentaje de familias truncadas por los resultados del tratamiento adelgazante eran tantas, que el departamento de Salud Pública suspendió cautelarmente al matrimonio para ejercer su profesión durante seis meses, mientras estudiaban el caso. A todo eso, se descubrió que el ambos eran propietarios de varios de los monasterios donde iban los pacientes que creían haberse librado del ego del todo, pagando unos emolumentos mensuales astronómicos que hacían mucha falta en sus respectivos y abandonados hogares.

Castrati comprendió que se había equivocado y decidió vender todas sus posesiones, incluso el cuchitril que poseía en San Francisco, donde perdiera la virginidad a manos del poderoso ego de su compañera de entonces, una jovencísima Jane Hole, más tarde reina del porno amateur. Viajó al Tibet y entró como discípulo en la cuadrilla del maestro espiritual *Chi-tong*, donde imperaba la ley del silencio desde hacía varias décadas. Mientras tanto, la doctora Porteño compró un caserón que había sido, sucesivamente, un hospital mental, una residencia de ancianos, un centro de torturas cuando la dictadura y, más tarde, un casino. Y comenzó a trabajar, por indicación de su marido, en los planos de lo que sería la futura máquina separadora de egos.

Ambos habían comprendido la necesidad que tenían los pacientes de conocer en carne propia anticipadamente el resultado de la terapia. Era muy bonito y quedaba muy bien decir: "Quiero trascender mi ego", pero cuando ya no había vuelta atrás, comenzaban los problemas. Problemas de adaptación a la familia, al entorno, al trabajo, etc. Si la gente pudiera estar un tiempo sin ego y luego volver a dejarse habitar por él... ¿qué

pasaría? Sucediera lo que sucediera, no podía ser peor que lo que ya les había pasado, así que, cuando el profesor volvió de su retiro silencioso de tres meses, se pusieron a trabajar con ahínco en la construcción de aquel extraño artilugio con el que ambos habían soñado una noche en que comieron marisco en mal estado.

Por favor, pasen por aquí, abandonamos la sala Castrati, y...; Voilà! Aquí lo tienen, el primer separador de egos de la historia de la psicología, creado en 1995 por Domenico Castrati y Elisa Porteño. Ya sé que ahora parece un mamotreto inútil pero, en su época, estuvo a punto incluso de separar el ego del presidente de la nación, el excelentísimo Méndez, aunque, como todos saben, la máquina se fundió en el intento y hubo que fabricar otra, abuela de los actuales separadores portátiles que temporalmente rebajan hoy su ego durante unos minutos, antes de las discusiones de pareja, las regañinas a los chicos o la toma de decisiones importantes, o bien lo engordan ante una entrevista de trabajo, la posibilidad de dar una charla o conferencia, una reunión de ventas o un partido de fútbol entre Boca y River. ¿Por cierto, conocen la última versión de Appel, la "I-Ego"? ¡Es fantástica! Y en un blanco inmaculado... Por sólo mil dólares la pueden adquirir en la tienda situada a la salida.

El dia 7 de enero de 1996, con cincuenta años aún no cumplidos, Castrati inauguró la Residencia de Verano para Egos Maltratados, el edificio que ustedes se encuentran visitando en estos momentos. A partir de la invención de la máquina separadora era necesario disponer de un lugar donde los egos pudieran quedarse una temporada, y así sus propietarios podían probar lo que significaba realmente vivir sin ego, sin deseos, sin apetencias, sin la esclavitud de lo material. También podían escoger el tipo de cura de adelgazamiento o engorde, depende del caso, que debía recibir el *Ego en tránsito*, como se llamaba y se llama familiarmente al tratamiento en las dependencias de la Fundación y entre los empleados de la misma.

Se establecieron seis niveles de tratamiento, dependiendo de los resultados buscados. Por favor, colóquense frente al panel explicativo de la pared del fondo, en fila horizontal, así lo verán mejor. ¿Preparados? Vamos allá con la transparencia:

Nivel 0: Ego Reforzado.

Aquel que, como su nombre indica, necesita una buena temporada de refuerzo positivo para emprender acciones básicas en la vida, como gritar "Bingo", devolver un plato mal cocinado en un restaurante, realizar una queja formal ante un empleado de la administración pública o pedir relaciones al hombre de tus sueños, aunque esté casado con tu hermana. El tratamiento, usado por primera vez en la persona de Elvira Ninguna, enfermera aquejada por el *Síndrome de invisibilidad de la sala de curas*, más tarde celebérrima contertuliana en el conocido programa del corazón *Grítame*, se convirtió en todo un éxito entre perdedores y/o perdedoras natas, mandos intermedios y entrenadores de perros considerados de raza peligrosa.

Nivel 1: Ego Descomunal.

También llamado *Ego con Patas* u *Ombligo del Mundo*, este nivel es el deseado por aquellas personas que se encuentran en posiciones de poder absoluto o semiabsoluto, o por lo menos eso piensan ellas. Tiene como particularidad administrativa la obligación de pagarse por adelantado, ya que las personas que conseguían este estatus solían no tener nunca bastante y, sobre todo al principio, con demasiada frecuencia quedaban descontentos y marchaban sin pagar la minuta, cosa que ponía de los nervios al profesor Castrati, otro ego descomunal, y propiciaba no pocas peleas con los pacientes. Quedó para la posteridad el día que el profesor agarró de los pelos al superintendente Manuel Yo, arrastrándolo a la máquina y conectando ésta a la máxima potencia, de la que salió el pobre hombre llamándose Manuel Nosotros, levitando a tres palmos del suelo y habiendo renunciado a su cargo, a su fortuna personal y a su familia, la cual, dicho sea de paso, no constituía precisamente un regalo para quien tuviera a bien heredarla.

Nivel 2: Ego Molesto.

Este nivel es en el que se encuentran la mayoría de nuestros clientes en el momento de acceder al tratamiento, cuando entregan temporalmente su ego para limar asperezas, pulirlo y rebajarlo convenientemente, alcanzando la medida justa que les pueda garantizar una mínima felicidad y una convivencia justa, pacífica y empática con sus familiares y entorno personal y profesional. La sintomatología suele ser común a casi todos: Quieren ver siempre su canal de televisión, no prestan su coche, sus deseos son órdenes, sus hijos tienen que lograr lo que ellos no lograron, su vecino posee más que ellos, su marido o esposa no les entiende, su jefe no tiene razón, existe una conspiración mundial contra su ombligo, están enfafados con la vida, etc. Nada que ustedes no sepan. ¿Verdad? No miren para otra parte, ni consulten su teléfono móvil, en esta sala no hay cobertura. Ya les tengo calados. Que sepan que les vigilo.

Nivel 3: Ego Gaseoso.

Nos encontramos frente a la primera fase del Adegazamiento Conseguido del Ego (ACE), cuando éste comienza a ser más ligero que el propio aire que lo sustenta. Los signos de la consecución de los objetivos propuestos en esta fase, por citar algunos ejemplos, serían: Adquirir la costumbre de dar propinas, ayudar a cieguitas a cruzar la calle, escuchar a los niños en profundidad, construir un diálogo con la pareja desde el respeto a la diversidad de caracteres, el reconocimiento de la venerabilidad de los mayores y el equitativo reparto de la herencia entre hijas e hijos, incluso acordándose en el testamento de aquella criada fiel que estuvo años al servicio de la casa o del jardinero que se entendía con la mujer (la del cliente), ahora perdonado e incluso premiado por su buen hacer y mejor coger.

Nivel 4: Ego Transparente.

Segunda fase del Adegazamiento Conseguido del Ego (ACE), ideal para profesores de yoga y meditación, gurús inexpertos, maestros espirituales con defectos y debilidades humanas, sacerdotes, rabinos, pastores protestantes, monjes, dirigentes de sectas, delegados de ONG en países del Tercer Mundo y en general para todos aquellos

estudiantes avanzados de diferentes corrientes espirituales, pero con poca disciplina para cumplir con su práctica en el día a día. Es un nivel ideal para quienes deben dar ejemplo de desapego a los demás y en la actualidad sólo lo hacen de boquilla. Funciona especialmente bien con los que predican la castidad mientras te desnudan con los ojos, los que son más papistas que el Papa, los marxistas leninistas con cuentas en Suiza, los curas pederastas y los ministros de Economía pillados con las manos en la masa o, mejor dicho, en la caja.

Nivel 5: Ego Inexistente o Etéreo.

Tercera fase o lo que queda después del tratamiento completo, consistente en un olvido perpetuo del concepto *quién soy*, una indiferencia sublime hacia las ideas *yo tengo, yo poseo, quiero y no puedo, tú tienes más que yo, yo no valgo, no sirvo*, etc., una sensación de impermanencia constante de los vaivenes de la vida, la asunción y aceptación de la verdad primigenia de que todo tiene un principio y un final, o sea que la vida es un largo ciclo de muertes y renacimientos y, a veces, se ha observado en algunos individuos una predisposición temporal hacia el humor negro, que suele desembocar en actitudes Zen puras y duras, las cuales se instalan en el ego para no dejarlo ya hasta la muerte física, protegiéndolo de tentaciones y posibles regresiones a estados anteriores no deseados. Se han dado casos en que, de puro relajo, el ego ronca durante catorce horas al día. Cuando esto ocurre, trasladamos al ente afectado a una urna especial acolchada e insonorizada, donde no moleste a los otros que se hallan en proceso de transformación.

La urna pequeñita, de color rosa, que se encuentra a la derecha de la máquina, contiene el ego de nuestra bienamada doctora Elisa Porteño, considerada la verdadera inventora de este artilugio tan importante para la evolución transpersonal de la humanidad en los albores del siglo XXI. Admiren los bajorrelieves que rodean dicha urna, todas con eróticos motivos escultóricos, rozando lo pornográfico. Y es que la doctora, aparte de ser una eminencia en lo suyo y una aprovechada en lo ajeno, era muy pero que muy puta, dicho sea esto con el máximo respeto hacia el gremio de las prostitución. El propio Castrati contaba maravillas del furor uterino de su compañera y ambos practicaron a menudo con el adelgazamiento del ego en el terreno sexual, conocimiento en el que profundizaron muchísimo, dando pie a lo que pronto bautizarían como sexo mántrico, puesto que usaban para comunicarse mantras repetitivos, pronunciados de manera hipnótica, en los que despreciaban las facultades sexuales del compañero o compañera, ponían en duda su hombría y/o femineidad, mentían al otro, ironizaban, se zaherían, etc. De esta manera, a base de escuchar esos mantras, muchas veces rayando el insulto, y de no implicarse emocionalmente en su significado y efectos sobre el ego, éste se iba rebajando de a poquito pero de manera constante, volviéndose cada vez más y más delgado y transparente.

Señoras y señores, en la tapa de la urna, tallados en madera, pueden leer algunos de esos mantras, los favoritos de la pareja y más frecuentemente utilizados en la compilación y desarrollo de la disciplina del sexo mántrico. Yo, con permiso, voy un momento al

lavabo... ¿Sí, qué ocurre? ¿Se olvidó los anteojos? No se preocupe, señor, yo se los leo en voz alta, mis esfínteres aguantarán hasta el final, todo sea por el cliente. Voy:

- No siento nada, cariño. ¿Podrías llamar al perro?
- ¿Te importa si me arreglo las uñas mientras lo hacemos?
- Venga, meteme esa pija tan grande por la oreja. No te preocupes, hay un poquito de cera, así notarás alguna cosa.
- Tu hermano lo hace mejor, vida mía, pero te quiero (lejos) igual.
- Querida, ¿te importa que hoy no lo hagamos? He tenido un día muy duro y quisiera terminarlo bien.
- Está bien, cojamos, hoy la cosa ya no puede ir peor. (variación del anterior, tampoco eran tan originales)
- ¿Escupes o tragas?
- A ver si sales del armario de una puta vez, mariconazo...
- Me equivoqué al escogerte, solo quería cogerte, pero ni para eso sirves. (Así tituló Castrati el ensayo donde expondría el sistema de adelgazamiento del ego basado en el sexo mántrico. "Cogerte, manual del sexo mántrico en ayunas". (Que ustedes pueden adquirir en la salida, ya saben)

Se hace difícil analizar la personalidad de la doctora, tanto o más compleja que la propia relación con el profesor Castrati. Algunos dicen que era una mujer fuerte y fiera, otros que era bondadosa, delicada y dócil como un corderito. Yo me inclino a creer que tenía un poco de todo y un mucho de nada. Así como su marido estaba obsesionado y enfocado en una única dirección, el pragmatismo y eclecticismo de la doctora le llevó a experimentar a la vez con orangutanes de Borneo, almejas en su salsa y lechuguinos de multinacional yanqui, pero no consiguió, tal era su propósito, que a los orangutanes les gustaran las almejas, ni que los lechuguinos se convirtieran en individuos con más salsa. Pero, sorprendemente, en uno de los experimentos, observó que las almejas tomaban forma de lechuga y los orangutanes tecleaban el ordenador con los dos dedos índices y el pulgar para la barra espaciadora. Castrati solía quedarse al margen de las, según él, veleidades científicas de su compañera, respetando lo que consideraba una válvula de escape, una manera como otra de desconectar del trabajo real, el de adelgazar el ego, sacrosanta misión que el Destino le había encomendado a él, a Mortimer Doménico Castrati, el huérfano italiano concebido bajo una carroza el día de la Victoria.

Pero cuando la doctora, en un experimento posterior, logró que una lesbiana se volviera más lesbiana aún, el respeto de su propio marido y el de la comunidad médica internacional aumentó un cuarto de punto en una escala del 1 al 100. Todo un éxito.

Pero todo eso se acabó para la pareja cuando la doctora Elvira Porteño dio a luz a sus dos hijos gemelos, en el año 2000 y en el 2002, sucesivamente. Los dos cónyuges pusieron fin a sus investigaciones sexuales y antropológicas y se dedicaron en cuerpo y alma a la cría y educación del ego de sus retoños, contribuyendo éstas enormemente al avance de la pedagogía infantil. Sus experiencias fueron compiladas y publicadas por el grupo editorial Plañeta bajo el nombre *El ego del retoño, como evitar que haga lo que le sale del coño*. Por sus mudas afirmaciones veo que esta pequeña enciclopedia se encuentra en también en sus estanterías. Todo un best seller, en su momento.

Y eso nos lleva al tramo final de nuestra historia: Sucedió en el año 2012, fecha apocalíptica que parecía que no llegaba nunca, pero al final llegó, como el comienzo de la Liga de Fútbol, el día de Navidad o el advenimiento de la Era de Acuario. Un suceso desafortunado, un accidente cotidiano, marcaría para siempre las vidas de la pareja de científicos: En las pruebas del modelo Lima 2012, Castrati pidió que le trajeran un perro cualesquiera de los muchos que tenían en los corrales, eso sí, debía ser grande y especialmente feroz, al cual intentarían rebajarle el ego de manera tres veces más rápida y potente de lo que se hacía en la década anterior, con el modelo Cuchilla y sus diferentes y sucesivas actualizaciones. Pero el mozo encargado de agenciarse el chucho olvidó la llave del corral e, impulsado por un súbito ataque de aceptación de la circunstancia actual, algo muy de moda en aquellos tiempos en los círculos de búsqueda espiritual, decidió aprovechar la oportunidad que se le ofreció ante sus ojos: un travieso y bonachón cachorro de foxterrier, propiedad de los hijos del profesor Castrati, se encontraba delante suyo, mirándole fijamente, mientras ladraba y movía la juguetona colita. Ni corto ni perezoso, el mozo lo agarró y lo metió en la máquina. Conectó el intercomunicador, situado al otro lado de la sala y dijo al profesor que todo estaba preparado. Lo que no vio es que los dos niños, pensando probablemente que se trataba de un juego, habían abierto la compuerta y entrado a su vez en la Lima 2012 versión 0.0.1, siguiendo a su cachorro. Desde el laboratorio, el profesor Castrati puso en marcha la máquina, a una potencia adecuada para el supuesto inquilino, un perro lobo de tres años con cincuenta kilos de peso.

Pero cual no sería su sorpresa al ver que, una vez acabado el programa de adelgazamiento del ego, de la máquina emergían sus dos hijos completamente cambiados. El mayor decía ser la reencarnación de Buda y el pequeño, con tal de no ser menos y no perder de vista a su hermano, declaró ser la reencarnación del árbol bajo el cual Buda se sentó a meditar hasta que se iluminó. Lo que siguió después corroboró su historia: El cachorrillo, lenta y pausadamente, se le acercó, muy presente en el aquí y el ahora, levantó ceremoniosamente su pata y se le meó encima, como hubiera hecho con un árbol.

Después de dos semanas, con todo el dolor de su corazón, Castrati y su esposa dejaban marchar a sus hijos para iniciar sus estudios en un centro sagrado, escondido entre las montañas del Nepal, donde se impartían artes marciales, meditación, interpretación de las escrituras antiguas, intermediación de conflictos entre grupos de diferente tendencia espiritual, cocina ayurvédica, sanación pránica, ecumenismo y contubernio judeo –

masónico. Jamás volvieron a verlos en su forma física. A pesar de que, cara a la galería se mostraban contentos por haber ahorrado a sus hijos, de golpe, años de terapia y tratamientos, la profesión iba por dentro y ese adentro estaba desgarrado por la ausencia de aquellos muchachos, carne de su carne, sobre los que sus egos de padre y madre respectivamente creían tener derechos adquiridos por el solo hecho de haberlos concebido y traído al mundo.

Todo comenzó a ir cuesta abajo: Castrati comenzó a beber una noche y al día siguiente se fue a una reunión de Alcohólicos Anónimos, donde confesó en público su prematura adicción. Todo y que asistía cada semana a las reuniones, no le sirvió de nada, su petaca le acompañaba siempre y acostumbraba a jugar a naipes hasta bien entrada la madrugada. Cuando entraba del todo (la madrugada), el profesor solía llorar amargamente, con la cabeza apoyada encima de los dólares ganados en la mesa, ya que ésa es otra: como más intentaba perderse, más dinero ganaba. Las relaciones entre ambos cónyuges también dejaban mucho que desear: dormían separados, comían juntos y siempre hacían el amor en la casita del jardinero, entre aperos de labranza, herramientas y recambios de filtros para la piscina. Un infierno.

Su esposa dedicábase durante casi todo el día a enviar palomas mensajeras al lejano monasterio donde se instruían los niños, olvidando a menudo incluir el mensaje entre las patas de los animalitos, de vacía y despistada que se sentía desde que tuvo que abandonar forzosamente su papel de madre. Huelga decir que los niños, sometidos a una estricta disciplina de silencio y cine fórum con lenguaje de signos sobre películas estilo *Primavera, verano...*, jamás contestaron, aunque el día del aniversario de boda de sus padres intentaron hacerles señales de humo desde una cumbre del Himalaya, pero sólo consiguieron ser multados por un sherpa forestal que les descubrió desde un campamento base.

Esa foto que ven ahí es la del perrito, ya adulto, recibiendo la iniciación al tercer nivel de reiki. *Sultán-san*, nombre espiritual del can, es ahora un reconocido maestro en la Técnica de la Meditación Aullida, y suele dar conciertos de aullidos y campanas tubulares en el Centro Budista del Garraf, en Tarragona, España, en el cual, como muy bien saben (y si no, pregunten) ya no viene de aquí la cosa.

Los hechos se precipitaron y el profesor Castrati, cuando se creó, en 2014, el modelo Rebaba, que fue el primero en realizar separaciones definitivas del ego o biparticiones, como se llamarían más tarde, anunció que había decidido retirarse y dejar en manos de su esposa la presidencia de la Fundación. La gerencia de la Residencia de verano iría a cargo de Sor Jefa y el laboratorio y las investigaciones serían dirigidos por la aventajada alumna del profesor Piluca Mostacho, una hirsuta estudiosa del comportamiento del ego en vacaciones que había impresionado a su mentor con sus conocimientos, su manera de silbar y su encarecida lucha contra el vello de los pezones. Un trinomio femenino para dirigir sus asuntos terrenales que, dicho sea entre nosotros, cada vez le importaban menos, como muy pronto escucharán de sus propios labios.

Ahora pasen por aquí, por favor. Por esa puerta, sí, donde pone "Sala de proyecciones". Muy bien, vayan acomodándose en sus butacas. Este es el último tramo de la visita correspondiente al Museo del Ego, dónde el mismo Dr. Castrati, mejor dicho, su ego, les explicará a todos ustedes el porqué tomó la decisión que acabaría catapultando su nombre a la fama, si cabe más aún. Por qué decidió bipartirse y donar su ego a la ciencia. Conectaremos con una cámara que tenemos instalada dentro de la urna que han visto anteriormente y el ego del profesor Castrati, una delicia de ego por otra parte, nos hará el favor de aclarar estas dudas. A la una comenzará la proyección. Tienen ustedes diez minutos para acercarse al bar y comprar palomitas, chucherías y refrescos, si lo desean. Cuando termine la proyección, se les servirá un lunch en el restaurante. A las tres comienza de nuevo la visita, esta vez en la Residencia propiamente dicha, como ya les avancé en su momento.

SEGUNDA PARTE EPÍLOGO DEL EGO

Buenas tardes, señoras y señores. Les habla el ego del profesor Mortimer Domenico Castrati:

Yo no soy malo, aunque les pueda parecer a ustedes lo contrario, simplemente, como diría un famoso personaje femenino de los dibujos animados, es que "me han dibujado así". Me fui construyendo a mi mismo en base a las circunstancias y vivencias que atravesé sobre todo durante los primeros años de mi vida. La ausencia de una figura paterna constante, un padre paciente, cariñoso, protector e inspirador, marcó para siempre mi carácter, haciéndome inseguro, desconfiado, timorato a veces. Las rutinarias palizas que recibía de mi padrino, un despiadado hombre de negocios, y de mi tío abuelo, el Don de la familia, me enseñaron a ocultar mis sentimientos y mis deseos más profundos bajo una máscara de impasibilidad y dureza. Sólo me permitía a mí mismo llorar en la falda de mi madre, y eso muy de vez en cuando y únicamente hasta los siete años, en que comencé a asistir a uno de los mejores internados de Nueva York y donde tuve que hacer gala de lo que había aprendido o no durante mi más tierna infancia.

De lunes a viernes vivía de día en un aula con cuarenta alumnos y de noche en un dormitorio común con más de cien. No he hecho el servicio militar, ya que el dinero y la influencia de mi familia evitaron el riesgo de que yo pudiera ir a Vietnam, pero les aseguro que aquella institución no tenía nada que envidiarle a un cuartel ni, si me apuran, a una cárcel moderna donde te dejan pasar el fin de semana en casa, como sucedía durante todo el curso. Los veranos los pasaba en un campamento, con los boy scouts, en Vermont, Virginia. También en régimen pseudomilitar. Quizá por eso me rebelé tanto en su momento contra la guerra de Vietnam. Aparte de todo el tema ideológico, que también, yo creo que luchando contra aquella monstruosidad en que se convirtió la contienda, combatía a la vez todo el sistema autoritario que me había oprimido desde muy pequeño, pero que a la vez me había proporcionado la disciplina, el empuje y la rebeldía, sobre todo la rebeldía, para insistir tozudamente en la consecución de mi sueño: La creación y aplicación práctica de la Técnica para el Adelgazamiento del Ego en Vacaciones, que desembocaría en la revolucionaria y para muchos escandalosa Bipartición del Ego.

Pero no adelantemos acontecimientos: Les hablaba de la rebeldía. Creo que eso fue lo que conformó desde muy pequeño mi carácter, fui un ego rebelde desde que tuve uso de razón. La rebeldía, el ir contra corriente, el ser un niño *malo*, violento, solitario a veces, líder de cuantas situaciones contrarias al poder se dieran en la escuela y, más tarde, fuera de ella, fueron mi carta de presentación en esos años. Ya que no podía conseguir el cariño y la calidez que todo ser humano necesita, sobre todo durante la infancia, para construir una manera de ser y de mostrarse a los demás basada en la empatía y la autoestima, lo hice desde el inconformismo, la desobediencia, las malas acciones, los pequeños hurtos a profesores y compañeros de buena familia, los actos violentos, los atentados a la propiedad, sobre todo a la del internado, etc. Todo eso era mi tarjeta de presentación ante el mundo. Aún hoy, incluso después del tratamiento, siento de vez en cuando, en un recóndito lugar de mi interior, esas ganas terriblemente familiares de impresionarles con mi excentricidad, de la que hice gala constantemente en vida, de

mostrarles en toda su inmensidad y particularidad ese ego descomunal que marcó mi existencia. Creo que decidí dedicarme a estudiar el ego y sus manifestaciones cuando vi que nadie creía en ello, que los grandes estudiosos y académicos de la psiquiatría no daban un dólar por las tesis de un *melenudo iluminado que tomaba drogas*, según dijo en voz alta, expresando así el sentir del tribunal, uno de los examinadores que tuve al final de la carrera universitaria. Yo les demostraría a todos aquellos vejestorios anclados en el siglo diecinueve de lo que era capaz. Y vaya si lo hice.

Mi vida fue una larga y agotadora carrera en la búsqueda de aprobación por parte de los demás. Pero me servía igual esa aprobación, al principio sólo proveniente de mis asistentes y colaboradores más inmediatos y de los sujetos que recibían los beneficios de mis tratamientos, que la crítica más corrosiva y envenenada que pudiera recibir. Lo importante, lo fundamental, era no dejar indiferente a nadie. Como ego mal construido de base, necesitaba dejar una huella indeleble allá por donde pasara. O por lo menos eso creía, anclado en la fantasía, típica y tópica, de que todo giraba alrededor mío. Jamás se me ocurrió pensar que la incidencia de mis actos, actitudes, hechos, renuncias, pensamientos y sentimientos incidían de forma mínima en las vidas del resto de la humanidad. Apenas se podían medir como segundos, minutos como mucho, los instantes reales que el propio ego de los otros se hallaba condicionado por el mío. La verdad es que, hasta que no descubrí la importancia real que eso tenía, o sea mínima, hasta que no me di cuenta de que cada ego tiene un ombligo, y que todo gira alrededor de él, dejando muy poco espacio para las influencias externas, sobre todo para las positivas, pasó muchísimo tiempo, durante el cual estuve dando palos de ciego y desperdiciando miserablemente la energía y mi propia capacidad de trabajo y de avance en mis estudios e investigaciones. Puedo decirles sin temor a equivocarme en lo más mínimo, que mi propio ego y su necesidad de refuerzo constante por parte de los demás fue el mayor obstáculo en mi carrera.

Amigos, amigas, vivimos engañados por toda una serie de árboles que no nos dejan ver el bosque. Queremos estar en contacto con la naturaleza y, frente a un maravilloso paisaje, nuestro ego nos traslada al próximo lunes, a aquella entrevista dificil que tenemos a primera hora. Nos encantaría disfrutar de nuestros hijos una tarde, pero esa tarde que podría ser maravillosa se solapa con tres horas de preocupaciones y planificaciones mentales sobre cómo pagaremos la hipoteca el mes que viene. Quisiéramos ser más generosos, pero nuestra programación nos advierte contra los peligros de no pensar en el futuro y nos perdemos ese maravilloso presente donde darle una moneda a un pobre es la mejor acción en la que podríamos incurrir ahora mismo. Quisiéramos ser mejores a todos los niveles pero, en el fondo, seguimos haciendo las mismas cosas y cometiendo los mismos errores, ya que nuestro ego, impulsor de esas decisiones que tanto mal nos hacen, tiene miedo al cambio, a no reconocerse a sí mismo si cambiamos nuestras actitudes ante la vida y ante los demás, teme desaparecer y no existir si no existen sus manifestaciones. Y algo de razón tiene, no se la vamos a negar aquí. El ego no ve más allá de sus patrones de conducta, por eso es tan mal consejero. Si el progreso del ser humano consiste en ir siempre más lejos en ese viaje interno, en

trascender, en mejorar y, por tanto, en cambiar, el ego es un mal conductor, ya que tiene tendencia a dar vueltas en círculo, siempre por lugares conocidos y senderos trillados, donde pueda seguir siendo el mismo, aunque eso signifique seguir ahondando y cavando en la misma fosa una y otra vez. Nuestra propia fosa.

Porque el mismo ente que nos sirvió para armar nuestra personalidad y salir, por ejemplo, de una infancia difícil, incomprendida, falta de atenciones y/o objeto de malos tratos, el que nos enseñó a combatir a nuestros enemigos, a huir de las situaciones peligrosas, a protegernos ante los ataques externos, etc., ese mismo ente prolonga y prorroga estas actitudes, muchas veces nocivas y agresivas hacia los demás seres que nos rodean y las hace pilares de nuestro comportamiento actual. El ego no ve que la mayoría de ellas ya no hacen falta en un contexto de vida adulta, donde podemos escoger, en nuestro libre albedrío, tomar aquellas decisiones más justas, solidarias y beneficiosas para nuestros semejantes, nuestro entorno habitual, el medio ambiente que nos rodea y, sobre todo, para con nosotros mismos.

Y así pasamos la vida, enfrascados en luchas intestinas en el seno de la humanidad que somos, en la comunidad en la que vivimos. Seguimos forcejeando con nuestro primito de Cuenca por aquel juguete roto que tanto nos gustaba, roto de tanto tirar de él en direcciones opuestas, sólo que ahora en lugar de nuestro primito de Cuenca es, por ejemplo, nuestro vecino, al cual denunciamos por ruidos molestos, en lugar de preguntarle amablemente si hay algún problema en el que podamos ayudarle para dejar de escuchar esos ruidos. Salimos a la calle esperando y casi proyectando que alguien va a molestarnos con su actitud, su presencia, sus actos, sus deseos, sus miedos, construidos desde su propio ego y sus particularidades y exigencias. Y lo que en el inicio sólo era un (necesario) mecanismo de defensa, se convierte en una actitud proactiva-agresiva y en un (innecesario) ataque constante. Somos polvorines andantes, siempre prestos a buscar en los demás aquella mecha que nos haga explotar y nos permita echarles toda la mierda sobrante encima. Lo malo es que la mierda nunca se acaba, el ego tiene una factoría dentro que haría empalidecer de envidia incluso a Charlie, el niño de la fábrica de chocolate.

Cuando un auto se avería, no basta con cambiar las piezas, hay que solucionar el problema que hizo que esas piezas se estropearan. Y eso es lo que NO hace el ego, por desconocimiento de causa. El ego es un simple parcheador, tapa el *agujero* con la misma reacción que aprendió de pequeño, aunque este agujero actual tenga muy poco que ver con la realidad histórica y el contexto en el que se desarrolló ese aprendizaje. Es por eso que el ser humano necesita desidentificarse de ese ente, verlo desde afuera, reconocer sus equivocadas premisas y así poder cambiarlas. Esa es la base de la teoría de trascender el ego. De eso a su aplicación en la práctica media un buen trecho, un camino plagado de espinas y de resistencias, ya que el ego, como ente al cual le hemos dado vida propia dejándole tomar tantas decisiones por nosotros, se resiste poderosamente a esos cambios, apegándose a lo antiguo y haciéndonos vivir una y otra vez la ficción en la que nos hemos convertido, insistiendo constantemente con su vocecita martilleante y sutil en la inutilidad de nuestros esfuerzos e incluso en la

peligrosidad de quedarnos con el culo al aire, sin *personalidad* ninguna ni trazo diferencial que nos distinga de los demás, puesto que, si hay algo a lo que el ego teme, es a la desnudez del Ser y su asombrosa unidad, unicidad y uniformidad con los demás Seres.

Y todo esto hace que los cambios sean muy difíciles de plasmar en la realidad cotidiana, nos hallamos tan condicionados y contaminados por esa visión global del ego, por esa programación básica sobre la cual sostenemos nuestras escalas de valores y nuestro comportamiento, que cualquier ajuste necesario choca de frente con nuestros hábitos externos y maneras de presentarnos ante los demás, conceptos todos ellos creados por el ego. Es bien sabido que existen caminos para realizar ese trabajo, pero todos ellos requieren unos sacrificios que el ser humano normal, perezoso y conservador por naturaleza, normalmente no está dispuesto a llevar a cabo. O bien empieza a trabajar en buena dirección, pero acaba cayendo en seguida de nuevo en las redes del ego y la satisfacción momentánea de las apetencias de éste. Y así el individuo se va rindiendo y tomando como irresolubles los aspectos perniciosos del carácter que están más afianzados, que acostumbran a ser los que más entorpecen y obstaculizan el crecimiento. Si desean ampliar sus conocimientos pueden adquirir mi ensayo "Yo soy así, y no voy a cambiar ahora porque tú lo digas", en la salida.

Y de ahí, de mi experiencia en la lucha con mi propio ego descomunal, después de largos períodos de silencio, meditación y observación de los patrones de conducta y reacción de éste y de la posteriores recaídas una y otra vez en los mismos parámetros que quería sanar, vino la idea de diseñar una técnica que permitiera ayudar artificialmente a las personas a luchar contra el suyo. Una técnica aplicable con muy poco esfuerzo por parte del sujeto que la empleara. Y a ello dediqué todas mis fuerzas, conocimientos, energía y ambición. Desgraciadamente, hice de todo esto mi carta de presentación, mi modus vivendi, el propósito de mi exixtencia. Y mi ego se aposentó allí, bien cómodo con su nueva denominación de adalid en la lucha contra el ego. El de los demás, claro está.

En una primera etapa, intenté que los tratamientos fueran verdaderos ejemplos de la disciplina que yo mismo no tenía, pero, todo y que coseché resultados brillantes, éstos eran, en la mayoría de los casos, temporales, los pacientes abandonaban rápidamente el tratamiento cuando ya no estábamos ni yo ni ninguno de mi equipo para efectuar los controles de reducción de egotrías. La mayoría de ellos volvían al cabo de cierto tiempo, puesto que ya no podían casi ni soportarse a ellos mismos, quien entrevé al Ser, aunque sea por un momento, ya no vuelve a ser la misma persona y siempre tiene en su corazón esa inquietud por tornar a conectar con esa fuente de suprema sabiduría y felicidad.

Todo eso aseguraba la entrada de dinero y también mi endiosamiento ante una gente que necesitaba regularmente de mis servicios, y que cada vez con mayor insistencia reclamaba mis consejos, que rayaban el utilitarismo y estaban dirigidos por un ego transformado en una especie de gurú espiritual que guiaba a su rebaño a través de la oscuridad, una oscuridad en la que él mismo vivía instalado cómodamente.

Y comencé a aburrirme de todos aquellos vasallos a quienes yo menospreciaba interiormente por su falta de voluntad y espíritu de lucha interna. Sin apenas notarlo, comencé a desarrollar un carácter abrupto, siempre encerrado en mí mismo y molesto con cualquier interrupción y demanda de ayuda externa, aunque ésta fuera remunerada y, por tanto, con todo el derecho de ejercitar esa demanda. Acostumbraba a maltratar a mis pacientes, poniéndoles en ridículo y lastimando sus sentimientos, siempre bajo el pretexto de provocarles para así limar su carácter. Me fui creando una aureola de maestro duro y despiadado, ideal para combatir el ego, y eso aumentó el flujo de pacientes, obligándome a realizar talleres grupales donde los usarios y usuarias sufrían de lo lindo ante las vejaciones y humillaciones a los que se veían expuestos y por los que pagaban cantidades astronómicas. En esos talleres los resultados, en lo que respecta a rapidez, efectividad y duración en el tiempo se multiplicaban por mil en comparación con los tratamientos individuales. Descubrí que los tratamientos grupales de tres meses en régimen de internado funcionaban muy bien, la gente se separaba casi totalmente de su ego y la mayoría abandonaba el mundo e ingresaban en monasterios y centros de retiro y meditación, los cuales, en su mayoría, eran de nuestra propiedad total o parcialmente. Llegó un momento en el que yo tan sólo pronunciaba la conferencia de bienvenida y la de cierre, en la que entregábamos los diplomas que la mayoría de los usuarios rechazaban, como muestra de su renuncia al mundo. Al final, ya no poníamos ni siquiera el nombre en el pergamino, y así los reutilizábamos una y otra vez. Los profesores y cuidadores que efectuaban el curso los reclutábamos de entre las filas de antiguos militares, torturadores de las diferentes dictaduras de América Latina, policías retirados y maestros de la antigua escuela, la de "la letra con sangre entra", gente nada evolucionada espiritualmente y que no creían en absoluto en el trabajo que desarrollaban y del que, por otra parte, apenas tenían conocimiento. Lo único que sabían es que debían humillar y zaherir con una cierta sutilidad y mucha constancia a todos y cada uno de aquellos gilipollas que pagaban por ello. A los que no podían soportarlo y claudicaban, abandonando el retiro, los sometían a una ceremonia especialmente vergonzante, en la que les hacían recitar el texto Elijo, fragmento del libro El Camino del Perdedor, sobre el que incluso cobrábamos una parte de los derechos de autor, hecho que impulsaba a la mayoría a retractarse de su decisión y a continuar con el tratamiento, aunque ello les reportara sufrimientos rayanos en la desesperación.

Para los que no hayan leído el libro, les voy a leer en voz alta el fragmento en cuestión:

Elijo

Elijo ser una perdedora. Vivir la vida distraída, aceptar lo que la suerte me traiga y no hacer nada por cambiarla. Elijo fracasar en los estudios y triunfar en los videojuegos. Firmar alegremente la hipoteca y no prevenir la ruina que vendrá después. Casarme con aquel hombre que me enloquece en este instante y al que odiaré más tarde, tener las hijas que sufrirán de por vida esta situación, llevar una vida familiar de silencio en la mesa y pantallas en las habitaciones, escoger un trabajo esclavo del horario, la hipoteca y los vaivenes de la economía, mejor dicho, de la econosuya. Elijo también permitir que piensen por mí, que hablen por mí, que decidan por mí. Escojo ser uno

más de la inmensa masa de seres humanos mediocres, infelices, conformistas y alienadas por decisión propia. Viviré las mañanas de resaca, las tardes de siesta ante el televisor y las noches de insomnio con resignación, con humildad, con fatalismo. Los días serán largos, siempre esperando el fin de semana reparador que no repara. Largos días, interminables, largas semanas, largos meses, salpicados de vez en cuando por unas vacaciones que sólo harán que prolongar la agonía. Pasaré gustoso y resignado por todos los tópicos de las estaciones de la vida: Una infancia desgraciada, una adolescencia difícil, una madurez inmadura y una vejez pobre, enferma y arrepentida. Y al final, mi lápida rezará: "Tal como vino de mal, así se marchó". RIP.

Hasta que llegó el escándalo y tuvimos que abandonar este sistema, reinventándonos de nuevo, mi esposa y yo, y orientando nuestro trabajo hacia otros derroteros. Yo me encerré durante tres meses en un retiro de meditación y silencio y ella, mucho más analítica, aprovechó ese lapsus de tiempo para diseñar una maqueta de lo que sería la siguiente etapa en la técnica del adelgazamiento: La Máquina Separadora de Egos, con sus diferentes prototipos y modelos, que nos han ido acompañando a través de nuestra más reciente historia. Al cabo de aproximadamente un año, el primer paciente entró en la Máquina y experimentó la primera separación temporal en la particular historia de la Técnica. Eso fué el 3 de diciembre de 1996, festividad de San Francisco Xavier. La historia de este paciente, Xavier Demelo, convertida ya en todo un clásico de la literatura científica de los tiempos del cambio de siglo, pueden disfrutarla ustedes adquiriendo un ejemplar de su libro *No soy yo*, a la salida. No puedo decirles el precio, ya que supongo que irá subiendo a medida que pase el tiempo, una dimensión sobre la que ya no tengo control.

La gran repercusión internacional que tuvo el éxito de esta primera separación hizo que nos comenzaran a llover peticiones de tratamiento de todos los rincones del planeta. Por suerte, mi esposa había sido muy cuidadosa en la previsión de tamaña demanda a la hora de habilitar las dependencias del edificio de la Residencia, siendo éstas capaces de albergar, en sus comienzos, hasta cincuenta mil egos que, evidentemente, tardaron más de cinco años en llenarse, debido a las propias limitaciones de funcionamiento de la primera máquina, que podía realizar unas diez mil separaciones al año. Para eso hubo que crear tres turnos de trabajo y mantener el laboratorio funcionando día y noche, fines de semana incluídos.

Eso hizo que las investigaciones para mejorar la Máquina en sí misma se frenaran, nuestro trabajo consistía en estudiar los casos, cosa que se hacía en un tiempo récord, dar hora a los pacientes y separar los egos. Y así durante cinco años. Cuando la Máquina reventó durante la sesión del expresidente Méndez, allá por el año 2001, curiosamente también el día 3 de diciembre, comprendimos que de nuevo debíamos dar un golpe de timón y comenzar a transitar por otros senderos.

En la sesión plenaria del 7 de enero de 2002, después de casi seis horas de debate, la asamblea de la Fundación decidió emprender dos líneas de investigación, claramente diferenciadas: Una, continuar desarrollando prototipos cada vez más perfeccionados

para conseguir nuestro gran sueño: La separación definitiva del ego o bipartición, pues hasta ahora los egos no aguantaban más de un mes separados de su cuerpo portador, algunos incluso menos, más allá de este período caían en un extraño sopor, una tristeza melancólica, una agonía existencial que hacía que los individuos tuvieran a menudo que interrumpir las vacaciones o lo que estuvieran haciendo y volver urgentemente a la Residencia, donde permanecían hasta que se terminaba el tratamiento, consolando y confortando a su propio ego con palabras dulces, cariñosas, con proyecciones de un futuro compartido mucho mejor que lo que habían vivido juntos hasta entonces y con cuentos espirituales de las tradiciones budista, sufí o zen. Sólo así se recuperaba la imprescindible cooperación del ego en el adegazamiento o engorde, según el caso. Yo quería crear una máquina que permitiera partir totalmente ambos entes, ego y Ser, y que pudieran coexisitir por separado el tiempo que hiciera falta. No me di cuenta en ese momento de que estaba desafiando, de alguna manera, las leyes del Universo, puesto que, en el caso de conseguir mis propósitos (como sucedió cuatro años más tarde, con la primera bipartición completa), dejaba al Ser con el cuerpo físico, que duraría hasta su muerte, y permitía al ego existir eternamente en una simple urna, lo cual hacía al ego también inmortal, algo sólo reservado hasta entonces a la parte espiritual del Ser.

La otra línea de investigación fue idea de mi ayudante de laboratorio, Piluca Mostacho, que creía que debíamos externalizar lo que ella llamaba "variaciones temporales del ego", aprovechando la flexibilidad y la tendencia natural de éste a volver a su posición inicial, creando pequeñas máquinas menos potentes que pudieran instalarse en las casas, facilitando así la convivencia de las personas. Máquinas que pudieran hacer adelgazar y/o engordar a los usuarios unas cuantas egotrías, pocas, durante un corto período de tiempo. Si esto tenía éxito, los beneficios podían ser multimillonarios y nos permitiría reinvertirlos en la primera línea de investigación y conseguir la bipartición mucho más rápidamente.

En Navidad del año 2003 sacamos al mercado el primer Gabinete Acondicionador del Ego, preparado para instalarse en la ducha, al precio de 1.200 dólares, solamente para la República Argentina. Todos recordarán el anuncio en televisión de la familia comiendo en paz y armonía y el famoso slogan: "Pasa por la ducha y no hables tanto, sólo escucha. Una Navidad con el ego rebajado es mejor que el pavo asado." En una semana se agotaron las existencias y no hubo ni una sola devolución. Un alto ejecutivo de la multinacional Filips me llamó el día de Año Nuevo de 2004 y me hizo una oferta que no pudimos rechazar. En junio del mismo año estábamos distribuyendo gabinetes para ducha en todo el mundo, a un precio mucho más asequible y con mejoras sustanciales con respecto al modelo original. Pronto se fabricaron gabinetes para el lugar de trabajo, oficina, gimnasio, sala de reuniones, consejos de administración de empresas, universidades, parlamentos, gobiernos, etc. El día 21 de septiembre de 2006, Dia Internacional de la Paz, por primera vez las Naciones Unidas hicieron pasar a todos sus miembros por el gabinete acondicionador del ego instalado en sus dependencias. Fue una sesión gloriosa, donde se observó una corrección inusitada, todo el mundo

respetó los turnos de palabra e incluso algunos miembros del Consejo de Seguridad se tomaron las manos por debajo de la mesa.

No fue un camino fácil, también tuvimos que luchar contra la picaresca inherente al género humano; una conocida cadena de hipermercados instaló gabinetes en todos sus centros justo antes de pasar por caja, hecho que hacía que los clientes no se quejaran por los suplementos que aplicaban descaradamente a los precios. La cosa duró hasta que hubo un fallo de electricidad y una mujer descubrió el pastel. El escándalo fue mayúsculo; la mujer y la dependienta de la caja registradora se agarraron de los pelos y se revolcaron por el suelo durante un buen rato, hasta que volvió la luz y la gente que se encontraba bajo los efectos del gabinete pudo calmar la pelea y separar a las contendientes. A partir de entonces, los diferentes gobiernos obligaron a las empresas a colocar carteles que avisaban de que había un gabinete instalado allá y también a que éste estuviera siempre en un lugar apartado, bien señalizado y que el paso a través de él fuera totalmente opcional y voluntario.

Sólo faltaba el paso final: Miniaturizar el acondicionador de egos e incorporarlo al teléfono celular, para lo cual contamos con la inestimable colaboración de la empresa Apel, que no sólo incorporó a sus aparatos el acondicionador, sino que también lo dotó de la fina y elegante línea de diseño hoy por todos conocida, creando el conocido modelo I-Ego en sus diferentes versiones. Y de aquí al infinito: El concepto de relaciones entre las personas en la sociedad occidental comenzó a cambiar; se instalaron en los automóviles acondicionadores que se activaban automáticamente, a través del GPS, en las vías de mayor tráfico, en las grandes ciudades y en los puntos negros dónde solían haber muchos siniestros. La cifra de muertes por accidentes de tránsito bajó espectacularmente en todo el mundo y los conductores comenzaron a comportarse de una manera totalmente diferente a como lo habían hecho siempre: Se cedían el paso amablemente unos a otros, se echaban piropos y cualquier incidente, como por ejemplo tener un pinchazo, era un motivo inmejorable para intercasmbiar opiniones, hacer amistades e incluso encontrar pareja. Las compañías aseguradoras tuvieron que bajar los precios y muchos agentes de seguros buscaron trabajo en los sectores de la construcción y la hostelería. Todos recordarán la polémica que hubo cuando alguien se atrevió a insinuar e incluso a acusar de dopaje a los atletas de élite que usaban el acondicionador de pulsera Omiga para engordar ligeramente el ego justo antes de alguna competición, consiguiendo así mejores resultados. El asunto se zanjó homologando los aparatos y sacando al mercado la pulsera deportiva Omiga Humilde, que sólo tenía funciones de adelgazador, aunque incorporaba ya prestaciones avanzadísimas a su tiempo, como el adelgazador por lesión o el transmutador del ego ante la actitud del árbitro o juez de la competición. A nivel político se consiguieron grandes cosas, como que Fidel Casto pronunciara un discurso de tan sólo diez minutos ante las Naciones Unidas y que el expresidente español José Maria Graznar aprendiera catalán para hablarlo más allá de la intimidad, como por ejemplo en el bar e incluso en una discreta tertulia sobre la Reinaxença Literària Catalana que se celebraba mensualmente en un pueblecito de la Garrotxa, en Girona.

El interés público se centró en las aplicaciones del acondicionador, cada vez más sofisticadas y presentes en la vida de los ciudadanos del Primer Mundo, se podía decir que ya imprescindibles en su cotidianeidad. Y eso liberó de la presión a las investigaciones sobre el separador, que continuaron casi en secreto, hasta que en 2014 se construyó el modelo Rebaba, que consiguió, al fin, la primera bipartición total y absoluta, en la persona de José María Ruiz Tadeo, empresario español propietario del holding empresarial RUTAZA, a quien le fue separado para siempre el ego del Ser, quedando aquel en custodia en las dependencias de la Fundación y marchando éste en pregrinación perpetua al Camino de Santiago, dónde se ha convertido en un aliciente más de dicho Camino, casi una atracción turística, vestido de peregrino medieval y repartiendo agua mineral con su calabaza hueca entre los excursionistas exhaustos que llegan a la plaza de la catedral, punto final de dicho Camino.

De esta manera, la Fundación fue entregando a diferentes compañías la fabricación y comercialización de los acondicionadores, manteniendo las patentes e ingresando muchísimo dinero en concepto de royalties al año, y se centró en los tratamientos del ego que requerían especial cuidado y resultados definitivos. Un punto de inflexión importante fue el experimento realizado en la cárcel de Sing-Sing, donde todos los reclusos fueron separados de su ego y se creó el archiconocido "Sing Chain Choir", o Coro de las Cadenas, una agrupación coral de casi dos mil voces que ha paseado por todo el mundo su repertorio de canciones en pro de la paz, la solidaridad y la hermandad universal de los pueblos.

No obstante los buenos resultados obtenidos, existen aún muchos individuos, sobre todo en Argentina, a los cuales su propio ego descomunal niega y prohíbe el uso de acondicionadores, que se gustan a sí mismos tal como son, independientemente del mal que puedan causar a las personas que les rodean, que se han creído hasta tal punto su personaje que sólo pueden reaccionar ante una buena terapia psicológica (que suelen abandonar rápidamente, aconsejados por su ego), un tratamiento con el ego en vacaciones o, en última instancia, una separación definitiva. Ante la evidente recesión vocacional entre las filas de los futuros terapeutas, por el poco trabajo que existe actualmente, ya que la mayoría se dedican a la psicología infantil (campo donde el uso de acondicionadores fue restringido legalmente hasta los diecinueve años de edad, o dieciseis acreditando un trabajo basura de más de dos años o cinco relaciones amorosas de más de tres meses cada una), cada vez son más las personas que acuden a la Residencia para someterse a tratamiento. Viene gente de todo el mundo, e incluso existen viajes organizados para diferentes colectivos, como empresas, clubs y asociaciones, gente de la tercera edad, etc. En su posterior visita al laboratorio podrán ustedes conocer cómo se planifica el tratamiento personalizado de cada uno de los pacientes.

Volviendo a mi historia, todos conocen ya el desgraciado (o no) accidente que separó tempranamente el ego de nuestros hijos y los mandó al Nepal, al monasterio del Silencio, donde yo mismo estuve, como ya les he dicho, en los años noventa. Durante los primeros meses, tanto mi esposa como yo intentamos mantener el tipo y agradecer al

universo el que a nuestros hijos les hubiera pasado aquello, pero no podíamos evitar sentirnos vacíos, solos, como si alguien nos hubiera arrancado un pedazo de nosotros mismos, o dos, uno por cada hijo. Nuestros objetivos profesionales se habían conseguido hasta mucho más allá de lo que jamás hubiéramos podido imaginar y lo que realmente deseábamos, en lo profundo de nuestro corazón, era volver a estar todos juntos. Así que concebimos un plan: Yo separaría mi ego definitivamente y marcharía a internarme en el monasterio en cuestión y Elvira, mi mujer, solucionaría los temas administrativos que quedaban pendientes y, una vez todo estuviera atado y bien atado, haría lo mismo que yo. Allá nos encontraríamos todos, sin ego, pero juntos de nuevo.

Y así lo hicimos, dejando instrucciones de que nuestro ego no fuera tocado ni rebajado, para que, si en algún momento, por el motivo que fuera, quisiéramos volver, con nuestros hijos crecidos, o no, todo estuviera igual que antes. Era un paréntesis que nos tomábamos que podía durar como mucho hasta nuestra propia muerte física, claro está. Pero no tuvimos en cuenta que la decisión de separarnos, o bipartirnos, como se diría ahora, se tomó desde el ego, siempre sujeto a deseos terrenales, como pueda ser el apego a los hijos, dicho sea esto con todo el respeto a los millones de padres y madres que aún tienen el ego enterito y lo usan, con mejor o peor fortuna, para educar a sus vástagos. Por tanto, no sabemos qué decisión tomaron nuestros respectivos Seres cuando salieron de la máquina. Además, el mutismo impuesto por el voto de silencio imperante en el monasterio, las herméticas leyes del Nepal sobre la protección de datos personales y la información que sale allende sus fronteras, siempre medida con cuentagotas, dificultan sobremanera a la Fundación el conocer qué ha sido de nosotros, de la doctora y de mí, como seres holísticos separados de nuestro ego, esa falsa proyección de nosotros que ahora les está dirigiendo la palabra desde esta cómoda urna, comunicada con la de mi esposa, con la cual hablamos a menudo, nos peleamos como antaño, discutimos y esperamos que nuestros respectivos seres vengan a rescatarnos algún día de esta nuestra jaula de oro.

Y hasta aquí mi intervención. Quiero darles las gracias por su atención e invitarles a que pasen al restaurante donde, como ya saben, les será servido un lunch y dispondrán de un tiempo de descanso para recuperar fuerzas. A las tres de la tarde se reanuda la visita, esta vez a la Residencia de Verano propiamente dicha, donde podrán ustedes conocer de primera mano toda una colección de egos separados, escogidos especialmente para ilustrar diferentes comportamientos egoicos y por tanto susceptibles de tratamiento, inherentes a la propia condición humana. Más tarde podrán visitar también el Laboratorio, donde conocerán muchos más detalles del trabajo científico y médico de la Fundación.

Les deseo que tengan una feliz estancia entre nosotros. Hasta siempre.

TERCERA PARTE LA RESIDENCIA

PRIMERA URNA

El ego espiritual

Diego Rezo Galimatías nació en Sordera, provincia de Cáceres, allá por los años cincuenta, en un cortijo propiedad de sus abuelos maternos, que trabajaban el campo, poseían animales de corral y una pequeña ganadería. Era hijo y nieto único y creció siendo un niño solitario, así que desde muy pequeño hablaba con los animales y aullaba a la luna durante los cambios de estación. Esto no era lo que más admiraba a sus familares, lo que realmente les maravillaba era que éstos le entendieran y que la luna se oscureciera ligeramente cada vez que el niño se dirigía a ella. También curaba enfermedades y atendía las visitas, a las cuales trataba con una exquisitez insólita en un rapaz criado en el campo que no había recibido ninguna educación hasta los ocho años, fecha en que fue requerido por el alcalde de Sordera para asistir a la escuela, decisión a la que tuvieron que plegarse sus padres y abuelos contra su voluntad, ya que los servicios que prestaba al negocio familar eran inconmensurables y los ingresos que percibían provenientes de los visitantes que acudían al cortijo para curarse de dolencias físicas y también del alma, inmejorables.

Así, el hijo unigénito de los Rezo acudió a la escuela, regentada por don Ramón, maestro sin título académico pero afecto en grado sumo al régimen franquista. Era falangista, ex combatiente de la División Azul en el frente ruso (de donde trajo dos recuerdos: una bala alojada en las posaderas y los pies fríos a perpetuidad), miembro honorario de la guardia de Franco y guerrillero de Cristo Rey. Era un hombre duro, con un corazón como la piedra y una panza enorme, repleta de vino tinto barato y paellas mixtas que cocinaba para él la dueña de la pensión donde se alojaba, doña Berta Potingue, también boticaria del pueblo, ya que su marido jamás asomaba la cabeza por la tienda, siempre andaba enfrascado en misteriosos experimentos que a menudo provocaban pequeñas explosiones en el pseudolaboratorio instalado en el patio de la casa, justo al lado del corral de las gallinas. Don Ramón era muy severo y no le gustó nada que el primer día en que Diego Rezo entró a formar parte de su clase, escribiera con el dedo en la pizarra y convirtiera todas las gomas de borrar en chicles de menta. No hace falta decir que este detalle encantó a los demás niños.

Al cabo de una semana ocurrió la tragedia. Don Ramón solía pasearse por entre los alumnos haciendo preguntas a bocajarro sobre Cálculo Mental, una asignatura muy en boga por aquel entonces y hoy desaparecida de los planes de enseñanza actuales, afortunadamente. Con el borrador de la pizarra en la mano, iba dando capones a los chicos que contestaban erróneamente, o se quedaban en blanco pensando la respuesta. Cuando le tocó el turno a Diego, y ante la expectación de todos los presentes, éste contestó sin ningún problema a cuantas preguntas le hiciera don Ramón y cuando el maestro recurrió a las otrora infalibles divisiones por cinco cifras, Diego comenzó a leerle el pensamiento, pronunciando las cifras décimas de segundos antes de que don Ramón consiguiera verbalizarlas. Esto irritó sobremanera al ex cabo de transmisiones de

la División Azul y decidió que aquel listillo poseído por el demonio se merecía un buen par de capones. Pero cuando intentó dárselos malintencionadamente con la parte dura del borrador, ésta se volvió como de goma y comenzó a rebotar primero hacia el techo y después por las paredes y cristales de las ventanas hasta que fue a parar a la frente de don Ramón, esta vez de nuevo en su textura normal, cosa que hizo que éste trastabilleara y se cayera de espaldas, dándose en plena nuca con la tarima del profesor que toda escuela de la época tenía, para dejar bien claro quién mandaba en clase.

La agonía del maestro duró un buen rato, durante el cual los niños jugaron a adivinanzas y cantaron canciones de corrillo, apartando las mesas y las sillas. Cuando don Ramón dejó de moverse, pasando a mejor vida (o peor), sus antaño entregados alumnos estuvieron jugando con su cuerpo hasta que éste se volvió tan rígido que no había forma de manipularlo. Entonces se dedicaron a pintar barbas y bigotes a los retratos de Franco y José Antonio Primo de Rivera, presentes en el aula desde que terminó la guerra civil y mudos testigos de cuanto había pasado en ella, hasta que llegó la hora de volver a casa.

Doña Berta Potingue, extrañada de que su hijo Manolín no trajera deberes aquel día, con lo atrasado que iba el pobre en los estudios, decidió hacer una corta visita a don Ramón. Cuando entró en el aula y vio el enorme cuerpo del maestro inmóvil, sentado en la silla, con los ojos abiertos y vidriosos y en posición de saludo fascista, con una escuadra y un cartabón de madera colocados de tal modo que le aguantaban el brazo en dicha postura, las piernas le flaquearon y se sentó en la silla de Luisito, el último de la clase. Se imaginó el escándalo subsiguiente, la escuela cerrada, la policía haciendo preguntas, los niños... No podía permitirlo. Sabía de buena tinta que al bueno de Don Ramón nadie lo echaría a faltar, y menos sus propios alumnos. No tenía parentescos, ya que su familia había sido pasada por las armas enterita por los republicanos durante los primeros días del Alzamiento, así que tomó una sabia decisión: Ayudada por su marido y amparada por las sombras de la noche, trasladaron el cuerpo en una carretilla hasta su casa, sumergiéndolo en una bañera de ácido sulfúrico hasta que no quedó ni el hueso. Al día siguiente, remitió una carta al Ministerio de Educación y Descanso, imitando la letra de don Ramón, que ella conocía tan bien por las innumerables notas que recibía constantemente sobre la inutilidad académica de su hijo. En la carta decía, textualmente, que estaba harto de llevar una vida tan reposada, que él era un hombre de acción, un guerrillero de Cristo Rey, y que marchaba a Corea para alistarse y combatir contra el comunismo internacional y su contubernio judeo masónico. De su cosecha, doña Berta añadió que los niños iban flojos de fe y recomendaba encarecidamente que su sucesor fuera una persona de fuertes convicciones religiosas, a ser posible un sacerdote joven y con suficiente ánimo para luchar por la salvación de aquellas almas inocentes, pueblerinas e incultas. A doña Berta le gustaban los curas jóvenes, aún inflamados por el ardor de la sangre y prestos a caer en las redes de alguna feligresa de buen ver, como ella, que lucía una escasa y esplendorosa treintena, ignorada por un marido tan sólo preocupado por conseguir una nueva aleación que revolucionara la industria del automóvil, por otro lado inexistente en la España de aquella oscura época.

Y el Ministerio, que lo era bastante más de descanso que de educación, le hizo caso, pero sólo a medias, ya que enviaron como suplente a la hermana Despierta, una novicia del convento de las Carmelitas con Llagas en los Pies (escisión de las Carmelitas Descalzas de fines del siglo dieciocho), sito en Tarjerín, capital de comarca, la cual por lo visto tenía diferencias de corte teológico con la superiora del convento, Sor Sargenta. Nada importante, la hermana Despierta sostenía que el Espíritu Santo tenía más de águila que de paloma, que la misa mejor celebrarla en esperanto que en latín y que María Magdalena era la verdadera heroína del Nuevo Testamento, y no Jesucristo. Y hacia allá que se fue Sor Magdalena, apodada la Despierta, dispuesta a ejercer su labor docente de forma más acorde con los nuevos tiempos que corrían, cosa que, huelga decirlo, sólo ocurría en su cabeza, pues aun faltaba mucho para que los tiempos cambiaran, por lo menos en España.

Ya el primer día de clase, cuando vio aquel alumno que se comunicaba telepáticamente con ella y hacía flotar los plumieres cada vez que tosía, pensó que el buen Dios le tenía reservada una misión que se le iría revelando de a poquito. De cultura muy ecléctica, ya que era hija de padre comunista huido a Francia y de madre anarcosindicalista huida a México, comenzó a facilitar a Diego toda clase de lecturas profundas y, en su mayor parte, prohibidas. En sus primeros años de escuela el niño leyó los Evangelios apócrifos, las Moradas de Santa Teresa, El Capital de Karl Marx, el Manifiesto Comunista, El Quijote y los textos sagrados del hinduismo, el budismo y el sintoísmo. Con la excusa de que el niño andaba flojillo en religión, le hacía quedarse a clases de refuerzo donde le enseñaba filosofía, yoga, masaje ayurvédico y rudimentos de tai chi. Siempre acababan el refuerzo con una meditación dirigida. También dio el niño buena cuenta del Corán y, cuando entró en los albores de la adolescencia, allá por los finales de los sesenta, comenzó a devorar fotonovelas de Corín Tellado, en las cuales apuestos hombres maduros seducían a inocentes jovencitas, por lo que eran castigados con la soledad y el desdén de la hipócrita sociedad española de provincias. Todas las historias terminaban con un beso, hasta que llegó un día en que Diego le preguntó a su tutora espiritual qué coño había más allá del beso, si tenía que ver con lo que doña Berta hacía con el carbonero a escondidas de su marido, o si más bien la cosa era más parecida a las visitas que los braceros del cortijo efectuaban con nocturnidad y alevosía a la cabra favorita de su abuelo.

Magdalena se dio cuenta de que había llegado el momento de iniciar a su pupilo en el sexo tántrico, abriendo así otra puerta a su desarrollo espiritual. Acondicionó debidamente una cuadra abandonada que había en las afueras del pueblo y allí, a la luz de las velas que tomara prestadas del convento, mientras recitaban juntos antiguas escrituras en sánscrito, ambos se acoplaban una y otra vez, entre sacos de paja, libros de texto y gritos de placer. En poco tiempo, Diego Rezo Galimatías se convirtió en un amante al más alto nivel y en un erudito fuera de lo común, de manera que andaba levitando por el pueblo, miraba a los demás por encima del hombro y hacía disfrutar cada vez más a la hermana Magdalena, que por aquel entonces debía contar unos veintiocho años lozanos y satisfechos. Algunos ancianos del pueblo aseguran que

durante sus interminables coitos con Dieguito, como Magdalena llamó cariñosamente siempre a su aventajado discípulo, la paja se volvía brasas ardientes y la puerta de la antigua cuadra se abría y se cerraba al ritmo de la cópula, cosa que les beneficiaba en grado sumo, ya que los lugareños aseguraban que estaba embrujada y a nadie se le ocurríó jamás acercarse por allí.

Cuando Diego cumplió los dieciocho años, Magdalena fue llamada al convento. Era el bicentenario de la Orden y debía asistir a los actos commemorativos de tan sonada efemérides. La otrora novicia aprovechó la visita para confesarse con el padre Sonoro, llamado así familiarmente entre las monjas por las ventosidades que se le escapaban entre pecado y pecado. Pero el padre Sonoro no pudo resistir el larguísimo y detallado relato que Magdalena le hiciera sobre el plan educativo personalizado que seguía con su alumno favorito, y al pobre hombre, que ya contaba sus años, le falló el corazón, soltó la última ventosidad y entonó el canto del cisne, desplomándose contra la celosía del confesionario con ruido sordo.

Cuentan que Magdalena exclamó, sin poderse aguantar: "¡Vaya, ahora que iba a empezar con los pecados...!"

Pero algo le hizo pensar que el trabajo tocaba a su fin, que hacía falta un cambio de rumbo en su vida y, aprovechando que se estaba organizando en su Orden una expedición a la selva amazónica, se enroló como misionera y partió al cabo de una semana rumbo a su nuevo destino, el poblado de Miembro Alto, a orillas de un pequeño afluente del Orinoco, que había sido el asentamiento milenario de una tribu de cazadores de cabezas, ahora extinguida, ya que el último superviviente se había comido su propia cabeza, ante la amenaza de vivir solo hasta el fin de sus días. El poblado había sido ocupado por los indios guru guru, una etnia caracterizada por su gran espiritualidad y su poderoso miembro, que llevaban envuelto en zarzas vigorizantes, las cuales sólo renovaban una vez al año, la noche del solsticio de verano. Magdalena pronto intimó con el hechicero de la tribu, un hombre santo y con un cierto conocimiento de la cultura occidental, cosa que le permitía hablar de fútbol, resolver crucigramas y hacer el amor con subtítulos en varios idiomas, entre ellos el esperanto.

Diego, compuesto y sin maestra, despechado por el abandono, arrastró a Titina Ridruejo, hija del médico del pueblo y una chica sencilla, tímida, que no hablaba casi nunca pero, cuando lo hacía, no paraba de charlar durante dos horas ininterrumpidas, tras de lo cual volvía a callar hasta no se sabe cuándo, y que poseía unos pechos espectaculares y un culo respingón y provocativo, a una vorágine de sexo en la sacrosanta cuadra donde habían tenido lugar sus encuentros carnales y espirituales con la hermana Despierta. Todo fue bien hasta que Diego, en uno de los infrecuentes orgasmos que se permitía tener, le llamó Magdalena, entonces la chica se levantó, recogió sus ropas y, llorando sin parar, se fue al bar del pueblo, donde, desgraciadamente, habló durante dos horas sobre lo que le había pasado con Diego, y de sus sospechas, confirmadas hacía unos minutos, sobre las escandalosas relaciones de éste con la monja. Todo y que los tiempos ya estaban cambiando y la democracia

pugnaba por llegar a aquel oscuro país, en aquel poblacho rural el pasado se había anclado fuertemente y pasarían aún diez años antes de que sus habitantes comenzaran a cambiar la mentalidad hacia posiciones más liberales. Así que el escándalo fue mayúsculo.

Diego huyó, por así decirlo, a Madrid, donde trabajó durante dos años como ayudante de un mago, el profesor Guante, hasta que éste murió de una extraña y fulminante enfermedad provocada por la ingestión de un conejo muerto que encontrara en su sombrero. El muchacho se libró por poco, ya que estaba invitado al arroz con conejo que el profesor cocinó ese domingo, pero se retrasó por la huelga de taxistas y, cuando llegó a casa del mago, la cosa era ya irreparable. Durante un tiempo continuó haciendo bolos él solo, aprovechando los contactos del finado profesor, pero en cierta ocasión en que conectó a una mujer con su marido muerto y éste la acusó de puta y de asesina delante de más de cincuenta personas, por boca suya, supo que tenía que dejar la profesión y usar sus poderes en proyectos mucho más ambiciosos y que le reportaran beneficios mayores.

Se retiró a una casa de campo en los alrededores de Madrid y escribió su conocido Decálogo sobre la vida espiritual tras una copiosa comida, tras de lo cual fundaría la controvertida secta de la Fraternidad Universal Te Ama, o FRUTA, anunciándose en los periódicos de la época como la única solución a la falta de amor y vida espiritual imperante en aquellos tiempos convulsos que corrían. Pronto comenzó a ganar adeptos, que acudían a todas sus conferencias pagando entrada, vestían como él (túnica, alpargatas con cascabeles, tricornio de guardia civil y una mochilita con el kit de supervivencia por si llegaba de repente, sin avisar, el fin del mundo tal como lo conocemos ahora y había que echarse al monte), y hablaban a todas horas del maestro Plegaria (Diego se cambió el apellido Rezo por este otro, más acorde con su nueva condición de maestro espiritual) y de las bondades de la FRUTA. Eran individuos fanáticos, con ningún sentido del humor y nada proclives a soportar malintecionados juegos de palabras respecto a aquella venerable institución que llenaba de sentido su vida espiritual. En cierta ocasión, un dibujante de La Perdiz, una conocida revista de humor, publicó un chiste gráfico en el que se veía un acólito de la secta diciendo: " Gracias a la FRUTA, me siento mucho más en paz conmigo mismo. Y cago mejor." Al día siguiente, una multitud fue a buscarle a la redacción y le obligaron a beber quince litros de purgante naturista, tras de lo cual le bajaron los pantalones, lo ataron al excusado y le hicieron unas fotografías que más tarde publicaría la misma revista, en un claro desafío, con el siguiente pie de foto: "Me cago en la FRUTA madre que los parió". Después de esto, alguien incendió el edificio de La Perdiz, que ardió hasta los cimientos. Todo el gremio de humoristas se puso en contra del maestro Plegaria y sus secta de adoradores y adoratrices. Durante más de tres meses, se convirtió en el blanco favorito de casi todos los chistes gráficos de la prensa nacional, hasta que fue invitado al programa estrella de la televisión nacional, *Indirectísimo*, el sábado por la noche en horario de máxima audiencia. Muy comedido y pausado, habiendo cambiado el tricornio de guardia civil por un sombrero de mosquetero de la época de Richelieu,

pidió perdón en nombre de sus seguidores e hizo una solemne demostración de sus poderes: Reventó más de cuatro mil cafeteras a distancia (y no fueron más por ser las once de la noche, horario nada adecuado para tomar café) y convirtió a una azafata del programa en un boy scout barbudo que tocaba la guitarra y cantaba canciones de Woody Guthrie. No hace falta decir que el país entero cayó a sus pies.

Fue entonces, ante la fortísima demanda de nuevas vocaciones subsiguiente, cuando fundó la Ciudad de la FRUTA, aprovechando una urbanización a medio construir en la sierra de Navacerrada, abandonada por los promotores, donde montó su famosa comuna. Dejó de dar conferencias y talleres externos y se encerró a convivir con los que aceptaban las condiciones para entrar a formar parte de la secta. Primero de todo, se creó una moneda única, la Pepita (de melón), que la gente cambiaba por pesetas. Una pepita, una peseta. Ese era el lema, que despertó la admiración de multitud de economistas e incluso políticos de todo el mundo, como el futuro presidente de Argentina, Méndez, que más tarde lo imitaría igualando el valor del peso con el dólar, con toda la riqueza y prestigio que eso supondría para el gran país latinoamericano. Y por cada duro (cinco pesetas), el cambio era de cuatro pepitas, una quedaba para sembrar los campos adyacentes y así invertir en el futuro de la comunidad. De ahí la famosa expresión popular "dar duros a cuatro pepitas". En la vida diaria de la comunidad se seguían por estrictas reglas de conducta: Se levantaban con el alba y se acostaban con el crepúsculo, se comían gachas para el desayuno, comida y cena y se vivía en un régimen de silencio y meditación activa. Los hombres dormían juntos y las mujeres, con el maestro. Las prácticas sexuales sólo estaban permitidas para los iniciados (en diez años que duró la broma, que se sepa sólo se inició el maestro), la homosexualidad estaba prohibida y la masturbación muy mal vista, por eso todos dormían con el antifaz puesto, para no verla. Los domingos había paella vegetariana y sandía de postre, el consumo de melón estaba prohibido, ya que si los integrantes de la comunidad hubieran tenido acceso a las pepitas se hubiera corrido un serio peligro de haber más pepitas en el mercado que sus correspondientes melones, como pasaba fuera de la comunidad con los bancos y sus préstamos, basados en dinero inexistente que, mágicamente, se volvía real cuando la gente lo devolvía con el sudor de su frente. Después del postre, se servían infusiones de hierbas del campo y Diego hacía unos cuantos milagros para entretener a sus seguidores. Nada del otro mundo: Convertía el vino en whisky de malta, resucitaba a los muertos, curaba a los leprosos y predicaba la Buena Nueva, la Nueva Era y la Movida Madrileña. Después, a la vista de todos, se metía entre pecho y espalda un cordero guisado con patatas o un pollo de corral con gambas, ante un respetuoso silencio general tan denso como la salsa que acompañaba los respectivos platos. Esta acción fortalecía a los miles de integrantes de la secta contra las tentaciones fatales del consumismo, la alimentación carnívora y la cocina tradicional.

Todo iba viento en popa hasta que una facción del movimiento de la FRUTA, que defendían el uso de la H aspirada en el silencio general imperante en la comunidad, se enfrentó con los que creían que la misma letra debía ser muda, pronunciarse como tal y

jamás mostrarse ni evidenciarse, ni siquiera en el lenguaje de signos. La silenciosa polémica cada vez fue a mayores, los seguidores de uno y otro bando se dirigían furiosas miradas de soslayo, cortes de mangas en la fila de la comida y más de uno se encontraba por la noche el jergón lleno de gachas, convertidas en un duro engrudo que pegaba la manta a la esterilla, con las molestias que eso causaba al afectado. La cosa estalló un día en que el maestro Plegaria se ausentó de la comunidad para hacer una ruta gastronómica por tierras de Galicia con sus diez pupilas favoritas. Cuando salió el sol, se dieron cuenta de que alguien había pintado en una de las paredes del inmenso edificio que hacía las funciones de templo, donde se reunía toda la comunidad a meditar cada mañana antes del desayuno, las siguientes palabras, con grandes letras en rojo sangre: HOS QHUEDA MHENOS QUE HA UNH CARAMHELO EHN LHA PHUERTA DHE UNH COLHEGIO, en clara amenaza a la facción que ignoraba el uso de la H, e incluso cuestionaba su existencia. Al día siguiente, alguien, supuestamente de la facción contraria, había escrito, contestando a la provocación: LA ABEIS CAGADO, OS BAJAREMOS LOS UMOS, OS UMILLAREMOS, OS PISAREMOS LOS UEVOS, OS ECHAREMOS A LA OGUERA, ESTAMOS ARTOS, EL ACHA DE GUERRA ESTA DESENTERRADA! La batalla campal fue al mediodía, hubo casi doscientos muertos, más de cuatro mil heridos, trescientas cuarenta violaciones consentidas, tres y media contra la voluntad de la víctima y, lo peor de todo, alguien abrió la cámara acorazada y se llevó todos los melones. La ciudad fue incendiada y los más de cinco mil supervivientes se lanzaron a las calles de Madrid, donde estuvieron durante meses jodiendo en los parques públicos, invirtiendo en Bolsa, presentándose a oposiciones a funcionarios del Estado y asando cochinillos por las esquinas. Enterado de lo ocurrido por la prensa nacional, Diego Plegaria sufrió un ataque de modestia, cambió su apellido otra vez al de Rezo y tomó un avión hacia Buenos Aires, aceptando la invitación que el presidente Méndez le hiciera en su día. Con él llevaba todos sus modestos ahorrillos: diez millones de dólares de la época, que perdería meses después con el advenimiento del célebre corralito, así como perdió todas sus facultades extrasensoriales y sus poderes paranormales cuando pisó el eropuerto de Ezeiza, debido al efecto del jet – lag. El último milagro que haría en su vida, en pleno vuelo, fue convertir los sandwiches de miga que repartía Aerolíneas en una plata de pan con tomate y jamón de Jabugo, ante la atónita mirada de su vecino, un rabino que creyó ver al demonio en persona y se tomó un tubo de somníferos de golpe.

Diego Rezo Galimatías inauguró una nueva etapa en su vida: Tras visitar a cuanto sanador, médico, psicólogo y nigromante se cruzara en su camino, con el fin de recuperar sus poderes, empeño inútil, comprendió que el Universo le estaba poniendo a prueba de nuevo y, delante de un plato de chichulines especialmente largos, creyó ver el significado de su existencia, tras de lo cual comenzó a frecuentar los locales donde se cantaba tango en directo y se alistó en las filas de la aseguradora Cafre, donde se especializó en la venta de seguros contra la muerte en vida, un nuevo producto que causaba furor entre los damnificados por la grave situación económica que vivía el país. Aprovechando su mirada hipnótica, su verborrea apocalíptica y su memoria fotográfica, que le ayudaba a recordar hasta el último detalle de las biografías de sus clientes, Diego

se convirtió en el mejor de los vendedores. Su especialidad era colocar seguros por la calle y en los asadores al paso, donde llegó, en cierta ocasión, a venderle una póliza a un churrasco requemado a punto de ser devorado por tres hambrientos campesinos que acababan de vender su cosecha en el mercado de abastos.

Hasta que un lunes, justo una semana después de ser nombrado mejor vendedor del mes en la zona del gran Buenos Aires, cuando su ego volvía a resurgír con fuerza y comenzaba a dar propinas en las cafeterías y a mirar por encima del hombro a los taxistas gallegos, se encontró frente a frente, en medio de la calle Corrientes, con una mujer madura que le preguntó, a bocajarro, si tenía algún producto que le asegurara contra las desviaciones y los excesos producidos por su propio ego, el de él. La pregunta lo dejó anonadado. Levantó la vista, miró a los ojos de la transeúnte y cual no sería su sorpresa cuando reconoció en ellos a Magdalena, su antigua tutora y amante. Su primera reacción fue agredirla en medio de la calle con el portafolios del trabajo, pero Magadalena aguantó, impertérrita, los golpes en el rostro, que sonaban como si le estuvieran dando en su propia alma, en la de él. Después intentó apuñalarla con su pluma Parker, que le habían regalado en la empresa cuando consiguiera llegar a sus primeras mil pólizas, meses atrás, pero Magdalena, avezada en las artes marciales, paró todos sus golpes e hizo que la pluma se quedara atravesada en un misal que, sorprendentemente, sacó, rápida como un rayo, de un bolso Louis Vuitton que llevaba colgando en bandolera. La pobre pluma agonizó entre las hojas de papel, impregnando de tinta todas las páginas correspondientes a la Cuaresma, hasta el Miércoles de Ceniza. Acto seguido, Diego comenzó a lanzarle ganchos, patadas de karate y capones al estilo de don Ramón, el maestro falangista, pero Magdalena tenía el día esquivo, y no hubo manera de alcanzarla. Al final, descargado todo el rencor que atenazaba su alma desde el día en que Magdalena le abandonó, Diego intentó abrazarla, llorando como un niño, pero en su azoramiento se equivocó y se encontró abrazado a una madre de la plaza de Mayo que pasaba por allí y que le acompañó durante unos minutos en su llanto, aprovechando así para también desfogarse de los desaires de su noble lucha. Al fin pudo abrazar a Magdalena y así permanecieron, sin decir nada pero diciéndoselo todo, durante dos días con sus respectivas noches, primero en plena acera y después, cuando les comenzaban a fallar las piernas, apoyados en un semáforo, que, oh milagro, estuvo en verde hasta que decidieron irse a un hotel a descansar y a contarse sus andanzas respectivas. Antes de eso, Magdalena compró unas velitas iguales a las que usaron durante años en sus encuentros holísticos en la cuadra de Sordera, lo cual presagiaba una sesión de sexo espléndida que Diego hacía mucho tiempo que no tenía, ni siquiera cuando dormía con las trescientas sesenta y cuatro integrantes de su secta, una para cada noche (el día de Navidad hacía de tripas corazón y realizaba abstinencia, aunque hay quien asegura que se masturbaba a escondidas, pero la gente es muy mala, ya se sabe, y si la envidia fuera tiña...).

Y, efectivamente, estuvieron repasando durante una semana todas las posturas del kamasutra que recordaban de sus buenos tiempos y Magdalena le enseñó diez o doce más que había aprendido del hechicero guru guru, aunque se guardó muy bien de

comentarle a Diego las medidas que gastaba el añorado chamán, fenecido una tarde de otoño en las fauces de una mofeta gigante, que murió a su vez de una indigestión vírica, causada por los virus que, según sospechaba la propia Magadalena, le había transmitido ella misma cuando se hicieron hermanos de sangre y sexo, en una conmovedora ceremonia celebrada en lo alto de un platanero y oficiada por el sacerdote de una misión española tan aislada en la selva que aún escribía periódicamente cartas al virrey del emperador Carlos I de España y V de Alemania. Diego y Magdalena sólo pararon de vez en cuando para bajar al locutorio y chatear con Titina Ridruejo, que por aquel entonces daba clases de oratoria en Barcelona, o bien para comerse una napolitana con papas en el restaurante de la esquina, regido por un gallego hincha de Boca que solía hablarles de las excelencias de la vida en Lugo antes de la guerra civil. Y después, también.

Cuando ambos hubieron apagado su fuego interno, Magdalena le contó sus visicitudes en el Nuevo Mundo, sus andanzas con los guru guru, el viaje al Machu Pichu en pos de la comprensión del ciclo migratorio del cóndor de los Andes, que había resultado inexistente, la insensata expedición a la Tierra del Fuego, donde comprendió que el único fuego que la animaba era el de su propio ego espiritual, y los años transcurridos ejerciendo de gaucha en la Pampa, donde no comprendió nada ni avanzó un ápice en su crecimiento espiritual, pero le sivieron para convertirse en una experta en las boleadoras y en el difícil arte de la preparación del asado del domingo, un conocimiento reservado prácticamente tan sólo a los hombres de aquel gran país, Argentina. En ese punto de la narración, Diego la interrumpió y comenzó a relatarle su historia a grandes trazos, incluyendo algunos detalles que desconocemos, como el trágico fin de la boticaria de Sordera, doña Berta, asesinada por su marido y conservada en una gran probeta de formol durante dos años, hasta que fue descubierta por un inspector de la Seguridad Social en una visita rutinaria al pueblo. O el incendio del convento de las Carmelitas con Llagas en los Pies y la posterior conversión de la Orden al Islam, siguiendo los pasos de Muhammad Alí, antes Cassius Clay, héroe inspirador de Sor Sargenta, superiora del convento.

Cuando Diego comprendió que había llegado a un punto muerto, o sea al momento presente, el aquí y el ahora se apoderaron de él, sumiéndole en un estado en que el oprobio y la vergüenza por estar vendiendo seguros de muerte en vida a inocentes integrantes de las clases desfavorecidas le oprimía el alma y hacía aflorar a sus ojos lagrimones de arrepentimiento que le empapaban la camisa de dormir que llevaba puesta. Y eso que no le contó nada sobre aquella vez que engañó a todo un vagón entero de cartoneros, vendiéndoles un seguro colectivo contra la polilla del papel, animal que sólo existía en su imaginación y, a partir de ese momento, en la de los asegurados. Entonces comenzó la parte importante de este relato: Magdalena le explicó que, después de dar tantas y tantas vueltas, en un taller sobre terapia regresiva alucinatoria conoció al gran maestro Doménico Castrati y a su esposa, la doctora Elisa Porteño, que se habían quedado subyugados con sus conocimientos sobre el alma humana y la sopa de ajo con picatostes, receta de la abuela de Magdalena, una extremeña apodada *La Cucharones*,

allá en su pueblo natal, Sopera, en la provincia de Badajoz. Ambos la invitaron a visitar la Residencia de Verano para Egos Maltratados y a conocer el trabajo que estaban realizando, labor que encandiló a Magadalena de tal manera que ya no salió más de allá. Estuvo unos años trabajando como ayudante de la doctora Porteño en el diseño de las diferentes versiones de la Máquina separadora de egos, más tarde la destinaron al departamento de administración y, cuando el profesor Castrati se separó definitivamente de su ego, la doctora la llamó a su despacho, encomendándole, como uno de los últimos deseos del profesor, la dirección de la Residencia. Desde entonces, todo el mundo la llamaba, en el trabajo y fuera de él, Sor Jefa, cariñosamente, ya que ella había colgado los hábitos hacía mucho tiempo, el día en que un guacamayo de la selva le contara un chiste de Lepe especialmente inspirador. Actualmente se hallaba de vacaciones y debía volver al trabajo dentro de cuatro días.

Diego cayó de rodillas, suplicándole que le admitiera en la Residencia como paciente, que aquello era una sincronicidad del destino, que si se habían vuelto a encontrar era por algo y para algo, que estaba harto de vender pólizas de seguros (además se llevaba fatal con su nuevo jefe, un chupatintas de Mérida aficionado a la tauromaquia, al póker abierto y poseedor de una insufrible voz de canario flauta que alababa hipócritamente y con una sonrisa cínica sus imbatibles marcas en la venta de pólizas), que acababa de tener una revelación minutos antes, etc, etc. Magdalena se hizo de rogar al principio, advirtiéndole que era un tratamiento largo, costoso y que no le garantizaba un éxito inmediato. Pero Diego, recuperando de repente el aplomo y la facultad de emprendedor espiritual que lo había convertido en un personaje casi mítico en otros tiempos, se levantó solemnemente, se vistió, le rogó que lo esperara un día en el hotel, él pagaba los gastos, y se marchó. En el ascensor de bajada le vendió una póliza a un directivo de Movistar contra la competencia de Telecom y en plena calle aseguró a una dotación de bomberos contra robo, después de hacerles ver lo codiciada que iba la goma de manguera en los tiempos que corrían, susceptible de desaparecer en cualquier momento y ser reciclada para fabricar forros de sabores, chicles de hierbabuena y neumáticos de tractor. Así estuvo durante dieciocho horas ininterrumpidas, vendiéndole seguros a todo bicho viviente y e incluso a alguno fallecido, después llevó las pólizas a la oficina central de la compañía y, allí, ante la admiración de su jefe y el escándalo de su secretaria (que se sentía atraída secretamente por aquel pedazo de vendedor de sienes plateadas y mirada turbadora), pidió la cuenta y se despidió para siempre jamás del mundo de los seguros. De nada sirvieron los hombre, si es un problema de dinero, podríamos llegar a un acuerdo, o los se lo ha pensado usted bien, amigo Rezo, mire que la cosa está muy mal allá afuera y usted, aquí, ya es como de la familia, o las encendidas miradas de la secretaria y la posterior violenta irrupción de ésta en su despachito, mientras recogía sus cosas, con las bombachas en la mano y un brillo de lujuria en la mirada. Señorita Papela (así se llamaba de apellido la chica, y le llamaban Traspapela, con muy mala intención, en la oficina central), le dijo, los trenes sólo pasan una vez y éste llegó a final de recorrido, tras de lo cual continuó empaquetando, mientras la pobre mujer corría llorando a su casa, donde violaría repetidas veces a su marido, un saxofonista ciego que tocaba en la calle, y cocinaría por primera vez

matambre de ternera para sus dos hijos, que se habían alimentado hasta entonces únicamente a base de leche con cereales.

Diego se presentó de vuelta en la habitación del hotel, se acostó al lado de Sor Jefa y le comunicó que estaba a punto para ingresar en la Residencia y limar aquel maldito ego que tantas malas pasadas le había jugado hasta ahora. Magdalena asintió por fin y quedaron de acuerdo en marchar juntos hacia allá cuando ella terminara sus vacaciones.

Los siguientes tres días los pasaron comiendo spaguetti al pesto y visitando una conocida clínica dermatólogica, ya que ambos andaban irritados en sus partes después de la semana que pasaran cogiendo en el hotel. Aquí fue donde Diego tuvo el primer problema con el síndrome de abstinencia del vendedor de seguros, ya que intentó colocarle, una y otra vez, una póliza contra el miedo a hablar en público a un catedrático de la Universidad en la sala de espera, aquejado de un sarpullido en el oido interno que le hacía ver las estrellas, dicho esto en sentido figurado, y que intentaba afanosamente firmar la servilleta de papel que Diego le ponía por delante, para que éste dejara de atormentarle con su encendido discurso sobre los peligros de quedarse en blanco ante una clase magistral de trescientos alumnos en la Facultad de Farmacia, donde daba clases regularmente el pobre hombre. Pero Magdalena, protegiendo ya el frágil ego de su ¿hombre? (vamos a llamarlo así, de momento), arrugaba una y otra vez la servilleta y la lanzaba a la papelera. Al final el profesor se tiró por la ventana, cayendo de cabeza en una maceta dos pisos más abajo, donde se quedo plantado durante dos días, hasta que se le curó milagrosamente el sarpullido, debido al abono ecológico usado por los inquilinos del apartamento, unos jóvenes comprometidos con la defensa del medio ambiente y la lucha contra los transgénicos. Diego tuvo que ser amordazado por las enfermeras mientras le trataban el prepucio con un derivado de la quinina en la sala de curas, pero a punto estuvo de colocarle, por señas, una póliza contra la enfermedad del sueño al anestesista, un respetado anciano próximo a la jubilación y a cultivar su huertecito en Rosario, de donde era oriundo.

Después de un tratamiento intensivo a base de zumo de pomelo, tabaco de liar y respiración holotrópica, Diego al fin estaba en condiciones para ser internado en la Residencia, cosa que hizo el día 21 de septiembre, justo después de la llegada de la primavera. Algunos sostienen que llegó justo antes, pero no deja de ser un dato curioso que los que dicen eso también sostienen que la primavera llega antes de las rebajas en los grandes almacenes y que suele preceder al verano, dato que no ha podido aún ser corroborado por la Sociedad Meterológica Argentina, siempre enfrascada en luchas intestinas e interminables comilonas en las afueras, muchas veces en formato picnic.

Durante más de dos años, el ego de Diego Rezo Galimatías ha sido tratado y limado en las dependencias de la Residencia, a tenor de estancias regulares de dos meses, durante los cuales su portador aprovechó para estudiar Cocina Macrobiótica, Mística Occidental y se convirtió en una dulcísima persona que ayudaba a los pobres moribundos de la calle a traspasar al otro lado (no de la calle, de la vida, o de la muerte, como prefieran) sin rebelarse contra las injusticias vividas y aceptando su destino beatíficamente.

Actualmente ha terminado el tratamiento y convive en paz y armonía con Sor Jefa, nuestra querida y respetada directora. Suele prestar su ego los días como hoy, cuando se programan las visitas guiadas, especialmente en aquellas ocasiones en que vienen colectivos aquejados de un fuerte ego espiritual. Recientemente ha vuelto a hacer milagros, pero esta vez sin darle importancia a la cosa y únicamente a petición de los interesados, como cuando convirtió al hijo del conserje, un insoportable adolescente con una motocicleta atronadora, en un excursionista empedernido que ha hecho más de noventa veces el trayecto a pie Buenos Aires - Mar del Plata. O la vez que transmutó el agua de una fuente pública en tinto del Penedés para unos novios a quienes no les llegaba la economía para el vino en la ceremonia de su boda.

Diego Rezo Galimatías es feliz y se dedica a escribir chascarrillos picantes sobre piedra calcárea, ya que, según dice, los agujeros siempre presentes en ese tipo de superficie le ahorran la mayoría de las "o" y los puntos de las íes. De tanto darle a la escarpa y al martillo ha desarrollado una musculatura envidiable a pesar de su ya avanzada edad y, de vez en cuando, sobre todo en las cenas y reuniones motivacionales que realiza periódicamente la Fundación para sus empleados, hace las delicias de los presentes con su hilarante monólogo *Seguro que le vendo un seguro*.

Que ustedes pueden adquirir... Es broma, jejeje.

SEGUNDA URNA

El Ego Enamorado 1

Paco Trizas Garante creyó durante toda su vida en la teoría, largamente sostenida por algunos estudiosos de la materia, de que en algún lugar del mundo se encontraba la mujer ideal, su media naranja, la mujer que lo complementaría y que le sostendría con maternal afecto, aquella gran mujer que necesitaba para ser él mismo un gran hombre, siguiendo aquella máxima de que "Detrás de un gran hombre suele haber una gran mujer", a la que Groucho Marx añadiría la brillante frase "Y detrás de ella, su esposa."

Todo comenzó en su más tierna infancia, cuando observó, por primera vez, que sus progenitores eran el único matrimonio que continuaba unido del pueblo de Separata, provincia de Salta, donde nació, la noche de Difuntos de 1963, en pleno duelo por la tía abuela Paca, muerta hacía apenas unos meses y la única soltera centenaria que se recordaba en la localidad. Sus padres eran un modelo de respeto y convivencia, siempre hablaban en voz baja, se preguntaban el uno a la otra *si les apetecía, que tal si, te parece bien, y si, no sé como lo ves*, etc. Sólo se peleaban una vez al año, el día de Nochebuena, después de la misa del Gallo, y jamás en público, así que iban acumulando ira y resabios hasta esa fecha y, al salir de la iglesia, se encerraban en casa y daban rienda suelta a sus instintos más bajos. Al día siguiente, cuando Diego volvía de la finca de sus abuelos maternos, donde pasaba la noche cantando villancicos y escuchando chusmerías de los vecinos, su madre frecuentemente presentaba signos de haber llorado y algún ojo amoratado y hubo un año en que su padre amaneció con un cuchillo de monte clavado en la espalda y una oreja de menos, eso sí, hablando con voz suave y amable para pedirle a su propia hermana, la tía Francisca, que llamara al doctor.

El día de Año Nuevo era el que escogían los dos cónyuges para no dirigirse la palabra. En la comida familiar que se celebraba ese día, año tras año, el tío Paquito, que hablaba idiomas, era el encargado de ejercer de intermediario entre ellos, con frases del tipo *que dice ella que te comas lo que te queda en el plato o va a cocinar la puta madre que te recontraparió, hijo de mil putas*, cosa que hacía que la comida de Año Nuevo en casa de los Trizas fuera todo un acontecimiento y los aledaños de la vivienda se llenaran de curiosos, hasta que el primo Paquirrín, que era contador, tuvo la gran idea de poner sillas y cobrar boletos a la gente, que traía su comida en carmañolas y el termo con el mate y aplaudían las intervenciones de uno y otro cónyuge, cada vez más agudas y teatrales.

Francisco Trizas y Paquita Garante siempre iban cogidos de la mano a todos lados, incluso durante la temporada en que él era guardia nocturno de un almacén o cuando ella sufrió un accidente doméstico que le obligó a permanecer en la cama durante más de seis meses. Asimismo acostumbraban a estar de acuerdo en todas las decisiones que tomaban, costumbre que les venía de antaño, de cuando se hicieron novios, se casaron, tomaron casa en Separata y tuvieron su primer vástago, Francisquito, un hermoso

mozuelo que llegaría a ser matador de toros y se casaría con una rica heredera de Plasencia, fea como ella sola pero irresistible en la oscuridad de su alcoba. Durante el parto de Francisquito, su padre estaba tan identificado con el dolor de la esposa que dio a luz a su vez a una niñita que fue entregada en adopción a las monjitas del Santo Himen de la Virgen, no fuera que las malas lenguas del pueblo dudaran de su hombría y tuviera que pelearse con algún listillo en la taberna, cosa muy dificultosa andando siempre de la mano de su esposa y teniendo que consensuar primero con ella cuántos golpes dar y dónde atizarlos, cosa verdaderamente difícil de realizar en medio de una trifulca.

Ante la rareza de sus padres y lo limitada que era en número su familia, pues adolecía de las ventajas e inconvenientes de la sucesión de padres y madres adoptivas y/o circunstanciales de la que gozaban sus compañeros y amigos, Paco creció en una burbuja protectora y apenas asistió a la escuela, siendo educado por un preceptor viudo de primeras nupcias, don Abundio, que hablaba latín, griego antiguo, sánscrito, arameo y que acostumbraba a vestirse de lagarterana los domingos y fiestas de guardar, el cual siempre, siempre, defendió fielmente las posturas y concepción de la vida matrimonial de sus empleadores, los padres de Paco.

A los veintiún años, Paco comenzó a buscar pareja. Su primera novia, una chica campesina vecina suya de toda la vida, tenía un ojo ciego y los pies planos, pero un gran corazón y una dote más que estimable, pero a los dos meses y medio de relación nuestro hombre se enfrió, ya que descubrió que no sabía cocinar y además le gustaban las películas de Gardel, cosa que él odiaba en una mujer. Inmediatamente conoció a la maestra del pueblo de al lado, Timorata (el pueblo, no ella), una emigrante vasca que cantaba Desde Santurce a Bilbao como nadie y que pesaba noventa kilos de puro músculo, pero le temblaban las manos cuando jugaba a las cartas y se equivocaba siempre en las cuentas. Tampoco pudo ser. Después llegó Blanquita, una exótica negraza con unos pechos turgentes y un gracejo impresionante en el habla, a quien no le gustaban los tocinillos de cielo ni hablar en voz baja mientras hacían el amor, circunstancia que les fue separando poco a poco hasta la ruptura final, que coincidió con la irrupción en su vida de una prima lejana de Paco, con la que hacía el amor por carta tres veces por semana, pero en una de aquellas epístolas ella cambió el tiempo verbal sin avisar de antemano, cosa que volvió imposible la relación. Lástima, porque ya habían conseguido llegar al orgasmo juntos en varias ocasiones.

Su primer gran amor llegó en la persona de Gumersinda Alada, a quien conoció en la universidad, y de quien llegó a decir: "Somos almas gemelas, casi siamesas, nuestro vínculo es tan profundo que no sería de extrañar que en otra vida hubiéramos sido hermanos", cosa realmente graciosa y contrapuesta, ya que en otra vida quizás, pero en ésta su hermano el torero y él se parecían en el blanco de los ojos y poco más. Pero Paco, alborozado con la que creía que iba a ser sostén de su vejez y madre de sus hijos, y no necesariamente en este orden, se casó con ella en una ceremonia privada (él, ella y un juez de paz medio borracho con el que coincidieran en una milonga de la capital) y volvió a Separata de luna de miel para presentar a Gumersinda a sus padres, en plena

comida de Año Nuevo, lo cual hizo que el número de asistentes se multiplicara por cien y hubo que pedir sillas prestadas al ayuntamiento. El importe de las entradas sirvió para pagar el posterior viaje de los recién casados a las cataratas del Niágara, con suite de lujo incluida. El nivel de sutilidad y agudez del diálogo entre los padres de Paco con la traducción simultánea del tío Paquito en dicho día es digna de ser recordada, por tanto nos permitimos la libertad de reproducir para todos ustedes el siguiente fragmento:

- Que dice Paquita, Francisco, que la moza que ha escogido tu hijo le parece inteligente y buena y que le hará feliz como tú le has hecho a ella durante todos los días de su vida, exceptuando algún día de Navidad, como tú bien sabes.
- Que dice Francisco, Paquita, que además de ser buena, eso salta a la vista, está un rato buena y que, aunque no lo haga feliz del todo de día, podrá consolarse de noche con esas curvas de vértigo que tiene, la jodida, dicho sea con todo el respeto del mundo.
- Que dice Paquita, Francisco, que aunque lo digas con todo el respeto del mundo, eso sigue siendo una grosería y una zafiedad, que se nota que procedes de baja extracción social y que seguro que, dentro de ti, aunque no lo digas, añoras tus correrías de antaño con los amigotes y las visitas a los travelos de la capital, que lo sabe todo (Paquita), pelotudo, más que pelotudo. (aquí un rugido de satisfacción anima a los presentes)
- Que dice Francisco, Paquita, que quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, y que tendría que ser ciego para no ver como don Desiderio, el boticario, te desnuda con los ojos y como te paseas descaradamente una y otra vez ante su tienda antes de entrar a comprar aspirinas, calentándole la portañuela al pobre hombre de mala manera. Además aprovecha para decirte que ya no sabe dónde poner las aspirinas, y que ha pensado en tirar las sábanas de la abuela del cajón superior de la cómoda y ponerlas allí, a ver qué te parece a ti el cambio. Y también que, si fuera veinte años más joven, se iba a enterar el tontorrón de tu hijo, que aún sueña con la mujer ideal y la media naranja, que sólo existen en su imaginación y en la estantería del frutero. (suenan los primeros aplausos y silbidos, Paco se levanta del asiento, a medio masticar una pechuga de pavo y sube los brazos, con expresión entre estúpida y triunfal)
- Que dice Paquita, Francisco, que te metas las aspirinas donde te quepan, y con las sábanas de la abuela te puedes hacer el sudario, que falta te va a hacer la próxima Navidad, puesto que te va a pegar tres tiros entre ceja y ceja, cabrón, cornudo, dicho sea esto con el mayor de mis respetos (del tío Paquito). Y que está de acuerdo en que sería una buena idea que te encamaras con tu nuera, así ella vería en qué se va a convertir tu hijo Paco con el paso de los años y podría tomar una buena decisión al respecto. En cuanto a tu hijo, nada de lo que digamos podrá hacerle ver la realidad de la vida, necesita darse de hostias contra la pared y quizá un buen tratamiento psicológico. (Ante estas palabras,

proféticas, quien se levanta a instancias de Paco es Gumersinda, que sonríe, azorada, y saluda al público, que la silba y abuchea con fuerza. Ella se sienta, confundida, pero Paco le da un largo beso en la boca, cosa que arranca grandes vítores y aplausos entre la multitud)

La cosa degeneró y el tío Paquito, gaucho y cantor desde su juventud, acabó entonando payadas en verso y rasgueando la guitarra, hasta que, después de un comentario especialmente procaz, Paquita le metió una hostia que dió con su cuerpo en el suelo. Cuando intentó levantarse, Francisco le rompió la guitarra en la cabeza, dando fin a la comida y al espectáculo hasta el año siguiente. Una estruendosa ovación acompañó a los comensales, que se levantaron, se tomaron de las manos y salieron a saludar siete veces seguidas. Como ya pasaban de las doce de la noche, los padres de Paco se saludaron efusivamente, felicitándose el uno a la otra por lo inspirados que habían estado aquel año. Paco y Gumersinda agarraron el bote recaudado y se marcharon de luna de miel a las cataratas, donde pasarían una de las mejores semanas de su vida en común, si no la mejor.

La vuelta a Buenos Aires, donde se habían establecido, fue prolija en despropósitos y en sorpresas que pusieron a prueba el amor que Paco sentía por su esposa una y otra vez. Si ir más lejos, cuando deshicieron las maletas, cayó de la valija de Gumersinda un libro de Mario Vargas Llosa, autor por el que Paco sentía una aversión indisimulable. Más tarde, descubrió que ella roncaba las noches de luna llena y cuarto creciente, y que el olor de queso pasiego que despedían sus pies cuando calzaba playeras durante varios días seguidos le producían una fuerte impotencia sexual, que hacía que su miembro viril, ya de por sí no especialmente prominente, se escondiera entre los pliegues de su pubis y se negara a salir, como no fuera a orinar, y eso siempre y cuando la vejiga estuviera a punto de reventar. También pudo observar, con sorpresa y dolor, que ella era una apasionada de la matemática moderna y la teoría de conjuntos, al revés que él, que era un solemne defensor de la geometría y el cálculo infinitesimal. La coincidencia de ambos en su admiración por la estadística hizo que su relación aguantara algunos meses, pero el día en que la Crítica de la razón pura, de Kant, sustituyó en la estantería a las Obras completas, de Kierkegaard, Paco hizo las maletas y regresó, derrotado y deprimido a Separata, donde estuvo seis meses durmiendo en la cama de sus padres, con ellos dentro, para más inri.

El cariño de su familia, los antidepresivos que don Desiderio suministraba al que secretamente sentía como su hijo bastardo y una dieta estricta a base de conejo de monte, escarola y sal de fruta fueron poniendo las cosas en su lugar y al cabo de poco tiempo (dos años) Paco aceptó un trabajo de pastor, que el médico de cabecera pensó que sería lo mejor para que el mozo, ya con treinta cinco años cumplidos, se encontrara a sí mismo y reflexionara sobre los valores que hasta entonces habían conformado su existencia. Pero fue peor el remedio que la enfermedad: Paco se enamoró de una oveja adulta que jamás le llevaba la contraria, por más que la pusiera a prueba una y otra vez. Llegó hasta el extremo de insultarla, agredirla con el zurrón de pastor, lleno de chorizos y pan duro, e incluso le leyó de corrido la Montaña Mágica, de Thomas Mann. La oveja

seguía balando, contenta, ante la llegada de su señor y amante, que la poseía cada noche ante el fuego de la hoguera, le cantaba baladas campesinas y, en días señalados, incluso alguna canción de taberna subida de tono. Le puso de nombre Paquirrina.

Cuando acudió, gozoso, con la llegada del invierno y la vuelta del rebaño transhumante a los corrales de Separata, a contarle la buena nueva a sus padres, éstos, ante su asombrado asombro, le compraron una camisa nueva provista de largas cuerdas, se la hicieron poner, anudaron las cuerdas y le enviaron al sanatorio de Matamala, donde permaneció tres años y dos meses, hasta que comenzó a entender que los seres humanos y las ovejas se relacionan de maneras diferentes de como él lo había hecho con su animal favorito. También se dio cuenta de que el oficio de pastor no le gustaba y de que Paquirrina, la muy ladina, era macho y jamás se lo había dicho, quizá para no lastimarle, pensó. Cuando salió del sanatorio y fue a despedirse de la oveja, ya que había decidido no volver a poner jamás los pies en Separata, se encontró con que se la habían comido el día de Año Nuevo, en un festín durante el cual se realizó una especie de psicodrama en directo donde cada miembro de la familia pudo lavar su conciencia y liberar los demonios provocados por el suceso. Esta vez, la recaudación se destinó a pagar la estancia y el tratamiento del infeliz Paco en el frenopático.

De vuelta a Buenos Aires, Paco Trizas entró a trabajar en una notaría y mantenía contactos sexuales por Internet una o dos veces por semana, pero jamás repetía. Le era igual cómo fuera la persona que tenía enfrente, o debajo, o encima, o detrás, inclusive. No la iba a ver más. Por su cama pasaron cientos de mujeres de la vida, almas solitarias como él, incluso un señor de Murcia, viajante de comercio, que le llamó Ninette durante toda la noche, en clara referencia a la inmortal obra de Miguel Mihura, pero eso no le importunó en lo más mínimo. Ni siquiera cuando el visitante se llevó el pisapapeles del abuelo y defecó en la alfombra del baño se inmutó Paco. Era totalmente insensible, su corazón se había tornado tan duro como se volvió el excremento en el baño al cabo de unos meses, ya que no se molestó en quitarlo, simplemente saltaba por encima cuando tenía que entrar en la ducha, y eso era muy de vez en cuando. Hasta que una de sus esporádicas parejas se llevó alfombra y excremento a su casa, pensando que se trataba de una escultura o instalación de corte costumbrista.

A los cuarenta años, y esperando la depresión que ya hacía tiempo que padecía, Paco vio un documental por la televisión que hablaba del profesor Mortimer Domenico Castrati y sus avances en la investigación del tratamiento de adelgazamiento del ego. Llamó por teléfono y concertó visita, encontrándose casualmente en la sala de espera con el señor de Murcia, mira lo que son las cosas, que estaba allí para tratarse una fobia a las obras de Arthur Miller, sobrevenida de golpe durante una representación de *Muerte de un viajante* en la escuela de su hija, y que estaba a punto de volverle loco.

Paco Trizas Garante se halla en tratamiento desde hace ocho meses. Su ego, conservado en esta urna que se comunica con otra del mismo tamaño y color, está empezando a reconocer conceptos básicos como por ejemplo que su verdadera media naranja es él mismo, que no existe ninguna persona que te haga feliz por el mero hecho de ser de una

manera o de otra y que - esto todavía se encuentra en una fase incipiente de aceptación - la supeditación de la felicidad a la aparición de otro ser en tu vida es un pasaporte asegurado al descontento existencial. En el tratamiento nos ayudó mucho el convencimiento previo por parte del paciente de que no existe la mujer perfecta, eso es algo que ya teníamos ganado de antemano.

De vez en cuando, normalmente los fines de semana, abrimos la compuerta que separa las dos urnas y dejamos que el ego de Paco se relacione con el ego de una mujer afectada por un síndrome si no igual, por lo menos complementario, una mujer cuyo caso pasaremos seguidamente a describir con detalle. La verdad es que esta relación está dando muy buenos frutos y está beneficiando enormemente a los dos pacientes.

TERCERA URNA

El ego enamorado 2

Betty Crisis Espuma siempre creyó que existía el príncipe azul y se dedicó a esperarlo con todas sus fuerzas. Durante la primera etapa de su vida, construyó en su imaginación aquello que vendría más tarde, a base de novelas rosa, cuentos de príncipes y princesas, películas de Walt Disney e inocentes juegos infantiles donde ella interpretaba siempre a la princesa durmiente que era despertada por el joven heredero de un trono lejano, un hombre fuerte, alto, guapo, amable y con la suficiente buena posición como para poder permanecer a su lado sin tener que preocuparse de nada material, simplemente disfrutando de ese amor imperecedero, dejándose llevar por esa embriaguez, esa felicidad que sin duda produce tener a tu lado a un hombre en los brazos del cual te puedes refugiar y aislarte de todo lo demás. Eso sí, a cambio estaba dispuesta a cocinar para él, cuidar la casa e incluso de vez en cuando hacer la compra sola, pero sólo de vez en cuando, puesto que la imagen de la parejita feliz tirando juntos del carrito en el hipermercado y soñando las comiditas que se harían el uno al otro con los productos que iban metiendo en la cesta, era demasiado bonita como para pensar en asuntos tan prosaicos como el compartir quehaceres en el hogar o, Dios nos libre, en el concepto de la especialización y el reparto de las tareas domésticas según las aptitudes de cada uno.

Su papá que estaba en el cielo, ya que murió en el parto, en pleno hospital, víctima de una indigestión de chucherías provenientes de la máquina expendedora ubicada en la sala de espera, había sido un hombre encantador, según contaba siempre su mamá, la cual había borrado casi completamente los recuerdos reales que tenía sobre los defectos de su marido, que era un buen hombre, pero totalmente alejado de la perfección con que su viuda hablaba siempre de él. Sin ir más lejos, su afición por las faldas y por los uniformes venía de antiguo, y había tenido aventuras con enfermeras, cajeras y reponedoras de supermercado, azafatas de vuelo en tierra (ya que no soportaba las alturas), monjas de clausura, bomberos e incluso con un oficial de la policía montada del Canadá que estudiaba un postgrado sobre el comportamiento de los caballos de la Pampa ante un prado de hierba recién cortada. Este último affaire ocurrió un poco antes de nacer Betty y, por tanto, de su propio óbito, del del papá. También era adicto al azúcar, cosa que le llevó a la tumba, como ya hemos visto, a las milanesas (en cierta ocasión se comió treinta de una sentada), y a hacer bromas por teléfono haciéndose pasar por el presidente de la nación y/o por un conocido locutor de radio que llamaba a las gentes humildes para darles, por sorpresa y sorteo, una gran cantidad de dinero a cambio de responder a una pregunta cuya respuesta era ridículamente fácil.

Pero nada de esto trascendió jamás de los labios de su madre para afuera, al contrario, su versión de los infaustos hechos era que su marido había muerto porque era diabético y nadie lo sabía, menos él, claro está, que lo había mantenido en secreto para no preocuparla a ella, su abnegada esposa, y a sus padres, ya muy ancianos. Esa era la versión que contábale siempre a su hija y que ella misma, de tanto relatarla, acabó

creyendo a pies juntillas. Así el padre fue creciendo en la imaginación de la niña y se transformó en un hombre alto, guapo, montado a caballo, serio, majestuoso, igualito que aquel desconocido que salía en todas las fotos del entierro de su progenitor, con casaca roja, soberbio caballo alazán y una furtiva lágrima en la mejilla. Ese era su padre y no el que estaba enterrado. Por si acaso jamás preguntó a su mamá quién era aquel hombre, un sexto sentido le decía que más valía dejar las cosas así en el recuerdo, cada personaje estaba bien donde estaba. Y Dios en la de todos, como diría la abuela, que jamás hablaba de su hijo fallecido, por más que la niña le preguntara una y mil veces. Hasta que dejó de hacerlo, cuando las historias de su mamá, sumadas a lo que Betty añadía de cosecha propia, ocupaban tanto espacio en su mente que no dejaban lugar a nada que la abuela hubiese podido contarle. Sólo una vez tuvo la buena señora una reacción sospechosa, un día que la niña, ya crecida y prometida en matrimonio, la visitó y le contó lo mucho que aquel hombre fascinante que la tomaría por esposa dentro de muy poco se parecía al recuerdo que ella tenía de su padre. La pobre anciana estuvo llorando durante tres días seguidos y después se negó a asistir a la boda, pretextando que tenía que estudiar para el examen de corte y confección de rebecas de punto y además limpiar la casa, ya que venían invitados dentro de muy poco y estaba hecha un desastre.

La verdad es que la nieta no la hechó en falta, ni su nuera tampoco, en el fondo detestaba a aquella vieja silenciosa, que con su mirada inquisidora parecía adivinar todos sus secretos e interioridades, como la relación más que íntima que mantenía con su jefe, el encargado de uno de los primeros cines multisalas de Buenos Aires, donde trabajaba de taquillera durante todas las tardes y fines de semana, con un día de descanso, el lunes, durante el cual siempre andaba desasosegada pensando que su amante estaría con su mujer y con sus hijos, traicionándole a ella, que compartía tantas horas de películas, taquilla y linterna con Modesto, así se llamaba su jefe y acomodador de la sala principal del cine Cobalto. Cuando todos los espectadores estaban sentados en sus butacas y comenzaba la sesión, a menudo le pedía a Rosita, la palomitera, que le echara un vistazo a la taquilla, y ellos dos se encerraban en el trastero, donde, apoyados en un antiguo proyector de cuando el cine se llamaba Rialto y las personas se arreglaban y todo para asisitir a las concurridas sesiones del domingo, hacían el amor incansablemente hasta que se cansaban, mientras oían de fondo los diálogos de películas como *Stars War, Rocky* o *The Godfather*, en cualquiera de sus tres partes.

Cuando pasaron *Oficial y caballero* y, sobre todo, *Pretty Woman*, Betty prácticamente vivía en el cine, asistía a cuantas sesiones le era posible y su mamá, a la vez que gozaba, también sufría, encerrada en el trastero con su amante, no fuera a presentársele la niña y la encontrara sufriendo los embates de aquel hombrón que manejaba la herramienta con la misma destreza que la linterna, o quizá más, y que arrancaba de ella unos gemidos de placer que iban aumentando de volumen según la propia intensidad de la película que pasaban en la sala de proyecciones. Pero no había cuidado: Jamás la niña se hubiera perdido una sola escena, y menos de una película así. Una vez, recordaba la mamá en cierta ocasión, a punto ya de tener otro orgasmo, la niña incluso se orinó encima por no salir de la sala. Estaba viendo *Mujercitas*, creía... Aaaaayyy...Esto era un pedazo de

animal, y no su marido, que en gloria esté... Aaaaahhh... Modesto... Te quiero... Me querés vos?

Y así, entre algodones y cuentos de hadas, la niña entró en la preadolescencia y comenzó a tener sus primeras citas con los muchachos del barrio, citas que no duraban mucho, ya que, de buenas a primeras, aquella preciosidad de muchachita ponía los ojos en blanco y, mientras se le derretía el helado, manchándole la almidonada faldita, comenzaba a describir con sumo detalle a su acompañante cómo sería el hombre de sus sueños, la casa por la que suspiraba, la relación idílica que tendría con él, hasta que, mayormente, se quedaba hablando sola con el cucurucho derretido en la mano, sentada en el banco hasta que despertaba de su ensoñación debido al frío del atardecer o bien porque el vigilante la avisaba de que era la hora de cerrar el parque. El muchacho en cuestión no volvía a aparecer por su vida, pero eso no le importaba, ya quedaba una cita menos para encontrar aquello que andaba buscando.

Cuando sus curvas comenzaron a pronunciarse y a hacerse visibles independientemente de cómo se vistiera, alguien, en el instituto, probablemente algún chico resabiado, deslizó en su cartera una novela pornográfica barata que ella leyó primero con curiosidad y después con fruición, memorizando los pasajes que le parecieron más adecuados para incorporar a su discurso en las primeras citas, y eso, además de sus nuevas y redondeadas formas, hizo que los aspirantes insistieran una y otra vez en invitarla a salir a tomar algo, al cine, o a dar una vuelta en auto, y que intentaran, sin éxito, besarla con lengua y meterle la mano por debajo de la falda. Hasta que un día, sentada en un apartado bosquecillo adonde la había llevado un simpático y paciente muchacho que se sentaba con ella en clase de inglés, se quedó traspuesta mientras recitaba de memoria un fragmento de la novela que describía un encuentro sexual entre un piloto y su azafata en el lavabo del avión, todo un clásico, por otra parte. El chico, ni corto ni perezoso, la fue tocando dulcemente hasta que sus expertos dedos acariciaron el fruto prohibido y la hasta ahora remilgada Betty tuvo su primer orgasmo, vestida de azafata y sentada a horcajadas en el lavamanos de un Boeing 747. Y eso, sin moverse de tierra. Cuando despertó, debido a el chorro de semen caliente que el muchacho soltó encima de su falda, donde tantos helados habíanse derretido en el pasado, salpicándole la mano que tenía agarrando su miembro y moviendo arriba y abajo, como una autómata, se dejó caer hacia atrás y permitió que el chico la besara. Si esa sensación tan placentera ocurría con alguien por el que apenas sentía nada, lo que vendría cuando encontrara al policía montado del Canadá sería indescriptible, pensó, ilusionada y satisfecha por el nuevo paso que acababa de dar. Un paso que, estaba segura de ello, podría repetir cuantas veces quisiera, guardando aquello más preciado para cuando, por fin, apareciera el hombre con mayúsculas.

Y así fue; la noticia de que Betty, la hija de la taquillera, te hacía una paja mientras te contaba historias pornográficas corrió como la pólvora entre la pandilla de adolecentes del instituto y del barrio. A cambio tenían que soportar toda la primera parte, la ridícula y pueril descripción del hombre ideal que jamás ninguno de ellos sería, pero eso aún los calentaba más: cuando el piloto y la azafata cerraban la puerta del baño y comenzaban a

acariciarse, el miembro del chico de turno estaba duro como la piedra y una inmensa mayoría no llegaban a la parte del relato en que ambos, saciados, se abrazaban y comentaban, riendo entre dientes, que deberían ir a echarle un vistazo al piloto automático, ya que se aproximaban al aeropuerto de Ezeiza y no había tiempo para repeticiones.

Y la niña se fue haciendo mayor, hasta que un buen día apareció Horacio Tangana, un apuesto hombre de treinta y dos años, al volante de su deportivo, con su sonrisa de dentrífico, su don de gentes, su encanto diabólico, su piso de propiedad en Palermo y su facilidad de escucha y aparente empatía, combinado con unas suaves maneras y una voz aterciopelada que lo hacían irresistible a las mujeres. Y allí cayó de cuatro patas Betty Crisis, la hija de la taquillera y el príncipe azul montado a caballo, la de los cuentos de hadas, la bella virgen durmiente reservada para el caballero que viniera a despertarla con un beso, y vaya si la despertó. A la cuarta cita hicieron el amor en el piso de él, y al día siguiente se fue para casa de su mamá, le anunció que había conocido al hombre de sus sueños y que tal día como hoy dentro de tres meses iba a casarse con él. Mientras, se trasladaba a su piso para iniciar una convivencia en pecado, ya que no podía esperar ni un minuto más para sumergirse en la felicidad más absoluta, en la embriaguez que le provocaba su cuerpo atlético y su mirada insinuante.

La mamá de ella se quedó boquiabierta, no acertó a reaccionar, a darle ningún consejo, se limitó tan sólo a ayudar maquinalmente a su hijita, que había crecido de golpe, a empaquetar sus cosas y, cuando la chica metió el retrato del entierro de su padre y le comentó a su mamá pero qué guapo y apuesto estaba su papá en esta foto, refiriéndose al policía montado, la mamá de Betty comenzó a llorar en silencio, prolongándose el llanto mientras ella bajaba las escaleras y más allá del rugido que hizo el deportivo de Horacio Tangana cuando arrancó, rumbo al hogar preconyugal, antes piso de soltero y trampa mortal para cuanta mujer traspasara sus puertas. Después, se sentó en el sofá y se bebió una botella entera de Johnnie Walker etiqueta negra. Por primera vez en su vida, llegó tarde al trabajo y borracha perdida, teniendo que ser sustituida por Rosita en la taquilla. Modesto le echó una bronca de muy padre y señor mío, sólo interrumpida cuando ella le vomitó encima de los zapatos. Se dió una ducha, durmió un par de horas en esterilla que usaban para sus encuentros, al lado del viejo proyector, hasta que la despertó Modesto, que venía a buscar su ración de sexo diaria, olvidado ya todo el asunto de la borrachera. Abajo pasaban ET, el extraterrestre. Mientras hacían el amor y el pobrecito habitante de otro planeta pugnaba por irse a su casa y abandonar a la familia que con tanto amor le había acogido, tuvo otro acceso de llanto que se confundió con el orgasmo compartido que ambos tuvieron, abrazados contra el suelo. En ese momento entró Rosita, y comenzó a llorar también, comunicándoles que la máquina de las palomitas no andaba bien. No era para tanto, pero lo que no sabían es que Modesto era el príncipe azul en la imaginación de la pobre palomitera, solterona de mediana edad y aferrada hasta entonces a la idea de que algún día el acomodador la descubriera y la sacara de la inanición sentimental en la que se encontraba. Y de la máquina de palomitas.

La boda se celebró en la fecha señalada y los novios, ya marido y mujer, se fueron de vacaciones a Europa, aprovechando que Horacio Tangana había concluido un negocio con éxito y tenía fondos para sufragar el dispendio. Estuvieron en París, Milán, Venecia, Madrid, Barcelona, Menorca y Tafetán de la Carga, provincia de Pontevedra, de dónde eran los abuelos de Horacio Tangana, que en realidad se llamaba Tangueiro, pero que se hacía llamar Tangana por parecerle un nombre más macho y con ribetes orientales, como medio japonés. Y en el vuelo de vuelta se encerraron en el baño e hicieron el amor, siendo ésta la última vez que Betty recitara en voz alta el episodio del piloto y la azafata, cerrando así un círculo ya de por sí obsoleto y redundante, en vista de que ya había conseguido lo que tan ardientemente deseaba. O eso pensaba.

La vida en común, que a Betty se le antojaba apasionante en su imaginación, poco a poco comenzó a entrar en una rutina mucho más cercana a la realidad cotidiana, de la cual Betty no tenía ni idea, como se pueden imaginar. Horacio Tangana era como una especie de intermediario, que trapicheaba con todo lo que caía en sus manos, por tanto necesitaba estar fuera de casa el máximo tiempo posible para tener los ojos y oídos bien abiertos y así encontrarse siempre en el momento justo y en el lugar indicado para efectuar las rápidas y efectivas transacciones de las que vivían. Dinero no faltaba, pero tampoco podía decirse que nadaran en la abundancia. Betty, en vista del tiempo libre del que disponía y siguiendo el guión de vida prefabricado que se había autoimpuesto, creyó que había llegado el momento de tener hijos, pero cual no sería su sorpresa cuando su marido le confesó que no podía ser padre, ya que, cinco años antes de conocerla, se había tenido que vasectomizar al perder una apuesta con unos amigotes de la noche bonaerense. Y se quedó tan ancho. Betty, en cambio, se quedó muda, tiesa, y por primera vez esa noche lo rechazó cuando él intentó hacerle el amor.

Uno de los pilares de su proyección futura acababa de caer, con ruido ensordecedor, un ruido que no amortiguaría la caída de los otros pilares que seguirían derrumbándose en los siguientes meses, debido a las ausencias de él, la desorientación de ella y, para rematar, un buen día en que le anularon la cita en la peluquería, lo encontró con un travestido en la cama. En su cama. En su casa. Sin decir nada, sin encontrar apenas oposición por parte del señor Tangana, sólo unos balbuceos a modo de excusa y un mal disimulado trasfondo de alivio, Betty hizo las maletas y se marchó para siempre del piso de Palermo. En el ascensor coincidió con el travestido, que le contó que se llamaba Manuel y era heterosexual, hacía esto sólo por dinero. También la felicitó por abandonarle, aquel frescales no merecía una mujer como ella, le dejaba su número de celular por si algún día quería salir a tomar algo y hablar del tema, él había estudiado psicología, aunque no terminó la carrera, le faltaban dos asignaturas. Que si quería venía vestido de mujer y hablaban como dos amigas, o de hombre y así podían ir juntos al cine, echaban en el antiguo Rialto, ahora Cobalto, La boda de mi mejor amigo, donde salía un personaje gay que hacía las delicias del público... No, por Dios, él pagaba el taxi... ¿Adónde iba?

Betty Crisis se dirigió a casa de su madre y, sin mediar palabra y ante los aterrorizados ojos de ésta, sacó todas las novelas rosas que guardaba aún de su feliz e inconsciente

adolescencia, las llevó al patio y les prendió fuego. Después se desnudó completamente y bailó una danza frenética improvisada alrededor de la hoguera, cantando una canción en una lengua extraña y gutural que arrancó encendidos aplausos de los vecinos, asomados todos a los balcones de sus apartamentos respectivos. Seguidamente volvió a subir a su habitación y, armada de un martillo, fué rompiendo a pedacitos las películas *Oficial y Caballero y Pretty Woman*, en formato VHS, que tantas veces visionara en los buenos tiempos. Más tarde empuñó las tijeras y fue recortando a pedacitos, lenta, ceremoniosamente, las dos cintas de video mientras seguía canturreando en esa especie de dialecto cavernícola que le brotaba de las entrañas. Por fin le tocó el turno al portarretratos donde lucía, ufano, el susodicho policía montado del Canadá asistiendo al entierro de su papá: Betty lo estrelló contra el suelo, agarró la fotografía y, parsimoniosamente, se la fue comiendo de a poquito, masticando cada bocado durante más de cuarenta veces hasta que terminó con el último, soltando un discreto eructo y bebiéndose el agua del jarrón de las flores que Modesto enviábale a su madre cada dos semanas, invariablemente.

Después, cayó en una profunda depresión. Se afeitó la cabeza, echó todas sus pinturas y maquillajes varios por el inodoro y se fue a vagabundear por las calles, vestida con una túnica de tela de saco y unas chanclas de ducha. Comía desperdicios, no se lavaba jamás y no hablaba apenas con nadie. En seis meses adelgazó quince kilos y, cuando comenzaron a llegar los rigores del invierno, una tarde de finales del mes de junio, se encontró de boca con Horacio Tangana, el cual, sin reconocerla, le dio unas monedas. Se quedó sentada en el suelo de la acera, mirando el dinero con los ojos abiertos, como preguntándose a sí misma qué era aquello. Lentamente, cerró el puño, atrapando fuertemente las monedas, se incorporó como pudo y se acercó al quiosco de la esquina, donde pidió un pebete de jamón york y una cerveza. Después, se dirigió a casa de su madre, donde, en su ausencia, habían cambiado ligeramente las cosas. Ahora Modesto, después de haber dejado a su familia, vivía amancebado con su mamá y habían montado un videoclub, abandonando ambos el cine. Se habían convertido en *amantes emprendedores*, por así decirlo.

La casa estaba vacía, pero la portera le puso al corriente de la situación. Betty se duchó, se cambió de ropa, tomó su bolso, que estaba en el mismo lugar donde lo dejara meses atrás y salió a la calle. Se metió en la primera peluquería que encontró, donde volvieron a lavarle el pelo y se lo adecentaron y cortaron a la última moda. Entonces fue al banco. Sacó hasta el último peso de la cuenta común que tenía con su ex marido y también dejó secas las libretas de ahorro, abriendo una nueva cuenta corriente a su nombre y depositando todo el dinero allá. Era una buena cantidad, por lo visto al señor Tangana parecían irle muy bien las cosas hasta que su ex mujer volvió a la vida. A partir de ahí, pinchaste, Horacio, pensó Betty, que también sabía que a su esposo no le iba a importar demasiado perder unos miles de pesos. Conociéndole, tardaría bien poco en encontrar una buena fuente de ingresos, si no la tenía ya. Este pensamiento le impulsó a dirigirse al centro, donde entró en un bufete de abogados, el que le pareció más ostentoso y, por tanto, más caro. Pidió cita y, cuando la atendió un joven leguleyo más que dispuesto a

servirla, adoptó una actitud llorosa y le contó todo lo que el malandrín de su ex le había hecho, cargando las tintas en lo posible y advirtiendo convenientemente a su interlocutor sobre el tipo de negocios que desempeñaba el señor Horacio Tangana, playboy de mirada insinuante, cuerpo atlético y descapotable en la puerta, los cuales estaban siempre en la raya de la legalidad, cuando no la traspasaban, y por supuesto sin pagar jamás los impuestos pertinentes al fisco. En un mes, el asunto quedó zanjado. Durante el acto de conciliación, los antiguos esposos apenas se miraron y, por supuesto, no se dirigieron la palabra e ningún momento. El estaba como triste y resignado y ella mostraba una actitud entre digna y ofendida, aparte de vestir con ropa cara e ir maquillada y arreglada como una mujer moderna, sola, pero segura de sí misma. Firmaron los papeles de divorcio, recibió una buena indemnización en metálico y libre de impuestos y el deportivo pasó a ser de su propiedad. Se despidieron con un ademán de cabeza, con la tristeza del que despide a un enemigo que le ha dado menos trabajo del que pensaba y con el vacío que deja el odio cuando se evapora junto con el sujeto que lo provoca.

Era libre, tenía dinero y un flamante descapotable con el que pasearse sintiendo el viento en la cara. Pero no era feliz. No todavía. Se había deconstruido del todo y la verdad es que ignoraba como construirse de nuevo, ni por dónde empezar. Se fue a un hotel balneario en las afueras y se instaló en una lujosa suite. Se desnudó, tomó un relajante baño de espuma y pidió por teléfono al conserje, sin cortarse ni un pelo, si podían enviarle a un gigoló a su habitación. Tardaría aproximadamente una hora, le informó amablemente el empleado. Se miró al espejo, desnuda, y le gustó lo que vio. Había recuperado completamente su belleza, al menos la exterior. Se puso la bata sobre una ropa interior de marca de indudable buen gusto y se maquilló convenientemente. Sacó un libro, viejo y manoseado como pocos, y lo depositó en la mesilla de noche. Se sirvió un whisky con mucho hielo y agua con gas, echó un buen trago y se tumbó a esperar, encendiendo un cigarrillo de marihuana que había comprado a un vendedor que conociera en su etapa de vagabunda en los parques. Al cabo de media hora, cuando una dulce modorra comenzaba a invadirla, tocaron discretamente en la puerta y entró un apuesto joven, que no era otro que Manuel, el amigo ocasional de su ex marido. Ella hizo como que no lo conocía y, cuando el otro, con mucha profesionalidad y respeto y con un brillo de deseo en los ojos, le preguntó qué clase de servicio quería, ella le mostró el viejo libro y le pidió que leyera en voz alta por donde estaba la marca, la página doblada sobre sí misma en el ángulo superior. Manuel, con muy buena voz y entonación (después le confesaría que estudió varios cursos de arte dramático con un viejo actor de la capital, en el barrio de San Telmo) comenzó a describir el archiconocido episodio del piloto y la azafata en el baño del avión. Ella, conocedora al dedillo de la duración del relato, comenzó a acariciarse por todo el cuerpo, con los ojos semicerrados, hasta concentrar todo el manoseo entre sus piernas, donde la excitación fue subiendo de tono hasta estallar en un brutal orgasmo, coincidente con el que tenían los protagonistas del relato, que la hizo gritar y retorcerse encima de la cama hasta casi el paroxismo. Cuando recuperó el aliento, abrió los ojos y vio como el joven, que tenía una erección de caballo, se inclinaba cortésmente hacia ella y le preguntaba, con voz

suave y baja, si deseaba alguna cosa más,. Betty le indicó su bolso, él se lo entregó y ella le pagó sus honorarios, dándole una generosa propina. Después le rogó que se llevara el libro y lo depositara en la primera papelera que encontrara, despidiéndole fríamente. Cuando él cerró la puerta de la habitación, Betty comenzó a sollozar, y estuvo llorando dos días seguidos con sus correspondientes noches, casi sin dormir y sin probar bocado.

El lunes por la mañana, hizo el equipaje y abandonó el hotel. No tenía ni idea de adónde ir. En el momento de entregar la llave y pagar la cuenta, el conserje le entregó un folleto que Manuel había dejado en el casillero para ella. Era un panfleto explicativo de los servicios de la Fundación. Quizá era una señal, o quizá no. Pero, afortunadamente para ella, decidió seguirla. Tampoco tenía nada mejor que hacer. Además, casualmente, o causalmente, la Residencia estaba apenas a cinco minutos del hotel, así que se personó aquí y pidió una consulta. La atendió la misma doctora Porteño, fue una de la últimas pacientes cuyo caso llevó personalmente, aunque terminaría por derivarla justo antes de su propia bipartición.

Betty Crisis dirige actualmente un centro para adolescentes maltratadas y abusadas sexualmente en Moreno, provincia de Buenos Aires, mientras su ego sigue estando en tratamiento en la Residencia. Ha sido muy beneficioso para ella, como ya anticipamos, el hecho de relacionarlo con el ego de su vecino de urna, Paco Trizas. Ya van tres veces que, durante un permiso de fin de semana, han salido juntos los cuatro a tomar unas copas y a bailar a la discoteca. Por lo visto, en la última cita hubieron incluso toqueteos y algún beso con lengua. Según la doctora Duo, especialista en terapia de pareja, Betty Crisis comienza a reconocerse como una mujer que no necesita estar detrás de ningún hombre, ni delante, sino simplemente al lado, en igualdad de condiciones. Y está en el camino de enamorarse, si todo sale bien, de la persona real que tiene enfrente, y no del personaje que le gustaría que éste fuera.

CUARTA URNA

El ego político

Margarita Ponencia perdió a su mamá de muy pequeña, casi con tres años, de manera que los recuerdos que guardaba de ella eran apenas sombras de una figura que se movía en la cocina entre platos y cacharros, combinadas con débiles rastros de voces lejanas que entonaban antiguas canciones infantiles de cuna. Era la menor de tres hermanas y ya desde muy chiquita desarrolló una extraña habilidad para la negociación y la consecución de aquello que se le metía entre ceja y ceja. Vivían en las afueras de un pueblecito llamado Ganiza, de apenas mil habitantes, y su papá, del qual ella era con diferencia la hijita preferida, trabajaba en la estafeta de correos ordenando las cartas, que después repartía con su bicicleta. Era funcionario, o mejor dicho, medio funcionario, ya que antes del mediodía había acabado su jornada y se encontraba en el porchecito de su casa, entregado a su deporte favorito, la siesta, de la que sólo tenía permiso para despertarle su hija favorita, Margarita, a quien todos llamaban Arita. Ella se sentaba encima de su papá, le tocaba la oreja y le pedía aquello que deseaba, a sabiendas de que lo conseguiría. Esta costumbre duró hasta que Arita se fue a la universidad, por lo que en repetidas ocasiones hubo que comprar nuevos y más resistentes sillones de descanso, ya que de vez en cuando éstos se desfondaban por el sobrepeso añadido, dando padre e hija con los huesos en el suelo, la cual cosa hacía que ambos se desternillaran de risa.

Arita era la encargada de bajar al pueblo a comprar, ya que tenía la particularidad de que la relación entre el dinero que llevaba consigo y lo que adquiría en las tiendas siempre era desfavorable a los pobres comerciantes que intentaban ganarse la vida aun a costa de las temidas visitas de la niña. Regateaba con una facilidad y una gracia imposibles de ignorar, sus grandes e inocentes ojos verdes miraban al tendero de turno, traspasándole el alma, mientras hacía su última oferta por el pan que ya llevaba bajo el brazo. Solía aceptar descuentos en género, así adquiría mercancía de sobras, que luego cambiaba y/o revendía en otros establecimientos que muy a menudo estaban puerta por puerta, así que aquello no representaba ningún esfuerzo para ella, al contrario, era como un juego, el juego de la compra, como lo denominaba ella. Con el tiempo ese juego representó una nada desdeñable fuente de ahorro para su familia, hasta el momento en que, justo el día en que cumplió ocho años, volvió con más dinero del que llevaba cuando salió de casa, además de una carretilla, regalo del almacén de harinas, donde cargaba una abundante pila de género que luego revendería a los penitentes y excursionistas que los domingos pasaban por delante de su casa rumbo a la ermita del santo Niño del Madroño Verde, un eremita del siglo dieciocho famoso por convertir los madroños en reliquias de madera que decía ser astillas de la cruz de Cristo y/o, en su defecto, de la de San Pedro, que, como todo el mundo sabe, se distinguían de las otras por sustentarse cabeza abajo.

Por aquel tiempo llegó al pueblo una viuda que rayaba la treintena, de nombre Maritornes, la cual se estableció en una casa que heredó de su bisabuela, una solterona

centenaria que por lo visto tuvo un ignorado desliz de joven que dio origen a la saga que acabaría en la joven viuda. Maritornes era modista y, el día en que limpió la casa, subió las persianas, corrió las cortinas, barrió el porche y se sentó a coser en la mecedora, apareció Arita con unos pantalones de su papá tan agujereados por todos lados, que parecía que se hubieran peleado con un puma. La niña se sentó a su lado y comenzó a cantar las excelencias de su papá, un honrado y guapo cartero viudo, con tres hijas a las que mantener, y al cual el dolor de la pérdida de su esposa hacía estar cada día sentado toda la tarde en el porche de su casa, con los ojos semicerrados, pensando en su desgracia, incapaz de hacer nada más que entregarse a su dolor y a su desesperación. El relato de la niña fue tan vívido, que Maritornes estuvo llorando durante toda la explicación, enjugándose los ojos con los pantalones de Mateo Ponencia, cosa que no sirvió de mucho, pues las lágrimas se colaban por los agujeros y la iban empapando toda, hasta llegar a la vieja y podrida madera de la mecedora, que se quebró de golpe, esta vez sin necesidad de que Arita, que aún no había entrado en confianza, estuviera sentada encima de la que iba a ser, en breve, su madrastra. Después de ayudarla a levantarse del suelo y recoger unas cuantas astillas que más tarde vendería como reliquias a los bobalicones peregrinos que frecuentaban su casa, pidió a Maritornes que la acompañara, pues ya estaba anocheciendo, no fuera que ella, una frágil niña, huérfana de madre y con suma facilidad para desorientarse en la oscuridad, se perdiera para siempre, dándole otro disgusto a su papá que su pobre corazón no podría soportar.

Cuando llegaron a la casita de las afueras y Maritornes divisó a aquel pobre hombre roncando en el sillón, miró interrogativamente a la niña, quien le aclaró que ese curioso quejido que soltaba su papá a cada respiración comenzó justo después de fallecer su mamá, y que no había médico en el mundo capaz de volverlo a la normalidad, como no fuera la aparición de una buena mujer que lo quisiera y cuidara como es debido, tal como había prescrito un conocido médico del espíritu de la capital, milagro que ella pedía una y otra vez en sus oraciones. Pero como por allí jamás pasaba nadie, como no fuera gente mayor en camino a la ermita... En aquel momento, la hermana mayor de Arita, Guacha, salió de la cocina, arengando a los gritos a la niña por llegar tan tarde, que ya la tenía preocupada, que era una irresponsable, estaban a punto de cenar, que entrara de una vez a lavarse las manos, etc. La niña dirigió una muda y profunda mirada a Maritornes, donde se podían leer todas las injusticias y abusos que sufría a manos de sus hermanas mayores, que se aprovechaban del estado del padre para zaherirla y maltratarla cuanto podían.

Al cabo de tres meses, Maritornes y Mateo Ponencia se casaban en segundas nupcias, trasladándose todos a la casa de ella, mucho más amplia y confortable. La casita de las afueras quedó como posada, ofrecían comida casera y la posibilidad de comprar souvenirs folclóricos y religiosos los fines de semana, y era atendida por las dos hermanas de Arita, Guacha y Florinda, que añadían este tarea a sus labores del hogar, ya de por sí pesadas, puesto que Maritornes se consagró en cuerpo y alma a hacer feliz a su flamante maridito y a su encantadora hijita postiza, Arita. Y eso incluía compartir las largas siestas con su Mateo que, por recato y porque se rompían demasiados sillones

cuando estaban los tres juntos encima, hacían ahora en la habitación de matrimonio del primer piso. Y eso no le dejaba demasiado tiempo para la casa y el negocio, que dirigía, con mano férrea, la angelical Arita. Sus pobres hermanas, que ya comenzaban a tener la edad de merecer, se perdían todos los bailes y fiestas donde hubiesen podido encontrar pareja, confinadas todos los fines de semana en la casita de las afueras. Pronto el pueblo comenzaría a llamarlas "Las Cenicientas".

Guacha y Florinda odiaban a su hermanita, pero ésta era intocable en casa, fuera de ella e incluso en la escuela, donde doña Urraca, la maestra, protegía a aquel ser superdotado a cambio de que la niña guardara su gran secreto; los encuentros a media noche en la Charca del Abuelo (llamada así porque decían que hacía por lo menos doscientos años, un niño que se bañó sin el consentimiento de sus padres, salió del agua convertido en su abuelo paterno, muerto en la guerra de la independencia, vestido con el uniforme de capitán y con una flecha india clavada en la axila) con el capellán castrense del destacamento de caballería ubicado en Tiberia, a unos kilómetros al norte, un hombre muy religioso que decía misa los domingos por la mañana en el pueblo y por la noche susurraba guarrerías inconfesables al ávido oído de la maestra, mientras la montaba una y otra vez sobre los líquenes depositados en la orilla de la Charca.

Cuando la niña fue haciéndose mayor comenzó a ayudar, por puro altruismo y conciencia social, al alcalde del villorrio, don Mandón, en su labor de promoción del pueblo de cara al agroturismo rural y religioso, consiguiendo en muy poco tiempo, no se sabe cómo, una sustanciosa subvención de la Administración que permitió restaurar la ermita y traer de Roma un pedazo del sudario que envolvió a José de Arimatea cuando, de joven, sufrió un desmayo y todo el mundo pensó que había muerto, sobre todo sus hermanos y copartícipes en la herencia de sus padres, un codiciado oasis donde el propio Jesucristo descansó durante una semana, reponiéndose después de los cuarenta días de ayuno y meditación pasados en el desierto. Se construyó una gran hospedería donde antaño se ubicara la casita de las afueras y Arita permitió que sus hermanas se casaran con dos mozos, los más trabajadores de la comarca, que las ayudaron a regentar el negocio, a cambio de que mantuvieran a su papá, que dejó el empleo de cartero, aunque seguía paseando en bicicleta por el pueblo y echándose cortas siestas en los parques públicos. Como segunda condición, dispuso también que le enviaran dinero a ella a la capital, ya que había decidido estudiar Derecho y Periodismo e intentar hacer carrera política. No hace falta decir que la carrera política la estaba haciendo desde que nació, y desde un partido con grandes resultados: El suyo propio.

Por otro lado, el pueblo creció, el comercio prosperó, su familia fue haciéndose cada vez más rica y al cabo de dos o tres años, no había creyente, feligresa ni meapilas que se preciara de serlo en el país que no hubiera visitado el pueblo de Ganiza y se hubiera arrodillado y persignado ante la urna de cristal transparente que contenía un pedazo del sudario que arropara la primera muerte de José de Arimatea. Con el tiempo, incluso comenzaron a frecuentar la hospedería equipos de arqueólogos e historiadores que intentaban explicarse, asombrados, por qué el pedazo de tela en cuestión llevaba una pequeña etiqueta con la talla, la composición y una clara advertencia de que había que

lavar en agua fría. Más tarde, desde Buenos Aires, Arita conseguiría convencer a un conocido productor y director de cine, Marco Movioli, galardonado en el festival de Sundance por su conocido film *La morocha y la alpargata*, de que rodara una película sobre el milagroso hecho en cuestión, que se llamó ¡Tela! Como todos ustedes ya saben, fue todo un éxito en taquilla, y muchos sencillos habitantes del pueblo participaron como extras en el rodaje. Por ejemplo, doña Urraca, la maestra, hizo de fuente pública en la conocida escena del parque y Mateo y Maritornes se vistieron de sacos de harina en una toma en la panadería del pueblo que más tarde fue descartada por el montador, al reconocer, estupefacto, que uno de los sacos de harina roncaba con descaro, saltándose totalmente el guión. Sublime estuvo don Mandón en su caracterización de veleta en la torre de la Iglesia, en el travelling circular inicial que muestra al viento ululando por encima de los tejados de la casa parroquial y sonriendo a la cámara al mismo tiempo, muy en la línea del cine de autor de Movioli, quien ya nos sorprendiera en *El nefasto compromiso del lavabo alicatado* cuando el chorro de agua del bidette confiesa a la protagonista su sueño de convertirse en un helado de fresa.

Pero dejemos Ganiza con su precipitado y desordenado crecimiento económico y urbanístico, del que Arita se llevó, aun desde la universidad, un buen pico, puesto que todos los terrenos adyacentes a la casita de las afueras, propiedad de su familia desde hacía generaciones, fueron parcelados y vendidos a turistas católicos de clase media de la capital que construirían segundas residencias para vivir segundas vidas y quizá tener primeras muertes y posteriores renacimientos, con el crecimiento espiritual que eso conlleva, siguiendo el ejemplo del venerado José de Arimatea, y vayamos a la Universidad, donde ya nuestra amiga Arita estaba haciendo de las suyas. Eran tiempos convulsos, los estudiantes llevaban tres años en huelga y los catedráticos dos de vacaciones, el año de diferencia era el que los maestros habían estado esperando inútilmente que los alumnos volvieran a las aulas, tras de lo cual la mayoría de ellos prefirieron emigrar temporalmente a la playa o a la montaña, donde decían estar preparando sus futuras clases, entre baños de sol, excursiones e interminables siestas que en nada tenían que envidiar a las que se echaban Mateo Ponencia y su esposa Maritornes.

Rápidamente nuestra protagonista se destacó por estar en la primera línea de todas la movilizaciones. Sus encendidos discursos, su capacidad innata de manipulación de las masas estudiantiles, su sospechosa amistad con el rector de la Universidad Central, don Claudio Eterno Gandía, un ponderado hombre de letras que gustaba secretamente de las chinitas de quince años, ni uno más ni uno menos, y cuyas visitas semanales a una casa del té ubicada en Miraflores pronto entraron en conocimiento, no se sabe cómo, de Arita, quien convenció al buen hombre para que la secundara en todas sus pretensiones y así salvaguardar su secreto, no era plan que la susodicha casa del té, ahora semiescondida, se llenara de clientes y él tuviera que esperar para gozar de los favores de Xupon-la, su concubina favorita. Y sólo faltaría que, con la abundancia de parroquianos dispuestos a gastar plata en el local, algunos, aburridos, trajeran su cámara fotográfica, sólo para matar el tiempo, claro está, y tomaran fotos de las chinitas y de

sus eventuales protectores, como por ejemplo don Claudio. Después sería enormemente trabajoso incorporar aquellas fotos a su curriculum académico, tan pulcro ahora, escrito en un programa de tratamiento de textos sencillo, sin la adición de documentos gráficos, él ya no tenía edad para aprender el manejo de programas como por ejemplo el Photoshop. Era más sencillo que confiara a ciegas y dejara en sus manos el espinoso asunto de la protección de su intimidad, a cambio de firmar esto y aquello, y aquello de más allá, por duplicado, sí. Iban a hacer grandes cosas juntos, sus hijos iban a estar orgullosos de él... ¿Era soltero? Nada como dar ejemplo a los sobrinos, sus hermanos y hermanas se lo iban a agradecer de por vida...

Al cabo de tres meses del ingreso de Arita en la Universidad, todos los alumnos habían vuelto a sus aulas, hacían los deberes, presentaban los trabajos a tiempo y el porcentaje de absentismo era casi igual a cero, con la excepción de Aniceto Baritono, un punkie anarquista convencido que se paseaba con su pancarta No Future, su cresta rosa y su perro cruce de calle con acera por las dependencias de la facultad de Empresariales, repartiendo panfletos de una academia de corte y confección cuyo dueño simpatizaba con el perro de Aniceto. Sorprendentemente, dicho elemento (Aniceto, no el dueño de la academia), sacaba matrículas de honor en todas las asignaturas y se sospechaba que era el animal quien estudiaba y se presentaba a los exámenes por él, aunque Arita no se preocupaba, ya llegaría el momento en que, a la hora de presentarse a las entrevistas de trabajo, una vez terminada la carrera, el perro debería demostrar que podía desempeñar una labor de dirección de empresas igual o mejor que cualquier licendiado con dos patas. En tan sólo dos años, la antaño niña de los ojos de papá, cuando estos estaban abiertos, claro está, aprobó seis carreras, tres doctorados y siete postgrados, lloviéndole las ofertas de trabajo y, sobre todo, las proposiciones de matrimonio, proposiciones que ella desechaba por pura soberbia, ya que consideraba a todos y cada uno de sus pretendientes pobres pelagatos que no le llegaban a la altura del tacón, y eso que ella, alta de por sí, siempre calzaba zapato plano. Pero lo que de verdad la ilusionó fue la oferta que le hizo el partido liberal de ingresar en sus filas, cosa que hizo sin pensárselo dos veces.

Su carrera política fue fulgurante: Su ideología, aun perteneciendo al partido liberal, era tan conservadora que los votantes conservadores se pasaron a las filas de los liberales y los que eran liberales de antiguo estaban tan emocionados con aquella chica tan joven y brillante que siguieron votando a su partido, cegados por el encanto de Arita. No tardó en ocupar su escaño en el Parlamento, avalada y acompañada por su segundo en las listas, don Claudio Eterno, conservador de corazón pero alejado de la política activa hasta entonces y convencido por Arita para militar en las filas del partido liberal, ya que así los intereses de las pobres chinitas quedarían mucho mejor defendidas frente a las mafias que las explotaban y la dieta de carne de ternera asada que amenazaba con invadir su milenaria gastronomía. El partido conservador, en un rápido contraataque, se reunió en pleno con la activista de Ganiza y la convencieron de que se hiciera tránsfuga y se pasara a sus filas, cosa que no iba extrañar a nadie, ya que su discurso era claramente proclive a las posiciones que defendían. A cambio, le permitían mantener un

discurso liberal y hacer cuantas promesas quisiera a los electores, para así destacarse de sus compañeros y compañeras de partido y poder estar siempre en la cresta de la ola. Por supuesto, hubo todo el dinero y prebendas de por medio que Arita quiso, e incluso más. Don Claudio se quedó con los liberales, convirtiéndose en los ojos y oidos de la chica en el partido rival, con el que así le era mucho más fácil negociar y llegar a las componendas y acuerdos secretos que hicieran falta en cada momento. El aún sorprendido profesor, en los albores del cambio de siglo, publicaría su conocida obra *No entiendo nada*, todo un tratado sobre la estupefacción vital.

En un viaje a los Estados Unidos, Arita conoció a un atractivo hombre de negocios con tan pocos escrúpulos como ella misma, si no menos, y pronto decidió que era la persona ideal para compartir su vida. Tenía instinto para los negocios, su ética empresarial era la misma que pudiera tener una morsa, andaba suficientemente ocupado siempre como para no estar encima de ella excepto cuando ella tuviera ganas de que se montara encima, previa cita con su secretaria, la de ella, y en el apartado de colaboraciones provechosas, pronto se comenzarían a traspasar fondos públicos a sociedades fantasmas que en teoría trabajaban para el bien común y en la realidad sólo hacían que acrecentar la fortuna del matrimonio. En seguida nacieron dos hijas gemelas, Pili y Mili, que acompañaban a su madre desde muy pequeñas en todos sus movimientos, educadas por toda una cohorte de tutores e institutrices que más parecían el séquito de las princesas que una familia obligada a comportarse así por las especiales circunstancias que la rodeaban.

El día que cumplió cuarenta años, Margarita Ponencia, conocida por Arita, era la mujer más famosa y popular de Argentina, después de Evita Perón, y constituía la futura candidata a la presidencia del Gobierno de la nación, nombramiento que ya sabía suyo, puesto que había pactado el retiro forzoso aunque muy bien remunerado del otro candidato, sorpresa, que no era otro que Aniceto Baritono, calvo, entrado en carnes, con las cenizas de su amado can guardadas en un pastillero que siempre llevaba encima y una honradez rayana en la inocencia, que le había costado su ostracismo político y una futura y acomodada jubilación en una isla del Caribe donde imperaba la política asamblearia y el Consejo de ancianos era quien tomaba las decisiones importantes, como qué hacer de comer o en qué playa bañarse. Todo eso a cambio de que desaparecieran unas filmaciones de los tiempos de la universidad en donde se le veía hablando con su perro de los vaivenes de la vida y sobre la importancia de mantener una buena salud bucal, todo eso editado y combinado con unos primeros planos de su psiquiatra hablando ante la cámara. Pura basura pero efectiva, como todo lo que manipulaba Arita.

Arita llegó con su limusina a casa, una lujosa villa en un barrio protegido por quinientos valientes mercenarios que huyeron de la guerra de Malvinas en botes de pesca, embarcaciones deportivas e incluso a nado, despidió a sus guardaespaldas, subió al primer piso, llenó el inmenso jacuzzi de espuma, de dimensiones iguales a las de una piscina olímpica y se zambulló en él. Había encendido unas velitas y unas barras de incienso aromatizaban la estancia. En ese momento entró su marido, vestido de etiqueta

y con el mando a distancia del proyector de DVD en la mano. "Quiero que veas algo, cariño", le dijo, con expresión intrigante. Apuntó a la pared del fondo, justo delante de la puerta que daba al gran salón, apretó el mando y la pantalla colocada en el techo bajó lentamente. Ante los asombrados ojos de Arita, un documental basado en su vida, cuyo título era "A mi manera", comenzó a proyectarse en la tela blanca. Antiguas y actuales tomas del pueblo de Ganiza, de la Universidad, del Parlamento, de su propio despacho se sucedían, alternadas con testimonios ante la cámara de su padre, de Maritornes, de sus hermanas, de don Mandón, ya muy viejito, de doña Urraca y de otros vecinos del pueblo. Después salía en pantalla don Claudio Eterno, que hablaba desde su propia cama, desnudo de medio cuerpo para arriba, el resto estaba tapado por la sábana, y acompañado de una bella chinita vestida tal como su madre la echó al mundo. Cada uno de los participantes contaba, sin pelos en la lengua y con agradecimiento infinito, como Arita habíale ayudado a conseguir sus fines. A partir de ahí, comenzaron a aparecer personalidades de todo el país: músicos, artistas consagrados, diputados, senadores, obispos, empresarios, aliados y adversarios políticos, ministros, el antiguo presidente de la República y, a renglón seguido, mensajes grabados de algunos de los más grandes estadistas del mundo mundial, felicitando a Arita por su labor y también por su cumpleaños. Después le tocó el turno a su marido, el cual, siguiendo la tónica general del film, contó sin ningún rubor algunas jugosas anécdotas, que ilustraban cómo y de qué manera se habían hecho tan ricos e influyentes. Al final aparecieron las gemelas, que explicaron, alborozadas, cómo conseguían sacar buenas notas en la escuela siguiendo la ley del mínimo esfuerzo y la manipulación de compañeros y profesores. ¡Con tan sólo catorce añitos! Una fotografía de ella con dieciocho años dando un discurso en la universidad se fundió con el The End y los títulos de crédito. Se apagó la pantalla, que volvió lentamente a su sitio, en el techo, se encendieron las luces, se abrió la puerta del salón y un gran aplauso, proveniente de las más de dos mil personas engalanadas que se habían reunido allí para festejar tan importante efemérides, llenó las dos estancias. Cuando el aplauso remitió, comenzaron a sonar las notas del Happy Birthday, que una orquesta de cuarenta músicos interpretaba para ella. Todos cantaron, mientras Arita seguía con la boca abierta, en estado de shock, sumergida hasta el cuello en el inmenso jacuzzi, sin maquillaje, con el pelo recogido en un ridículo moño y el alma hecha fosfatina. Otro inmenso aplauso resonó por toda la casa, mientras los criados cerraban la puerta y Arita, como una autómata, se levantaba y salía del agua. Se dejó colocar el albornoz y, en silencio, tomó la mano que su marido le ofrecía, galantemente, y se dejó conducir sin rechistar al vestidor, donde ya sus doncellas teníanle preparado un precioso vestido de gala acorde con la gran celebración que todos esperaban. Arita se metió en la ducha y, mientras sentía el chorro de agua templada recorrer todo su cuerpo, comenzó a beberse todos los champús, geles de baño y acondicionadores del cabello que descansaban en la elegante repisa, hecha de mármol de Carrara con incrustaciones de oro. Después, metódicamente, cerró la llave de paso, salió del recinto de la ducha y se comió, por este orden, el tubo de pasta de dientes, la barra del desodorante a mordiscos, tres o cuatro lápices de labios y el perfilador de ojos, haciendo bajar todo eso a su estómago con medio litro de colonia fresca de verano que

vació de un trago. Después abrió el armario de los medicamentos y empezó por los antiinflamatorios, siguió con los análgésicos y acabó con los barbitúricos más fuertes.

No se pudo hacer nada para salvarla, entró en un estado comatoso profundo del que, dos años más tarde, aún no se ha recuperado y los médicos, dicho sea de paso, dudan mucho de que lo haga jamás.

Seis meses antes de este desgraciado suceso, durante la inauguración de un ambulatorio egoico de primeros auxlios (AEPA) gestionado por la Fundación, Arita, quizá en una acción más de cara a la galería que otra cosa, firmó un documento mediante el cual, en caso de fallecimiento, donaba su ego a la Residencia para que pudiera ser exhibido en todo momento que la Fundación considerara pertinente. Más tarde, cuando el Programa de Implantación de Egos Rebajados en Nacimientos Anticipados, o PIERNA, esté más avanzado, su ego, convenientemente limado y moldeado, podrá ser reimplantado en el cuerpo de un bebé prematuro, un animal doméstico e incluso en alguna planta de interior especialmente bella y decorativa. Como pueden ver, nuestro departamento de Laboratorio no para, están que se salen, y eso que la doctora Piluca Mostacho dejó hace tiempo las anfetaminas, cuando se dio cuenta de que se le caía el pelo de las orejas y sufría trastornos en la digestión cuando las tomaba antes de comerse un jabalí entero.

Mientras tanto, lo mantenemos en la Residencia como testimonio fehaciente del mal que puede llegar a hacer un ego desenfrenado cuando posee del todo a un individuo que consigue encumbrarse a las más altas cimas de la sociedad, donde sirve de ejemplo constante e influye con su comportamiento en amplios sectores de ésta. El llamado síndrome Arita es una de las afecciones psicológicas que más impulsan en la actualidad a hombres y mujeres a demandar los servicios de la Fundación. Cabe remarcar que la inmensa mayoría de estos pacientes son detectados cuando piden ser tratados con ESO (Engorde sistemático del Ego). Muchos de ellos finjen tener una baja autoestima, se visten como mendigos, suplican, lloran desconsoladamente o permanecen en un silencio apocado durante las entrevistas, pero nuestras terapeutas, cocienzudamente entrenadas para detectarlos y neutralizarlos, acaban convenciéndoles para que sigan el tratamiento contrario. En eso, la urna de la propia Arita y su historia, narrada por un pedazo de actor como es el insigne Alfred Phonos, colaborador habitual de esta institución y antiguo paciente y beneficiario de nuestras técnicas, como comprobarán seguidamente, suelen obrar milagros en la decisión del paciente. Podríamos decir que la finalidad del tratamiento es ayudar a que el individuo luche por lo que quiere conseguir en la vida, pero sin que eso sea en detrimento de los demás, algo que antes se lograba con las antiguas y ya actualmente obsoletas técnicas de coaching, muy efectivas entonces, cierto es, pero en las cuales este último punto no estaba muy claro, como verán ustedes cuando visiten la urna dedicada al ego emprendedor.

Pero sigamos con la visita, la urna que sigue es una de mis favoritas, no en vano yo mismo, antes del tratamiento, tuve mis veleidades artísticas. Todo comenzó el día en que.... Ayyyyy! no pasa nada, disculpen, es que desde el centro de control se ha activado un mecanismo de seguridad que me da una descarga en los..., ya me entienden,

cada vez que mi ego sufre un ramalazo y quiere volver a su posición inicial, como ha sido el caso, hace un momento, cuando intentaba explicarles lo de... Aaaaaahhhh! Está bien, está bien, pasen por aquí...

QUINTA URNA

El ego artístico

Alfred Phonos nació en Oxford, Inglaterra, hacia los años cincuenta del siglo pasado. Su padre era dueño de un pequeño circo ambulante de provincias y su madre oficiaba como trapecista titular de dicho circo. Como no había dinero para contratar a otra artista que la sustituyera, la pobre y sufrida mujer se vio obligada a seguir en activo durante todo el embarazo, de manera que los dolores del parto comenzaron justo cuando, en una memorable función, subía la escala de cuerda que la llevaría al trapecio. El alumbramiento propiamente dicho ocurrió durante un triple salto mortal que solía dar colofón al número de Tatiana Patachof, nombre artístico de la susodicha. El niño, predestinado ya a la fama y al aplauso, hizo su primera pirueta (y la única, ya que siempre tuvo miedo a las alturas), balanceándose en su propio cordón umbilical, y cayó en los brazos de su orgulloso papá, quien acto seguido lo mostró al público, que aplaudía a rabiar. La placenta fue a parar enterita a las fauces del león Simba, que llevaba más de tres meses sin comer carne, el cual se la tragó casi sin masticar y, a partir de entonces, mostraría una fuerte devoción por el niño, de manera que le consultaba todas las decisiones importantes que debía tomar, como cuando decidió hacer huelga a la japonesa por culpa de aquel domador francés que sostenía que el rey de la selva era un ocelote cojo que habían encontrado en una cuneta, en el condado de Devonshire, o cuando quería morirse de amor por causa de la súbita obsesión que le inspirara la visita de una ratita de campo que estuvo una temporada en el circo, deseosa de aprender técnicas de equilibrismo y trucos de naipes.

Cuando el aplauso cesó, un alarido infrahumano, una voz portentosa proveniente de una garganta superdotada, con timbres angelicales y matices que ya adelantaban los triunfos que su emisor cosecharía en las plateas de todo el mundo, planeó por toda la carpa de circo y fue a posarse en los pechos de Tatiana, que reventaron de pura emoción, orgullo maternal y calostro contenido, salpicando y despertando de paso a una espectadora que se encontraba como en estado de trance, transportada por tan sublime sonido. La ovación que siguió cuando cesara el alarido primigenio, nueve minutos más tarde, fue apoteósica y contó con la participación de todo el público allí reunido, excepto quizá un mutilado de guerra que intentaba dar palmas con las orejas, un rollizo bebé que dormitaba en su cochecito y un modesto ratero que aprovechó el éxtasis general para afanar unas cuantas carteras, aunque luego se arrepentiría toda la vida de no haber prestado atención al nacimiento del famoso actor y recitador Alfred Phonos. Hasta muy anciano, el ratero diría, lloroso: "Estaba pero no estaba". Nadie lo entendió jamás pero, por si acaso, sus herederos escribieron esa frase como epitafio en su tumba.

La infancia de Alfred fue especialmente desgraciada... para quienes le rodeaban. Dotado de un brioso carácter, acostumbraba a jugar con todo aquello que se le antojaba, independientemente de si era correcto, adecuado, conveniente o aconsejable. Solía embromar al cocinero desenchufando la nevera y cambiándole las especias de sitio, siendo la mayoría de las veces el lugar escogido el más inverosímil, como por ejemplo

el cajón de la taquilla o el rincón donde defecaban los elefantes. También le gustaba cambiar la nariz del payaso por cualquier otra cosa del mismo color y tamaño, como tomates cherry, pimientos enanos o chicles de fresa, hasta que perdió la noción de la similitud de los objetos, y fue sustituyendo la citada nariz por un abrigo de visón, una tetera de porcelana china o un paraguas agujereado, provocando las iras del pobre clown, que al final, como muda protesta, optó por salir sin nariz, con un vestido de la primera comunión y silbando la Marsellesa. El número resultante catapultó a la fama al payaso Trompetti, quien siempre atribuyó su éxito en las frecuentes entrevistas que le hicieran a la temprana intervención del consagrado actor Alfred Phonos cuando éste no era más que un mocoso. Otra de sus frecuentes fechorías era vestirse con el uniforme de gala del monito amaestrado y revender a mitad de precio las entradas ya cortadas de funciones anteriores, con el consiguiente lío contable que eso suponía y el overbooking en la carpa resultante. Hubo funciones en que a algún espectador hubo que instalarlo en la jaula de los felinos, ante el consiguiente enfado de éstos, que pedían a rugidos un incremento en la paga y doble ración de postre tres veces por semana a cambio de compartir temporalmente su espacio vital con los espectadores rezagados. El día en que Alfred se subió a la jirafa y permaneció tres meses agarrado al cuello por la parte más alta, con el subsiguiente dispendio en masajista veterinario, su papá, que hasta entonces siempre caía rendido ante la aterciopelada voz del niño cuando entonaba el Mea Culpa desde dentro de las fauces de Simba, donde se refugiaba cuando sabía que había cometido alguna travesura, decidió enviarlo una temporada a la capital austríaca, para que estudiara voz, piano y composición con los Alegres Cantores de Viena. Al cabo de unos meses fue cuando la conocida formación coral comenzó a anunciarse como los Antaño Alegres Cantores de Viena, hasta que la afamada Academia devolvió el niño a sus padres por correo certificado, con una carta anexa donde valoraban enormemente las dotes vocales del pequeño hideputa (cito textualmente), pero que lamentablemente les comunicaba que la escuela no disponía de calabozo, ni grilletes, ni de profesores lo suficientemente entrenados como para encargarse de la educación vocal de aquel monstruíto (vuelvo a citar textualmente).

Por aquel entonces el payaso Trompetti ya comenzaba a hacer bolos en solitario y colaboraciones en el circo de Moscú, con un oso siberiano que hablaba tres idiomas y tenía una bis cómica semejante a la de Leónidas Breznev cuando contaba chistes de Otto y Fritz en las reuniones del Soviet Supremo. Para sustituir al payaso, el circo contrató a un hombre adusto que recitaba el monólogo de Hamlet en calzoncillos largos y con una máquina registradora que hacía las veces de calavera Yorick (algunos historiadores del mundo del circo han querido ver aquí una alegoría del capitalismo a ultranza que sobrevendría en la segunda mitad del siglo XX, otros, en cambio, sostienen que dicho humorista tomaba drogas alucinógenas antes de salir a escena. Una tercera corriente historiográfica mantiene firmemente la teoría de que tal sustituto simplemente no existió), impactó de tal manera en el pequeño Hamlet, quiero decir Alfred, que a partir de entonces el chico ya sólo quería recitar, recitar y recitar. Y, cuando terminaba, seguía recitando, lo que fuera, no importaba. Llegó un momento en que ni siquiera su amigo incondicional, el león Simba, podía aguantar semejante tortura, y sutilmente, de

un zarpazo, le hizo ver que su camino estaba fuera de allí, que su talento se moriría de inanición artística en aquel modesto circo y acto seguido, extendiéndole una carta de recomendación para un primo lejano suyo de las Américas, un gato de angora propiedad de Lee Strasberg, director del Actor's Studio en Nueva York, le conminó a que fuera a recitar al Nuevo Continente, donde, según había oído decir, los americanos se lo tragaban todo.

Después de convencer a sus padres - no fue fácil, tuvo que recitarles el Quijote en eslovaco durante tres días con sus tres noches -, con sus pocos enseres personales, quinientos dólares tomados a hurtadillas del escondrijo donde guardaban los ahorros para su vejez, que no era otro que el cañón donde dormía el hombre bala, primo hermano de su papá y persona de toda confianza, y la carta de recomendación de su amigo Simba, Alfred embarcó en un transatlántico, decidido a hacer las Américas y triunfar como actor y recitador en Broadway. Sólo contaba quince años.

Después de pasar por los obligados formalismos de inmigración, donde declamó ante los asombrados funcionarios tres cuartas partes de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América con una peluca a lo George Washington y la mano levantada como la estatua de la Libertad, buscó alojamiento en una pensión barata, cercana a los muelles de Brooklyn y, al cabo de unos días de preparación, se presentó a las pruebas de acceso de la conocida escuela de arte dramático. En Oxford habíase tomado la molestia de documentarse sobre el trabajo de Strasberg, basado en el actor ruso Stanislavski, conocido por "El Método", consistente en que el actor se ponga en la piel del personaje y experimente las sensaciones que éste experimentaría, para así hacerlo más creíble. Alfred se había tirado toda la travesía transoceánica identificándose con una chimenea del barco, actuando igual, pensando como ella, hasta que, después de un mes de navegación, había logrado recalentarse ligeramente y echar humo por las orejas a intervalos regulares. Esto y los ejercicios de dicción que realizó para cambiar su acento inglés del norte de Oxford al dialecto en que hablaban los músicos de jazz de Harlem, dejaron boquiabiertos, por este orden, a Lee Strasberg, a su gato y también a la prometida de éste, una minina blanca como la nieve que ya contaba con varios matrimonios a sus espaldas y una numerosa prole esparcida por los tejados de Nueva York. La agónica preocupación existencial de una solitaria y sensible chimenea en medio del océano, siempre humeante, sometida a una intoxicante monodieta de carbón mineral y olvidada e incluso ignorada por tripulantes y pasajeros, hizo brotar lágrimas en los ojos a todos y cada uno de los integrantes del tribunal examinador, excepto quizás a la envidiosa Carole Bilis, que se puso a completar crucigramas ante el escándalo de sus compañeros, lo cual le valió la sanción, en positivo, de tutelar la incipiente carrera de su recién estrenado pupilo, Alfred Phonos, de los Phonos del norte de Oxford.

Fueron cuatro años de infierno, tras de lo cual, cuando su alumno por fin debutó con sonado éxito en el off Broadway, Carole Bilis se hizo pastor presbiteriano (o pastora, como prefieran) y abandonó definitivamente la escuela, la enseñanza y la profesión. Actualmente dirige una peluquería canina en Wisconsin, que lleva el nombre de

Yorkshire Hair. En aquella representación, La insoportable equidad de la mitad de dos, Alfred tenía un papel menor, pero decía una frase de vital importancia para el desarrollo posterior de la obra. Interpretaba un camarero que servía una copa al protagonista, Armand Alone, cuando éste se hallaba en una encrucijada de su vida. Cuando Armand pagaba la consumición, con propina incluida, y se dirigía a su habitación, donde intentaría suicidarse tragándose un sable perteneciente a su abuela, campeona de esgrima allá por el 1890, Alfred le contestaba "Gracias". Simplemente "Gracias", una frase que manifestaba claramente, gracias a la técnica aprendida en el Actor's Studio, la injusticia y el oprobio de que eran objeto por aquel entonces los camareros de Maine (la acción de la obra transcurría en una aislada cantina de los bosques de esa región), en su mayoría jóvenes estudiantes sin recursos, por no hablar del temible complejo que sentían ante las periódicas visitas de algunos señoritingos provenientes de la capital del Estado, como el señor Alone sin ir más lejos, de vida resuelta, familia acomodada y una querida que les ponía los cuernos con el ascensorista del hotel, verdadero núcleo del conflicto que plantea la obra. En el intencionado e impecable arrastre de la "s" final del personaje, se adivinaban aquellos traumas infantiles causados por un padre que bebía whisky los fines de semana y cerveza de lunes a viernes y que era incapaz de mantener su adicción y su familia a la vez, por lo que optaba por hacerlo intermitentemente; un mes mantenía a su familia y al siguiente bebía como un cosaco. Todo esto y mucho más comunicaba aquel famoso Gracias que propulsó al estrellato a Alfred Phonos, el más conocido y polémico actor de finales del siglo XX y principios del XXI.

Después vinieron Senilidad e imposible calentura, La Parodia de la burla, Un canterano lleno de libros va a la escuela, Despacito pero lento, La escoria de la taza y la por todos conocida Arriba las almas, abajo las plumas, donde su caracterización de pavo real en celo persiguiendo a un puercoespín en la platea, desafiando las leyes teatrales, hasta entonces inamovibles, de la cuarta pared, los tres actos, el escenario único y la ausencia de prostitutas ofreciendo sus favores entre el público mientras duraba la representación, pasó a la historia. Aunque también tuvo sus detractores: John Ford, sin ir más lejos, comentó durante una pausa de rodaje: "Daría mi parche en el ojo y me cubriría la cuenca con una canica de cristal con tal de no haber visto la obra", o Marilyn Monroe, antigua compañera suya en la academia, que manifestó, evidentemente agitada, unos días más tarde: "Esa noche, después de la función, me sentía tan mal que tuve que dormir sólo con unas gotas de Chanel nº 5 y toda una dotación de bomberos".

Mas tarde llegarían las comedias musicales, ya en el "On Broadway": Las Chinelas de la Viuda Adolescente, con el inolvidable número de baile en la ducha de teléfono vestido con una armadura medieval y leyendo el New York Times, velado sponsor del proyecto; La agonía inacabable de la sotana del curita en el harén del sultán, con sus atrevidas escenas orientales y las dos mil bailarinas bailando entre bastidores y por fin, la última obra de este género que interpretaría en Broadway, antes de pasarse al cine y, sin duda, la más famosa de todas: La halitosis de la alondra, que si bien no tuvo el éxito de crítica que quizás merecería, se compensó con creces con la notoriedad que ganó a

raíz del escandaloso affaire amoroso que Alfred tuvo con uno de los biombos chinos de la escenografía del segundo acto y la maldición, que según decían muchos, conllevaba el texto, escrito por una momia egipcia en la soledad de su sepulcro hacía más de dos mil años y que hizo, siempre según las creencias de los supersticiosos, que los productores perdieran su dinero y la primera actriz sus bragas de pedrería, regalo de un misterioso admirador que asistió a todas las representaciones desde un palco reservado, con la cara y el cuerpo completamente vendados y un sarcófago en el coche de alquiler que cada noche le esperaba en la puerta.

A los treinta años, Alfred Phonos desembarcó en Hollywood, avalado por un gran éxito de crítica y público, con un pedazo de ego descomunal y un carácter insoportable. Todas las grandes productoras cinematográficas pretendían ficharle, querían tenerle entre sus filas, costara lo que costara. En seguida encontró un agente con fama de buen negociador, un ex carcelero suspendido de empleo y sueldo en Alcatraz por perseguir a nado a tres convictos huidos de la prisión de máxima seguridad y ahogarlos con sus propias manos, llamado Max Big Hands Hunter. Y se sentaron a negociar con la Metro Goldwyn Mayer, que les ofrecía un suculento contrato para rodar tres películas, pero las pretensiones de Alfred de sustituir él mismo al león de la Metro, anunciando de paso una conocida marca de yogures de chocolate, dieron al traste con la negociación, por más que Alfred adujera, incluso a los gritos, que él rugía mejor. Más tarde, en la reunión con la Columbia se presentó vestido de estatua de la Libertad, y los directivos, avisados de lo que había ocurrido con la Metro y ofendidos con la nada sutil sugerencia de la emergente estrella, abandonaron todos la sala al unísono. Entonces Max se encerró con su cliente y tras una corta discusión, en la que tuvo que emplear todo su poder de persuasión y mano izquierda, con la que golpeó repetidas veces a Alfred, logró que al día siguiente su pupilo se quedara en la habitación del hotel y eso le permitiera a él firmar un leonino acuerdo con la United Artists.

Fueron cinco películas, rodadas en apenas dos años. Cinco películas, tres matrimonios, cientos de fiestas, miles de chicas, una majestuosa villa en Beverly Hills donde corrían abundantemente el alcohol, las drogas y se montaban orgías que duraban hasta el día siguiente (y a veces hasta la semana siguiente), todo era insuficiente para agradar, adular y satisfacer a la nueva estrella en el firmamento cinematográfico, el ego de la cual se inflaba sin parar. Todo tenía que estar a su completo gusto y las condiciones para que Alfred Phonos diera un recital o asistiera a una fiesta, aparte de las económicas, que estaban por las nubes, pronto alcanzaron dimensiones surrealistas: Los camerinos debían estar pintados de una tonalidad del rosa especialmente difícil de mezclar, inundados de rosas rojas por todas partes, con varias botellas de whisky de una muy determinada marca y añada, con alfombras persas en el suelo, espejos degradados para que el famoso actor no se viera las canas y arrugas en los mismos y varios gramos de cocaína en el tocador. Asimismo, comenzó a llegar tarde a sus compromisos, o simplemente no se presentaba. Cuando lo hacía, solía ir lo suficientemente bebido como para olvidarse de su parte en el guión o para equivocarse de plató o confundirse de contexto, como cuando realizó una lectura de textos

pornográficos ante las honorables y horrorizadas damas de una importante sociedad benéfica. O cuando se cayó del escenario en plena representación de *La Luna y el repartidor de pan*, la inmortal obra de John Bakery, de puro borracho que iba.

Con el advenimiento de la televisión, su presencia en los programas de entretenimiento de mayor audiencia, en los noticiarios y también, como no, en la prensa rosa, su fama de polémico niño mimado se acrecentó y cada vez tenía menos contratos. Lo intentó con la publicidad, pero el escándalo del anuncio de los yogures radioactivos le quitó la poca credibilidad que aún tenía y ninguna firma quiso volver a contratarlo. Fue nominado para el Oscar por su última película con la United Artists, *Bajo el manzano un jueves cualquiera*, pero tuvo la mala suerte de competir con *La suerte de apellidarse Smith*, que se llevó nueve estatuillas. Por otro lado, tampoco se presentó a la gala por hallarse detenido en una comisaría de los Angeles por practicarle una felación a una farola, o sea que casi mejor que no le dieran el premio.

Hasta que un buen día lo llamaron del banco para comunicarle que tenía un agujero en la cuenta corriente comparable a la sima más profunda de Filipinas y que habían decidido cancelar todos los pagos a crédito que solían adelantarle para sufragar las pensiones de sus ex-mujeres, las hipotecas de las diferentes casas y villas que tenía repartidas por el mundo y los ampulosos cheques sin fondos que firmaba generosamente en restaurantes de lujo, hoteles de cinco estrellas y casas de citas de primera categoría. Sus ex esposas no tardaron en llevarlo a los tribunales y, entre unas cosas y otras, Alfred lo fue perdiendo todo. Pero aun pretendía tener siempre la razón y cuando su fiel Max le dejó también, harto de tragarse toda aquella mierda, comenzó a beber aún más, hasta que terminó malviviendo en un pequeño piso de dos habitaciones que, milagrosamente, su antiguo asesor fiscal, que también le abandonó en su momento, cansado de llamadas intempestivas y de que Alfred hiciera constantes proposiciones deshonestas a su esposa, a sus dos hijas mayores y al perro terranova que tenían, había puesto a nombre de su mamá, la trapecista ahora jubilada Tatiana Patachof, que residía en el condado de Lancaster, Inglaterra, con su papá, el cual regentaba por aquel entonces una academia de circo.

Hasta que un día se despertó en un callejón de los Angeles, entre desperdicios, al lado de un perro enfermo de sarna y sin recordar cómo y porqué había llegado allí. Su necesidad de beber era tan grande que se asustó y, renqueante, con todo el cuerpo molido y apestando a suciedad y a alcohol, se metió en una cabina telefónica y llamó a sus padres a Inglaterra. Estos volaron inmediatamente a rescatar al hijo pródigo y lo internaron en una clínica de desintoxicación, de donde salió al cabo de dos meses con quince kilos de más, hinchado a tranquilizantes y con la mente sólo puesta en recuperar su fama y su trabajo como actor. Pero no tardó en volver a caer en las mismas costumbres que antaño, aunque justo es decir que durante un tiempo consiguió algunos buenos papeles en televisión, como el de inspector Laramie en la serie policíaca *Crimen en la siesta*.

Al fin, en una terapia de grupo para adictos al consumo de ropa interior de señoras con sabores (la ropa, no las señoras), conoció al productor teatral Alphonse Talón, otrora amigo del profesor Castrati, quien le recomendó vivamente que se fuera a la Argentina, a someterse a tratamiento con la Máquina. Cuando se sentó delante del mismísimo Doménico Mortimer Castrati y comenzó a explicarle profusamente sus triunfos en teatros y cines de todo el mundo, el profesor tardó dos minutos exactos en dormirse profundamente y roncar a pierna suelta, ante la asombrada estrella, que seguía considerándose el centro del universo. En ese momento entraron dos celadores y agarraron sin contemplaciones a Alfred Phonos, *la Voz del Mundo*, como le llamaban en las revistas, llevándolo a rastras hasta el interior de la Máquina, donde separaron totalmente su ego, mándandolo al laboratorio para iniciar rápidamente el tratamiento. Mientras tanto, Alfred se quedó en la Residencia por expresa prescripción del profesor, cuidando de los jardines y barriendo las cocinas en absoluto silencio y con la mirada fija en el suelo, según órdenes estrictas de Castrati.

Cuando volvió a encontrarse con su ego, ambos iniciaron una gira de prueba por provincias, representando el sainete A buenas horas pones música, de la que volvieron encantados el uno del otro. Alfred padeció durante un tiempo el síndrome de la memoria ajena, que suele producirse en casos de terapias con egos desmesurados, cuando el individuo tratado recuerda su pasado y se ve a sí mismo como otra persona, muy diferente a como es actualmente, y no comprende cómo y porqué actuó así, aunque poco a poco las cosas se van poniendo en su lugar y acaba aceptando aquello que fue, perdonándose a sí mismo e inclusive agradeciendo a esa etapa de su vida el haberle catapultado al presente. Alfred Phonos se enamoró, por primera vez en su vida, de una enfermera-celadora de la Residencia, la simpar Ana Camilla, a la que dejó embarazada entre visita y visita a la Máquina, durante un descanso del tratamiento. Tuvieron trillizos y durante un tiempo corrió el bulo de que el tratamiento adelgazador del ego tenía efectos colaterales muy beneficiosos, como un aumento de la fertilidad y también del deseo sexual, pero durante una rueda de prensa que ambos, Castrati y Phonos, ofrecieron a los medios, desmintieron esta hipótesis, aunque admitieran que podían darse casos, como quizá fuera el de Alfred, en que la falta de relaciones sexuales sanas y satisfactorias durante mucho tiempo podía provocar el incremento del deseo cuando el tratamineto comenzaba a dar buenos resultados. Tras de lo cual, manifestaron, se iban a hacer el amor con sus mujeres respectivas, ya que se habían excitado hablando del tema. Y, sin mediar palabra, abandonaron corriendo la sala de prensa de la Residencia, ante el asombro y regocijo de todos los presentes y del público que vería más tarde la rueda de prensa por televisión.

Y ese fue el principio del renacimiento de nuestro hombre, como persona y como artista que ha dado lo mejor de sí mismo desde entonces. Su obra más conocida, *Yo era*, la escribió mientras era jardinero de la Residencia y la iba recitando para sus adentros mientras podaba rosales y regaba geranios. El día que la estrenó en el teatro Colón, en un precioso castellano con acento de Corrientes, durante una función especial para todos los trabajadores de la Fundación, la platea se venía abajo, cosa que se repetiría en cada

una de las más de diez mil representaciones que lleva este monólogo, traducido ya a más de quince idiomas por todo el planeta.

No obstante, Alfred no baja la guardia. Sabe que, si se descuida, su ego volverá a jugarle una mala pasada, así que, periódicamente, entra en la Máquina y se toma unas vacaciones de su ego. Su agradecimiento a la labor de la Fundación es infinito y sus colaboraciones a la hora de presentar eventos, grabaciones de voz son innumerables. También su mecenazgo ha sido importantísimo, apadrinando proyectos como la formación del CEP (Coro de Egos Puros), que cantan mantras pensados y grabados especialmente para bajar las egotrías de quien los escucha, y también la comercialización de esas grabaciones, cuyos beneficios han sido entregados desde hace años en su totalidad a la Fundación por nuestro amigo y protector Alfred Phonos, del que les muestro en este mismo momento la urna que contiene su ego, ya muy pequeñito, el cual está previsto que se vuelva a encontrar con su dueño de nuevo dentro de tres días. Así que lo han pillado por muy poquito.

SEXTA URNA

El ego emprendedor

Arístides Cenizo era un perdedor, como tantos. Nació en 1961, en Barcelona, y tuvo una infancia gris, marcada por un padre severo y juzgador y una madre permisiva y protectora, de clase media baja, que hicieron un titánico esfuerzo para procurarle una educación en un colegio religioso de derechas, donde todo los alumnos procedían de familia acomodada menos él y cuatro o cinco becados más, marginados y señalados con el dedo por los hijos de las clases altas. Fue en esta escuela donde desarrolló unos sueños imposibles siempre relacionados con lo creativo, lo artístico, la literatura, el teatro y el cine, sueños que abandonó rápidamente cuando la dura realidad, conjuntamente con la adolescencia, llegaron a su vida.

A los dieciséis años no se vio capaz de combinar en armonía sus estudios con su afición por las chicas, las drogas, los amigotes, la movida madrileña, la música que venía de afuera con todo su componente contracultural, la recién estrenada democracia y el ansia de libertad, de destacar, de diferenciarse y de pertenecer a un grupo y/o tribu urbana. Una voracidad sin límites por las nuevas sensaciones, las aventuras, el sexo y el rock n'roll hicieron que lo dejara todo, estudios, la casa de sus padres y las amistades de la infancia y se lanzara de cabeza a toda esa vorágine que los tiempos de cambio y los aires de libertad le traían.

Los años ochenta le sorprendieron realizando el servicio militar en una provincia lejana a su tierra. Fue un año invertido en intentar prolongar la diversión y cumplir mínimamente con sus obligaciones castrenses, ya que tuvo la suerte de residir en un cuartel donde la disciplina era bastante relajada, aunque también conoció gente muy interesante, culturalmente hablando, que le introdujeron en el conocimiento de nuevas tendencias literarias, nuevas músicas e incluso nuevas ideas en campos tan dispares como la alimentación, la política, la cultura popular, el cine de autor y el aprendizaje de la convivencia con una gran variedad de individuos, de todas las extracciones sociales, culturales y geográficas.

Cuando volvió a su tierra, al que consideraba su ambiente, se encontró con muchos cambios: Sus amigos de antaño, la mayoría de los cuales se encontraban en un proceso de degradación y caída libre del cual él no había sido consciente hasta entonces, no le ofrecían los estímulos que recordaba y esperaba, por más que insistiera al principio en frecuentarlos e intentar estirar aquella loca adolescencia donde tan bien se había sentido hacía apenas dos años. Además parecía que los tiempos seguían cambiando de manera cíclica; lo que antes favorecía una vida alocada e irresponsable, ahora parecía impulsar la idea fundamental del "tanto tienes, tanto vales". Si hacía muy poquito, a finales de los setenta, el tener un trabajo insignificante que justificara y proveyera el poquito dinero necesario para despilfarrar en ocio y contracultura era sinónimo de felicidad y de vivir completamente al día, ahora, a mediados de los ochenta, los héroes del país y de la sociedad española en general eran aquellos que conseguían dinero a espuertas de

manera fácil y rápida, no importando demasiado los medios que emplearan para ello. Fue lo que se vino a llamar, muy acertadamente, la "cultura del pelotazo".

Y Arístides se puso a trabajar para conseguir su propio pelotazo: montó varios negocios, fue vendedor, ejecutivo, propietario de pequeñas empresas, en una palabra - que todavía no estaba acuñada del todo - se convirtió en un incipiente "*emprendedor*", que fracasaba una y otra vez, ya que, como comprendió más tarde, carecía de la más mínima preparación académica y sobre todo psicológica, necesarias e incluso imprescindibles para salir airoso de los infructuosos intentos que una y otra vez repetía.

Por otro lado, su vida personal continuaba siendo un desastre, sus coqueteos con el alcohol y las drogas continuaban, aunque más distanciados en el tiempo, y su incesante búsqueda de hembras con las que saciar sus instintos y a la vez encontrar la compañera perfecta que pudiera ayudarle en la consecución de sus fines le hacían gastar una energía que dilapidaba generosamente en prorrogar una juventud que ya no tenía. Todas estas aficiones o adicciones, como se quiera ver, le distraían y le ayudaban a no poner jamás suficiente empeño y esfuerzo en los proyectos que emprendía, de manera que él mismo, al ver que allí "no sonaba la flauta", abandonaba el negocio y se metía en otro, en una constante huida hacia adelante que extrapolaba a otras áreas de su vida, como las relaciones sentimentales sin ir más lejos. Nada funcionaba afuera y había que probar constantemente nuevas cosas, nuevas personas, nuevos negocios, sin jamás pagar el precio necesario y siempre con la idea errónea de que lo mejor estaba por venir, de que en un futuro no muy lejano se escondía todo aquello que por fin le haría feliz. La creatividad que el Universo le había concedido la malgastaba en intentar hacer dinero fácil y en tener relaciones amorosas más fáciles aún.

Hasta que un día se encontró con un buen amigo que había cambiado de manera súbita y sorprendente su aspecto y maneras: vestía traje barato y corbata mal conjuntada, con el nudo hecho de manera torpe y precipitada, el cual le dijo la frase mágica a la oreja, casi en secreto, con un tono que, de serio y forzado, viniendo de él, parecía incluso cómico: "Tengo un negocio para ti". Eso le hizo recordar una broma de juventud, largamente practicada por él mismo, en que se ponía una mano en la entrepierna, disimuladamente, agarrándose las partes, y le decía a cualquier conocido que encontrara: "Tengo un negocio entre manos del que podríamos chupar todos". "¿Sí? ¿Cual es?", contestaba el otro, inocente e interesado. "Toma, comienza tú", respondía él, mostrándole el paquete y soltando una carcajada. Pero esto de ahora, viendo la expresión del amigo, adivinaba que no se trataba de ninguna broma. "Tenemos que sentarnos y te lo cuento ¿Qué día te va bien?", aquí el amigo sacó su agenda que, por cierto, estaba extrañamente vacía, cosa nada lógica en viendo el aire ocupado y profesional que adoptaba aquel antaño jovial compañero con el que hacía muy poco solía irse de cañas. La cita tenía que ser en su casa y a ser posible, lo mejor era que Arístides avisara "a otras personas interesadas en hacer negocios también". Coño, si era tan buen negocio, como más gente lo supiera, peor, ¿No? "No, joder, la unión hace la fuerza, son los nuevos tiempos y los nuevos sistemas, no puedo decirte más."

En la reunión aparecieron, mágicamente, una pareja joven que "tenían mucha más experiencia que él (que su amigo, el cual vestía el mismo traje, con la corbata un poquito mejor colocada, no demasiado) en el negocio, por eso les había invitado, para que se lo explicaran mejor". También habían otros invitados cuya ignorancia sobre el tema, por las caras que traían, era igual o mayor que la suya. El chico con la experiencia necesaria en el negocio comenzó a dibujar círculos en una pizarrita, presentando un sistema de distribución de beneficios nuevo en España, pero que ya llevaba muchos años en Norteamérica, haciendo que muchas personas alcanzaran la independencia económica. Hizo un aparte para explicar este nuevo concepto, "que no era más que hacer con tu tiempo lo que desees, no teniendo que intercambiarlo por dinero si no querías, puesto que la afluencia de éste estaba asegurado durante la segunda etapa del negocio. Como en la jubilación, pero siendo joven y con muchos más ingresos". "No son ventas", se encargó de aclarar antes que el miedo a la puerta fría se apoderara de todos los presentes. "Aunque puedes vender si quieres", volviendo a meterles dentro una parte del mismo miedo, aunque rebajado por la libertad de escoger que se les permitía. Se trataba de consumir productos de limpieza y cosmética de su propio negocio; "Dando ejemplo. ¿Os imaginais que un ejecutivo de la Mercedes se paseara con un BMW, perdería toda su credibilidad...?" y montar muchas reuniones como aquella, donde mucha otra gente entraría a formar parte de la "red" (concepto importantísimo), consumiría los mismos productos, que muchos de ellos también distribuirían, montando más reuniones, donde entraría más gente (aquí los circulitos amenazaban con salirse de la pizarra y continuar en la pared, ante la preocupación del dueño del piso, recién pintado para la ocasión, o no), y todo ello redundaría en unos beneficios "residuales" (otro concepto clave), que toda esa red y el movimiento de productos les procuraría, ya que llegaría un momento en que todo eso funcionaría solo y podrían jubilarse y dedicarse a lo que quisieran, como por ejemplo a hacer safaris fotográficos en Kenia o a bailar la samba en las playas de Brasil. O a ambas cosas, si me apuran. Y todo esto ocurriría "entre tres y cinco años", a lo sumo. Este nuevo sistema de repartición de la riqueza se llamaba "multinivel" (otro más) y contaba con el aval de reconocidos economistas, norteamericanos también, claro está, que ninguno de los presentes conocía, pero que nadie se atrevió a comentar, como es lógico, máxime cuando el ponente sacó algunos libros de la maleta, algo gastados por el uso, eso sí, y los mostró a la asombrada concurrencia. Toda esta explicación iba acompañada por numerosas cifras que iban aumentando exponencialmente a medida que los circulitos tomaban el camino de la cocina y se acercaban peligrosamente a la nevera hasta alcanzar cantidades astronómicas. En un momento del relato el narrador hizo un inciso para hablar de la empresa que proporcionaba el material a consumir, una multinacional americana (¿Acaso lo dudaban?) con sucursal en Barcelona, que fabricaba productos biodegradables y con muchos miramientos hacia la protección del medio ambiente. Eran caros, eso sí, pero muy concentrados, o sea que si se empleaban correctamente la relación coste-duración hacía que en realidad fueran muy baratos. A renglón seguido, se hablaba de otra empresa, formada por los propios distribuidores que ya habían alcanzado la independencia económica, que se encargaba de suministrar material educacional de apoyo y motivación para poder encarar con garantías de éxito el trabajo

a desarrollar. Esa misma empresa montaba conferencias informativas, seminarios y convenciones multitudinarias donde se aprendía de lo lindo y se compartían las experiencias. Por supuesto que todo esto era "**opcional**". "*Opcional pero obligatorio*", dirían más tarde, frase que él también repetiría hasta la saciedad cuando al fin entró en el negocio. Todo eso se lograba con la dedicación **a tiempo parcial** durante una temporada, hasta que los ingresos provenientes del negocio le permitirían dejar el trabajo o lo que estuviera haciendo para dedicarse plenamente a la citada actividad y ganarse fabulosamente la vida.

Entonces llegó la hora de la verdad: Para entrar en el negocio millonario había que comprar el primer kit de productos y también, *opcionalmente*, repito, un pequeño lote de cintas de cassette motivacionales donde los millonarios del negocio contaban sus experiencias y daban directrices sobre lo que había que hacer y, sobre todo, **como NO** había que ser, pensar o creer. Eso iba acompañado de un libro o dos de autoayuda que el ponente, generosamente, aconsejaba adquirir para comenzar a cambiar la visión que el "**nuevo**" tenía de sí mismo y de sus capacidades.

Y a partir de aquí, comenzó el carrusel a dar vueltas cada vez de forma más vertiginosa. Después de firmar el contrato y adquirir productos y formación, Arístides, con la ayuda de su auspiciador (la persona que lo invitó a formar parte del negocio) y de su línea de auspicio (los que estaban más arriba, en la misma línea, nunca mejor dicho), personas "económicamente interesadas", en el desarrollo de "su negocio", por tanto jamás iban a engañarle y siempre estarían dispuestos a ayudarle en lo que fuera, o eso decían, se sentó a escribir y a fijar "sus sueños", aquello por lo que se sacrificaría creando una red de ditribuidores de productos que le llevarían, en un máximo de cinco años, a la jubilación anticipada y a la riqueza material. El sueño de Arístides por aquel entonces, como muy bien diría una persona muy cercana a él, era levantarse cada mañana y encontrar cinco mil pesetas en la mesilla de noche para gastarlas en lo que le apeteciera, pero eso no quedaba bien, no era lo adecuado en aquella nueva disciplina en la que se estaba adentrando. Había que describir con detalle la casa de tus sueños, el coche de tus sueños (incluso era recomendable ir a probarlo al concesionario), el viaje de tus sueños, y dibujarlos, fotografiarlos y pegarlos en la nevera, en el espejo del lavabo y en cualquier lugar donde pudieran recordarle con su muda presencia que los sacrificios que hacía, los estaba realizando por ellos.

Pero Arístides lo único que podía describir como mucho era a la mujer de sus sueños, que por supuesto no existía, y si existía lo era momentáneamente, hasta que dejaba de serlo, pero justo es decir que dentro de su misma red encontraría alguna hembra dispuesta a acompañarlo brevemente, pero nada especial, nada que no pasara también afuera, en el mundo real. Un mundo real que cada vez se fue alejando más de él, inmerso como estaba en lecturas de autoayuda y la escucha constante de cassettes motivacionales que le impulsaban a un obsesivo **pensamiento positivo** orientado hacia la consecución de metas materiales y que le facilitaba el confiar más en sí mismo y en sus capacidades y merecimientos. No había lugar en su pensamiento para opiniones derrotistas ni pesimistas y la asistencia semanal a conferencias, la mensual a seminarios

y la anual a convenciones le levantaban el ánimo y le daban la gasolina necesaria para ir metiendo gente en aquella red de hipotéticos futuros millonarios.

Siempre le llamó la atención el poco pudor mostrado en los actos referidos, donde se jaleaba y aplaudía a las personas por el simple hecho de llegar a un nivel determinado de consumo de productos, muchas veces, tristemente, a costa de pagarlos ellos mismos a crédito, ante la presión de la línea de auspicio (a menudo involuntaria) y el sistema en sí, como le pasó a él mismo en repetidas ocasiones. El sistema separaba descaradamente la gente positiva y triunfadora de la gente con mentalidad negativa y perdedora. Nadie quería estar entre estos últimos y de ahí que hubiera muchas personas que se endeudaban y padecían un cierto daño psicológico cuando decidían dejar el negocio. Su red crecía a buen ritmo y se convirtió en un consumado maestro en el arte de explicar el plan de marketing en todo tipo de domicilios ajenos y también en el delicado arte de aconsejar y motivar a su down line, aquellos situados más abajo de él en la línea de auspicio, siempre aconsejado y arropado a su vez por su up line, que eran los que se encontraban arriba.

Durante tres años estuvo en esa dinámica, flotando en un globo, hasta que, poco a poco, por circunstancias de la vida, fue separándose de aquel endogámico mundillo de pensamiento único, ayudado por los pocos ingresos y los muchos gastos que el negocio requería para estar a la altura de lo que se esperaba de él. Y también por las ansias de conocimiento e inquietudes artísticas que tenía dentro, aunque aún ligeramente adormecidas. La seguridad en sí mismo y la mentalidad positiva que se habían ido incorporando a su carácter sin apenas darse cuenta le animaron a tener otras ambiciones aparte de pasarse entre tres y cinco años de su vida distribuyendo o ayudando a otros a distribuir productos de limpieza y cosmética por el simple hecho de ser algún día económicamente independiente. *Algún día* que no aparecía marcado en ningún calendario.

Abandonó el negocio, pagó sus deudas con los bancos como pudo y fue vendiendo o regalando los productos que se habían ido acumulando en su casa debido a la obsesión mensual de llegar a los objetivos propuestos por el plan de márketing.

Después de caer en una pequeña depresión - se acercaba ya peligrosamente a los cuarenta y eso siempre pasa factura - y volver a trabajar durante una corta temporada por cuenta ajena, con la ayuda de una buena terapia se dedicó a otros menesteres, de los cuales también se iba cansando y abandonando, en su constante huida hacia adelante, pero ya desde otro lugar: Tenía más o menos éxito en todo aquello que emprendía y, cuando consideraba que había que pasar a otra cosa más suculenta o llamativa, se salía de la etapa anterior de manera racional, sin arruinarse ni malvender aquello que le había servido para ganarse la vida hasta entonces.

Poco a poco, sus actividades fueron encaminándose cada vez más hacia aquello que realmente le hacía feliz por el simple hecho de desarrollarlas, independientemente de los resultados materiales que produjeran que, curiosamente, cada vez eran mejores, sin enfocarse tanto en esos resultados y muchas veces sin ni siquiera tenerlos en cuenta.

Pero seguía sintiendo una ligera sensación de insatisfacción o, mejor dicho, le faltaba acabar de construir una escala de valores concordante con los principios éticos y morales que aún no habían emergido del todo en su interior, disfrazados y entorpecidos por objetivos que no eran propiamente suyos, sino de la sociedad de consumo, el estatus social y las conveniencias de otros, infinitamente más poderosos.

Su contacto con el mundo espiritual, y con el Ser holístico que llevaba dentro, acaecido de a poquito, pero de manera firme y progresiva, le proporcionó otra visión sobre lo que debería ser su vida e incluyó en ella el poderoso concepto de que había venido al mundo para ayudar y enriquecer a los demás, preferentemente desde las actividades artísticas y creativas, que era donde él se encontraba mejor, más feliz, más pleno y mejor remunerado, considerando esta remuneración también holísticamente, no sólo en dinero o bienes materiales. En ese camino tuvo una pareja que le duró más tiempo, y también hijos, a los que quería como a nada en el mundo y que le hacían replantearse las cosas una y otra vez, hilando cada vez más fino en su búsqueda individual de la felicidad.

También comenzó a desarrollar un sentimiento crítico hacia las injusticias y abusos que los poderosos del mundo cometían con las clases más desfavorecidas, contra el racismo imperante en la misma sociedad en la que vivía, contra la violencia de género y la discriminación de la mujer; por la conservación y mejora del medio ambiente, por la integración de las personas consideradas de segunda y tercera categoría; los ancianos, los discapacitados, los indigentes, etc, lo que le impulsó, desde su modesta posición, a adornar todas sus actividades con tintes políticos, entendida la política como la participación del ciudadano, aunque sea simplemente como emisor de su propia opinión, en la medida de lo que pueda, en las acciones y decisiones que le afectan a él y a la comunidad a la que pertenece.

Pero seguía *emprendiendo*, y el concepto de independencia económica volvió a su vida, años después, rayando la cincuentena, esta vez bajo el sinónimo de "**libertad financiera**", a raíz de un seminario al que asistió, de pura casualidad o causalidad, en Barcelona, que duró todo un fin de semana entero. Salió de allí con un cohete en el culo, como decían en su tierra, dispuesto a comerse el mundo, preso de nuevo de las estrategias motivacionales que aquel ponente yanqui, un maestro en lo suyo, le insufló desde el escenario, a él y a mil doscientas personas más que formaban la platea. Grandioso. Las enseñanzas del seminario se reducían a lo siguiente, una vez más: Encontrar una buena oportunidad de negocio, trabajar duramente durante dos años, enfocándose únicamente en aquello, administrar conscientemente el dinero e invertirlo lo suficientemente bien como para vivir ampliamente de los ingresos residuales (de nuevo ese concepto) que esas inversiones le producirían con el tiempo.

Se le ocurrían mil proyectos diferentes, dormía tres o cuatro horas al día, se levantaba de un salto, llamaba por teléfono constantemente, enviaba decenas de correos electrónicos, mantenía constantes reuniones, estaba motivadísimo, seguía un **plan diario para la abundancia** con la repetición de frases positivas, devoraba constantemente libros de autoayuda, finanzas, etc. ¡Estaba en la cresta de la ola! Pero

había algo dentro de sí mismo que no acababa de concordar con todo aquello. Había crecido interiormente, sí, tenía mayores expectativas y una grandísima seguridad en sí mismo de que conseguiría satisfacerlas y lograr sus objetivos, pero había cosas que no quedaban claras, que no comprendía del todo, que le rechinaban adentro, quizá también por ese propio crecimiento personal y en valores que había ido experimentando con el tiempo. Llegó un momento que se encontraba, por así decirlo, en un *cul-de-sac*.

Y decidió hacer un viaje a la Argentina, el tercero de su vida, aprovechando la presentación de uno de sus libros, las visitas a los amigos de allá, la intención de conocer a un niño apadrinado que tenía en una *villa miseria* próxima a Buenos Aires y otros asuntos personales y profesionales. Pidió cita con tiempo en la Residencia y sometió a su ego a tratamiento durante todo el mes que duró la estancia allá, realizando todas las actividades que se había fijado de manera rápida, efectiva, con humildad y sin preocupaciones, estando muy presente en su aquí y ahora y aparcando esa lucha interna que le consumía.

Durante la meditación que realizaría en el avión, ya de vuelta del viaje y de nuevo con su ego, a medida que iban pasando esas catorce horas de vuelo y de silencio interior, las cosas, de a poquito, comenzaron a ponerse en su lugar:

Primero de todo, entendió que el concepto de ganadores y perdedores quedaba en la realidad muy diluído, sólo había personas que realizaban un camino en el cual eran esclavos de las decisiones que habían tomado en el pasado o de la ausencia de esas decisiones, pero que no todo el mundo se hallaba en la situación privilegiada de poderlas tomar, ni siquiera de planteárselas, había mucha gente que por razones de nacimiento, raza, cultura, extracción social, situación política y socioeconómica e incluso geográfica estaban destinados a ser carne de cañón y a no tener jamás la oportunidad de ni siquiera plantearse la posibilidad de un cambio.

A raíz de eso entendió que no había ninguna decisión que él tomara como emprendedor que le beneficiara o perjudicara tan sólo a él, sino que sus acciones y omisiones tenían un reflejo y un efecto inmediato en los demás, especialmente en aquellos individuos que componían las clases menos favorecidas. Que no era lo mismo luchar por sacar a flote un negocio inmobiliario basado en la especulación y la compra de bienes raíces a personas que van a ser desposeídas de sus propiedades y a acabar en la calle que, por ejemplo, dedicarse a construir viviendas ecológicas y a venderlas por un precio justo. Que era muy diferente invertir en acciones y comprar bonos de multinacionales y bancos que a su vez invertían en la compra de armas y en la explotación de mujeres y niños en los países subdesarrollados que invertir en aquellas ideas y compañías que mejorarían la vida de las personas en general y no sólo de unos pocos, que siempre solían ser los mismos.

También comprendió que debía destinar una parte de su vida a realizar alguna labor en beneficio de la comunidad, aún en detrimento de sus ingresos, y que eso no podía esperar a que pudiera vivir de ingresos residuales; la sociedad y las personas más necesitadas necesitaban su aportación **ahora**, y que esa labor había que hacerla no como

paliativo y tan sólo esperando que sus donaciones económicas, que también las hacía, le reportaran beneficios por la **ley de compensación universal** en la que creía y a la que tantas veces se recurría en los libros de autoayuda, sino que debía ser una labor proactiva, constructiva, de enseñar con el ejemplo a pescar y no sólo suministrar peces por pura caridad.

Y que todo ese camino de crecimiento sólo se podía vivir de una manera plena, disfrutando a cada momento de las diferentes etapas, no supeditando la felicidad a la consecución de la jubilación anticipada, ni al mejoramiento de la capa de ozono, ni a la desaparición del hambre en el mundo, ni al triunfo personal en el logro de los objetivos marcados. Todo a su debido tiempo, un paso cada vez, con una sonrisa en el semblante y con la **conciencia** siempre puesta en la verdadera esencia de las cosas y de las personas.

La verdad es que en este caso el tratamiento fue todo un éxito.

SEPTIMA URNA

El ego protector

Salvadora Hoyo vivía por y para los demás. Apenas tuvo uso de razón comprendió que existían otros seres vivos más débiles, susceptibles de ser protegidos por otros, y que los réditos que sacaba por ejercer esas acciones protectoras eran de lo más deseable. Los comentarios de alabanza por parte de sus padres, maestros y entorno más cercano le hacían sentirse importante y querida. "Es una niña con muy buen corazón", solía decir su mamá, y ella se llenaba de orgullo. "Tomad como ejemplo a vuestra hermana, que siempre está pensando en los demás", les espetaba a sus tres hermanos menores, a los que ella cuidaba y vigilaba como una segunda madre. "Esta hija mía no tiene nada suyo", manifestaba a amigos y conocidos su papá, que adoraba a aquel ángel de la guarda con el que Dios le había premiado.

Su día comenzaba con una visita a la colección de animalitos protegidos que tenía en su terrario, que iban variando con las estaciones del año. Podía ser una lagartija sin cola, un pájaro herido, un gatito hambriento de la calle o un escarabajo pelotero encontrado en la cocina. Ella llamaba a este terrario la Unidad de Vigilancia Intensiva (UVI) y se sentía muy desgraciada cuando no tenía a nadie o a nada qué cuidar, lo cual pasaba muy pocas veces, dicho sea de paso, ya que siempre estaba muy alerta en su entorno habitual a las emergencias que se pudieran dar en todo momento. También desde muy pequeña tomó a su cargo el cuidado de las plantas que había en casa, de manera que el pequeño jardín que separaba el muro que daba a la calle del porche de la casa era todo un verjel cuando ella apenas contaba siete años. Cada día, antes de anochecer, regaba generosamente todo el espacio, arrancaba las malas hierbas, que solía dar a los animalitos que tenía en la UVI, y podaba con especial atención los árboles y arbustos que destacaban de la profusa vegetación.

Hasta que un buen día, su papá, harto de pasar frío dentro de la casa, ya que el microclima que se había creado en el jardín, de espeso y umbrío no dejaba que los rayos del sol calentaran la vivienda, hizo arrancar por sorpresa el jardín e mandó poner césped donde antes había prácticamente selva. También en esa súbita decisión influyó el ejemplo de otros vecinos del barrio, que tenían un precioso y elegante espacio de bien recortada hierba y el hecho de que dos días antes hubiera encontrado entre las altas plantas a dos mendigos que decían llevar tiempo viviendo allá y a quienes Salvadora, a la chita callando, alimentaba con las sobras de la comida y con un puchero cocinado en secreto que los domingos les servía en dos palanganas verdes, que se mimetizaban con el color del ambiente y eran prácticamente invisibles.

Cuando Salvadora volvió de la escuela, en un día especialmente duro, ya que había tenido que proteger a su hermano menor de las iras de los bravucones durante el recreo, y vio el percal, no dijo nada, simplemente se dirigió al garage, se sentó en el suelo, estudió el manual de instrucciones y después agarró la cortadora y comenzó a pasarla una y otra vez por encima del césped, acción que repetiría cada día durante años, hasta que se marchó de casa de sus padres en busca de mayores causas donde poner sus

esfuerzos en pro de los demás. Aceptó la muerte de su jardín con actitud estoica, como aceptaba la muerte de aquellos animales que no soportaban el cautiverio o que estaban demasiado enfermos para sobrevivir a sus cuidados. No obstante, según información posterior proporcionada por la mísmisima doctora Atenta, psicóloga de la Fundación, la pérdida de su jardín fue una de las primeras cosas que trataron en las entrevistas previas que mantuvieron antes de que Salvadora pasara por la Máquina. Según la doctora, cuando el tema emergió, Salvadora comenzó a decir pestes sobre su papá, ya difunto, acusándole de ser "un mierda, un capullo, preso del estatus uniforme y estúpido de la clase media de su ciudad natal, un asesino de jardines, un ladrón de sueños infantiles y un pésimo jugador de ajedrez", tras de lo cual sacó una foto del viejo de su bolso y comenzó a escupirle y a clavarle chinchetas que llevaba en el monedero. Después, saltó sobre la doctora y, retorciéndole el brazo en la espalda, obligó a ésta a decir, en voz muy alta, para que todos pudieran oírle, que todos los padres de este mundo sólo sirven para fabricar semen y hacer asados los domingos y que el suyo ni asados sabía hacer, ya que la carne salía a menudo requemada, casi achicharrada... En este punto del recitatorio, un guardia de seguridad de la Residencia le inyectó un potente calmante en la base de la lengua y la doctora calló de golpe. -"¡Cabrón, cabrón, mi jardín, mi jardín, devuélveme mi jardín!" - Salvadora soltó a la doctora Atenta, que cayó al suelo lentamente, soñando con un mormón de ojos azules al que conoció bíblicamente en unas vacaciones en Utah, a los diecinueve años, y la emprendió a golpes con el armario uniformado que estaba cargando la segunda invección y dándose cuenta de que se había equivocado de destinataria al colocar la primera. Salvadora recibió el pinchazo en el globo ocular derecho y en seguida el odio por su padre, tantos años guardado celosamente en su interior se fue desvaneciendo en su mente: Lo recordó, ya anciano, en la residencia, sentado inmóvil frente a la ventana con vistas al Río de la Plata. Y recordó también como ella lo cuidaba, dándole de comer sus platos favoritos pasados por el pasapurés, pues el abuelete ya no se acordaba ni siquiera de masticar. Y también le vino a la memoria, en sueños, cuando tomó la dolorosa decisión de desenfuchar la máquina que mantenía las constantes vitales de su papá en funcionamiento, dos años después, siendo el hombre casi un vegetal. Fue muy doloroso para ella, la cuidadora con mayúsculas, tener que tirar la toalla y sacrificar al autor de sus días. Entonces, dormida en el suelo, se puso a llorar y abrazó a la doctora, también dormida, quien correspondió al arrumaco, creyendo sin duda abrazar al mormón. Formaban un duo tan hermoso, doctora y paciente, enlazadas en el suelo del elegante consultorio, que el guardia se emocionó y se sentó un momento a contemplarlas en silencio, abandonado a sus propios pensamientos, hasta que unos jadeos in *crescendo* por parte de la doctora y unos movimientos convulsivos y soeces de sus caderas, cosa totalmente inapropiada para un momento cuasi espiritual como aquel, propició que el guardia se pusiera en marcha y llevara a Salvadora a la celda de acondicionamiento previo a su paso por la Máquina, donde las personas susceptibles de entrar en ella solían tomarse una jornada de reflexión de al menos veinticuatro horas para decidir si iban a seguirlo o no. Excepto en los casos urgentes, enviados allá por la Sanidad Pública o por algún hospital psiquiátrico con la orden por escrito de separar el ego del sujeto en cuestión con carácter de urgencia.

Cuando Salvadora se despertó, avergonzada por su comportamiento, comenzó a recordar muchas de las circunstancias que la habían llevado allí: Las interminables sesiones de estudios con sus compañeras del instituto, más atrasadas y perezosas que ella, a quienes ayudaba a cambio de obtener sus simpatías y tener amigas con las cuales salir a divertirse y relacionarse, cosa que se prolongó durante toda la carrera de asistente social, como no, que completó con éxito en la universidad, su actividad los domingos en la parroquia del barrio, donde ayudaba en la cocina del comedor social y en la distribución de alimentos entre los necesitados, sintiéndose así necesaria, incluso imprescindible para aquellas pobres gentes, quienes la alababan y agradecían sus cuidados y donaciones, su trabajo para la municipalidad de una villa miseria en el Gran Buenos Aires, donde se sentía casi como una institución, y por fin su desgraciado matrimonio con un guapo mozo, de nombre Maximiliano, jugador compulsivo que ganaba un mísero sueldo limpiando en el hipódromo en el turno de mañana y se gastaba dos (el suyo y el de ella) en las carreras durante el turno de tarde. Pero ponía una cara tan contrita y arrepentida cuando ella lo reconvenía por su adicción al juego, por la vida miserable que llevaban juntos a causa de eso y le agradecía tanto el que ella aún estuviera con él, que hiciera aquello por un perdedor que no la merecía en absoluto, que Salvadora continuó en esa lucha perdida de antemano hasta que Maxi conoció, en una de las pocas tardes en las que apostara a un caballo ganador, a una viuda rica que lo secuestró literalmente, arrancándolo de su lado para arrastrarlo a una vida de apuestas, casinos y lujo superfluo hasta que se acabaron los ahorros del difunto marido de la susodicha. También vinieron a su mente los familiares, amigos y vecinos que frecuentaban su casa, un dia sí y el otro también, a pedir favores, usarla de paño de lágrimas o simplemente para explicarle sus cuitas. Estos recuerdos se fueron diluyendo a medida que el rumor amortiguado del funcionamiento de la Máquina avanzaba hacia el fin del programa que le aplicó el enfermero de guardia.

Una vez concluido el tratamiento, Salvadora salió de la Residencia y se especializó en el cobro de morosos, empleando procedimientos denominados *soft*, escuchando con empatía y suma paciencia los problemas de aquellos pero mostrando al mismo tiempo una firmeza de carácter y un sentido de la equidad que la hicieron acreedora de la Medalla al Mérito Bancario durante varios años consecutivos, hasta que vino el corralito y se retiró a una isla de las Antillas Holandesas, donde actualmente vive feliz, casada en segundas nupcias con un jardinero especializado en céspedes artificiales de todos los precios y calidades y dedicándose a criar a sus trece hijos, con los cuales emplea metódicamente disciplinas pedagógicas tan socorridas como el refuerzo positivo, la paga semanal, el helado de los domingos y el taburete de pensar.

CUARTA PARTE EL LABORATORIO

Queridos visitantes, bienvenidos al Laboratorio de la Fundación para el Adelgazamiento del Ego. Mi nombre, como ya saben, es Piluca Mostacho, directora del Laboratorio y antigua ayudante del profesor Castrati, que en la urna descanse. Mi trabajo consiste en supervisar todos y cada uno de los diferentes tratamientos que se aplican a los pacientes antes de entrar en la Máquina Separadora de Egos. La Residencia dispone de un experimentado equipo de terapeutas que examinan con sumo detalle el historial de cada usario o usuaria y determinan los resultados idóneos que se busca obtener en cada uno de los casos. Huelga decir que estos usuarios, en la mayoría de las ocasiones, acuden bastante ofuscados por los problemas que les crea su ego y carecen de objetividad y de un criterio fiable a la hora de decidir qué cambios quieren obtener con el tratamiento. Es trabajo de nuestro departamento de terapia pre-bipartición parar la primera acometida y consensuar con el paciente los objetivos que se enviarán más tarde al Laboratorio para su estudio. Se trata casi siempre de despolarizar y alejar al individuo de actitudes radicales y hacerle ver que debería vivir con un ego que le sirviera para alcanzar aquellas metas materiales y espirituales para las que se halla preparado y que le van a ayudar a realizarse en la vida, siempre respetando un principio fundamental: La ecología, entendiendo ésta como el respeto hacia uno mismo y hacia los demás, sobre todo hacia aquellas personas directamente relacionadas y/o que incluso dependen de alguna manera del sujeto tratado.

Diversos errores cometidos en el pasado lo aconsejan así, si desean conocer detalles muchas veces incluso divertidos, por lo surrealistas que son algunos, pueden comprar a la salida el libro "Historia de la FAE, levántate y anda y vuélvete a caer".

Estamos hablando de un protocolo de tratamiento que afecta a un porcentaje de más o menos el 80% de las personas que requieren nuestros servicios. No obstante, ya que respetamos la libertad individual de la gente y su derecho sacrosanto a tomar sus propias decisiones, aún a costa de sí mismas, la Fundación ofrece la posibilidad, siempre bajo la propia responsabilidad del individuo y firmando ante notario un documento que exime a esta entidad de cualquier responsabilidad civil o penal, que no moral, por eso mismo este tipo de casos se analizan con lupa y ante la posibilidad de causar daños a terceros, o bien se le niega el tratamiento, o bien nuestro gabinete legal estudia detenidamente el caso y exige garantías para la protección de aquellos intereses ajenos que podrían resultar dañados por los resultados requeridos después de la bipartición y posterior tratamiento.

Como todos ustedes comprenderán, este tipo de casos le cuestan muchísimo dinero al cliente, primero por el trabajo de pre-producción y estudio, por decirlo así, después por la implicación del equipo de abogados – nómbrenme un abogado barato y me meto en la Máquina ahora mismo - , y también consideramos en su momento que los precios exhorbitantes de estos tratamientos actuarían como medida disuasoria, pero ahí nos equivocamos en nuestras previsiones. Cada año que pasa sube el porcentaje de

"tratamientos libres", como se denominan de puertas para adentro en la Residencia, estando en este momento en el orden del 22% sobre el total.

Esto tiene, evidentemente, efectos muy beneficiosos para las arcas de la Fundación y permite poder desviar una parte muy importante de esos ingresos a la investigación y desarrollo de nuevos productos y servicios para el mejoramiento del individuo y de la sociedad, pero implica también que a menudo tanto el equipo del departamento de prebipartición como el del departamento de seguimiento post-bipartición del ego esté saturado, debido a la dificultad y lentitud de su trabajo, circunstancia que ha provocado en la actualidad que haya una lista de espera de pacientes semejante a las que suelen haber en la sanidad pública para los trasplantes. Aprovecho ahora para desmentir los rumores recientemente aparecidos en los medios de comunicación de que "pagando más te atienden antes". Esto es rigurosamente falso. Es más, les informo de que existe una comisión de intervención y control que depende directamente de la asamblea general de la Fundación, máximo órgano de poder dentro de ella, que se dedica a vigilar muy de cerca que no se cometan irregularidades de este tipo. Me atrevería a decir, parafraseando a la Biblia y con todo el respeto, que "Es más difícil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico se cuele en la lista de espera de los tratamientos libres".

Ya sé que ustedes esperaban encontrar un laboratorio con probetas, tubos de ensayo y productos químicos, me consta por mi experiencia en atender grupos como el suyo, pero les aseguro que estas salas de reuniones numeradas que ven ustedes a su izquierda, donde se discuten y deciden los tratamientos a seguir, bullen de frenética actividad de lunes a sábado durante las 24 horas del día y, si eso fuera posible, les diría que las pantallas de ordenador que pueden contemplar a su derecha echan humo constantemente, así como los cerebros de los empleados y empleadas que los manejan.

En esa sala grande de allá reside el departamento de archivo. Sí, la puerta parece la de la cámara acorazada de un banco, y la verdad es que trabajamos con la misma empresa de seguridad que abastece a las grandes entidades bancarias, inclusive al de la Nación. Deben entender que el secreto profesional es importantísimo en nuestra labor y que cualquier filtración podría dar al traste con nuestro trabajo durante tantos años, perderíamos la credibilidad y nos enfrentaríamos a demandas millonarias que dudo que pudiéramos pagar en caso de perder en los tribunales. También quiero desmentir las acusaciones aparecidas hace dos años en el diario *Miento*, que aseguraban que rebajábamos el ego de los clientes insatisfechos con el tratamiento para así tranquilizarlos y evitar que éstos nos denunciaran. Es rotundamente falso. Y si alguien lo duda, que lo diga ahora mismo que lo paso por la Máquina. Es broma, no pongan esa cara, jeje.

Para resumir, les diré que el trabajo del Laboratorio consiste en estudiar las propuestas que el equipo de terapeutas pre-bipartición nos pasa. La mayoría de ellas, las llamadas *propuestas standard*, se aprueban inmediatamente y se les asigna un determinado programa en la Máquina. Inmediatamente después les ponen fecha y se le comunica ésta

vía teléfono y/o correo electrónico al cliente, de manera que, cuando éste acude a la Residencia, todo está preparado para recibirlo y efectuar su paso por la Máquina correspondiente. Salvo casos excepcionales de egos muy pesados, en que hemos tenido que ponerles plomo en los zapatos para que no levitaran, los pacientes que lo desean salen en perfecto estado de salud de la Residencia y andando por su propio pie, aunque siempre les recomendamos que es mucho mejor y menos traumático que se queden a residir en nuestras dependencias mientras dura el tratamiento de adelgazamiento, cerca de su ego, que está especialmente sensible y muchas veces añorado de su cuerpo físico, así en cualquier momento pueden visitarlo, mimarlo, jugar con él y, sobre todo, conocerlo a fondo desde una perspectiva totalmente diferente. Se nos ha acusado repetidamente de favorecer e incluso manipular a los usuarios, convenciéndoles de que residan aquí durante el adelgazamiento para así poder aumentar los emolumentos que percibimos en concepto de pensión completa y algunos servicios de ocio y entretenimiento que ofrecemos, como el del balneario situado en la quinta planta, las lujosas suites de la cuarta, los cursos de artes marciales, yoga, meditación, etc. Nada más lejos de nuestra intención. Me consta que nuestra directora, Sor Jefa, es partidaria de subcontratar todos esos servicios y existe la voluntad, que deberá ser refrendada por mayoría en la próxima asamblea de la Fundación, de poner en manos de empresas privadas de hostelería en un futuro cercano todos los servicios complementarios que no tengan a ver directamente con el tratamiento.

Una vez completado el adelgazamiento, el paciente se reúne con su ego y con el terapeuta asignado a su caso en una de las salas especialmente acondicionadas, insonorizadas y acolchadas en el departamento de Reencuentros, situado justo encima de nosotros. Después de aleccionar y advertir convenientemente al usuario, el terapeuta abre la urna, que antes ha sido trasladada allí desde el Dormitorio para Egos y abandona prudentemente la sala, permitiendo ese momento de intimidad que supone para ambos el volver a juntarse. No obstante, el terapeuta se encuentra muy cerca por si se produjera el temido rechazo, tanto por parte del cuerpo-Ser, acostumbrado últimamente a vivir sin ego, como por parte del ego, que a veces no se siente con fuerzas para asumir el trabajo que le espera. El porcentaje de rechazos es mínimo, prácticamente infinitesimal, y solo se da en casos en que el individuo, por razones personales o profesionales, o ambas, no ha estado en contacto con su ego durante el tratamiento. O sea que valoren ustedes mismos si vale la pena quedarse a vivir en la Residencia mientras dura el período de adelgazamiento.

Quiero salir al paso de las declaraciones del propietario de la empresa *Ego Filter*, fabricante de los conocidos y anticuados filtros para el ego de tan dudosa efectividad y, por llamarlo de alguna manera, competidor nuestro, en las cuales nos denigraba y atentaba gravemente a nuestro honor, asegurando que la Fundación trataba en secreto a ciertos tímidos individuos, usuarios del engorde sistemático del ego o ESO, con un exceso de engorde para después poder alargar el tratamiento y que el sujeto en cuestión acabe en la Máquina, con los ingresos adicionales que eso supone. Y tengo que decir también que no nos hizo ninguna gracia el titular del periódico sensacionalista *El*

Heraldo Amarillo, que decía, textualmente: "Con mucho ESO, vas hacia lo OTRO". Ya veo que a ustedes sí. Pueden reírse, estén tranquilos, antes de recibirles conecté mi I-Ego a la máxima potencia durante cinco minutos. Es fantástico. En este momento podría estar escuchando sus estúpidas risas y aguantando sus insulsos y vulgares comentarios durante una hora como mínimo. Y en el caso de que fueran gente inteligente, hasta casi dos horas. No pongan esa cara, es otro gag que utilizo. Es que soy así de cachonda. ¡Recuerdo que lo pasábamos tan bien con el profesor Castrati! ¡Nos reíamos hasta de nuestro propio ego! Bueno, sobre todo de eso... claro... había que dar ejemplo... Un día, cuando se nos murió el primer paciente en la Máquina, nos dió un ataque de risa al comunicárselo a la familia que un poco más y me meo encima, oigan, fue una pasada... Cuando teníamos que dar malas noticias no nos podíamos ni mirar a la cara. Nos desternillábamos. Al final las dábamos de espaldas. O nos lo jugábamos a los chinos, sí, teníamos un chino especialista en dar malas noticias, siempre con la sonrisa en la boca. "Su marido se ha muelto, señola, se acabalon los ploblemas con su ego. Son diez mil dolales del ala. ¿Quiele un chupito de licol de lagalto pala la implesión? O plefiele pasal pol la Maquina, es lo mejol, pala usted solo cinco mil, señola..."

Veo que les hace mucha gracia. Eso es porque aún tienen mucho ego. Que sepan que tenemos descuentos para grupos. No importa que se hayan conocido en el autobús de línea, se ve a la legua que se llevan bien. Además, su dinero es tan bueno como cualquier otro.

Bueno, pues yo ya he terminado con mi exposición, hagan el favor de pasar a la sala de ruegos y preguntas y sentarse cómodamente en las butacas que están a su disposición. Verán que les hemos dejado varios papeles y formularios: El primero es una compilación de las preguntas más frecuentes con sus respuestas respectivas, les pido que lo lean detenidamente puesto que va a despejar un tanto por ciento altísimo de las dudas que puedan tener sobre nuestro trabajo. El segundo es el conocido test EAE, o de Estado Actual del Ego, que pueden ustedes rellenar y se lo remitiremos, después de estudiarlo concienzudamente, con la respuesta de cómo está su ego en este mismo momento y con una propuesta de tratamiento adaptado a sus necesidades, así como también incluiremos un presupuesto detallado con un buen descuento por habernos visitado. No olviden poner su dirección de correo electrónico, ya saben que aquí no imprimimos nada que tenga que salir de las nuestras dependencias, por respeto al medio ambiente y también a su privacidad.

Buenas tardes y nos vemos en la Máquina, jejeje.

¡Ah! Y recuerden que pueden dejar sus impresiones y comentarios y sugerencias en nuestro libro de visitas, justo delante de la tienda situada a la salida. No lo miramos nunca pero queda muy bien tenerlo, nos da un perfil público más democrático y participativo. Hoy en día hay que cuidar la imagen del ego de la Fundación...

QUINTA PARTE

PREGUNTAS Y RESPUESTAS MÁS FRECUENTES

¿Cuanto vale el tratamiento?

A usted, que por lo visto solo se preocupa por el dinero, le va a costar un pastón, no queremos decírselo aquí, ya que el desfibrilador que tenemos en la sala no funciona muy bien. Pero lo que sí le podemos adelantar es que usted lo necesita más que nadie, así que si no tiene dinero vaya corriendo al banco y pida un crédito. Diga que va de nuestra parte, todos los bancos saben que nuestros clientes siempre pagan. La Máquina ha hecho maravillas con algunos morosos recalcitrantes que pasaron por aquí.

¿Se puede pagar a plazos?

¿No le he dicho ya que al Banco sí? No insista, por favor, tenemos mucho trabajo y muchos clientes que pagan a tocateja a los que atender.

¿Castrati era mariquita?

¿Eso es lo que le gustaría a usted? Debería mirar cómo se siente con respecto a la homosexualidad. ¿Se quedaba usted hasta el final en el vestuario cuando hacían deporte, en el instituto? ¿Miraba usted el cuerpo desnudo de sus compañeros en la ducha y después se avergonzaba de ello? ¿Sueña a menudo con hombres de pelo en pecho vestidos de bailarina de ballet?

¿Es muy largo el tratamiento?

Largo y corto son dos conceptos relativos. Normalmente al ego se le hace largo y al Ser corto. A su cónyuge corto y a su amante largo. A su jefe largo y a su empleado corto. Por cierto, usted como se definiría: ¿Largo o corto? ¿Lo ve? No es fácil.

¿Y si me arrepiento cuando ya esté dentro de la Máquina?

¿Y si me arrepiento yo y le quito este papel por no haber entendido nada? Jodeer...

¿Y si la Máquina se estropea estando yo dentro?

Pues lo sacamos y lo metemos en otra, o es que se cree que solo tenemos una?

¿Qué ocurre cuando tienes claustrofobia?

Nada, te aguantas y punto.

¿Y cuando tienes mucha claustrofobia?

No entras en la Máquina y, en cambio, haces quince años de terapia y veinte de meditación diaria. Da los mismos resultados y es ligeramente más barato.

¿En qué consiste el tratamiento de seguimiento post-bipartición?

¡Por fin una pregunta inteligente! Veremos si la respuesta está a la altura: Depende de cada caso, pero, en general, la idea es comprobar que el ego está convenientemente limado y que cumple con las expectativas puestas en él en su día a día. Primero se realiza un seguimento semanal, después quincenal, mensual, semestral y anual. Es una manera de seguir incrementando los ingresos de la Fundación y también de asegurarnos que la mayoría de los familiares directos y amigos próximos del paciente caigan algún día en nuestras redes. Nuestros post-terapeutas cobran altísimas comisiones por cada nuevo paciente captado. Los llamamos "pacientes referidos".

¿Qué ocurre cuando se produce un rechazo? ¿Qué hace el Laboratorio?

Utilizamos una técnica antiquísima, que hoy en día utilizan aún algunas tribus. Colocamos al ego y al individuoa en medio de un círculo formado por familiares, amigos íntimos y también por los terapautas de la Fundación con los que han mantenido trato. Acto seguido y por turnos cada uno de los integrantes del círculo va contando a todos los presentes y especialmente al sujeto tratado, todas aquellas cualidades positivas que le adornan y muchos de las acciones hermosas, generosas y desinteresadas que recuerdan de su pasado. Es una ceremonia preciosa. El ego y el individuo acaban fusionándose de nuevo y en ningún caso han presentado jamás ningún problema. Tanto es así que estamos estudiando incorporar esta técnica a todos y cada uno de los tratamientos que realiza la Fundación.

¿Se sabe alguna cosa más del matrimonio Castrati-Porteño?

Le conozco, es usted periodista de la prensa rosa y se ha disfrazado de visitante para intentar sonsacarnos algo más. Pierde usted su tiempo y nos hace perder el nuestro. Por su fijación por el pasado reconozco en usted a un futuro usuario de la Máquina.¿No quiere pasar ahora, aprovechando el descuento que tiene como visitante? Y haremos la vista gorda, oiga, creo que lo necesita... venga, tontín, si no duele... ya verá lo bien que se vive en el aquí y el ahora...

¡Cuando saldrá el tan anunciado I-Ego con control remoto para adolescentes díscolos?

Vaya, otro que no sabe discernir entre la realidad y las leyendas urbanas que circulan por Internet. Como ya hemos manifestado en repetidas ocasiones, no está clara la base ética que sustentaría el poder controlar a un ser humano (y un adolescente lo es, aunque muchas veces lo disimule muy bien) y manipular sus emociones a distancia desde criterios ajenos, aun siendo éstos los de sus progenitores. Por no hablar de la posible inconstitucionalidad de estos aparatos en muchos de los estados de derecho en que se comercializarían, así que, de momento, nada de nada.

¿Se puede pagar a plazos?

A ver, seguridad, hagan el favor de llevarse a este pesado a la salida y que se vaya con viento fresco. Por supuesto que puede pararse un momento en la tienda, siempre que haga gasto. Lo cortés no quita lo caliente, digo lo valiente.

Mi perro tiene un ego muy grande. ¿Lo puedo traer para tratarlo en la Máquina?

No tratamos animales de ningún tipo y menos, perros. Después del incidente con los hijos del profesor Castrati decidimos adoptar esta norma, por respeto y por considerar que los animales no tienen ego, sino que la sabia Naturaleza les dota de una determinada manera de ser y de actuar que necesitan para la supervivencia y protección de la especie. Excepto quizá los animales domésticos, que suelen imitar los rasgos de carácter de su amo y señor. Así que le sugerimos que se mire en ellos como en un espejo y que venga usted a tratamiento.

¿Me puede explicar la diferencia entre separación temporal y bipartición total?

Las dos parten de lo que llamamos "bipartición primigenia", que es el acto de separar totalmente el ego, ponerlo en una urna como las que ha visto usted en el museo y someterlo, mediante técnicas que constituyen el verdadero secreto del tratamiento de la Fundación, a un acondicionamiento temporal que hace que este ente baje de egotrías lo suficiente como para que, cuando se funde de nuevo con el cuerpo, la mayoría de los problemas que había anteriormente por causa de un ego agigantado o empequeñecido desaparecen totalmente. Este proceso es lo que llamamos separación temporal del ego, la cual obliga casi siempre al paciente a tomarse unas vacaciones, puesto que es muy difícil y a veces incluso traumático (sobre todo para la gente que le rodea) seguir con la vida normal y el trabajo sin ningún ego que le sostenga. De ahí que se comenzara a llamar al edificio principal de la Fundación Residencia de Verano para egos maltratados o maltratadores. En cuanto a la bipartición total es un programa especialmente creado por la Fundación que supone poner la Máquina a la máxima potencia y dotar al ego de una autonomía propia que le permita existir por sí mismo (inclusive, por decirlo así, físicamente) y a la vez dota al cuerpo-Ser de una entidad suficiente (de hecho, ya la tiene, tan solo la hace emerger) como para vivir sin ego, y lo que es aún mejor, sin memoria ninguna de su vida anterior. El paciente recibe al salir de la Máquina un resumen virtual de su vida anterior, donde se explica también el tratamiento del que ha sido objeto y en el que dice claramente, por contrato, que puede volver a reunirse cuando quiera con su ego que, de momento, quedará en las dependencias de la Fundación. Hasta ahora no se ha dado ningún caso de reunificación después de una bipartición total.

¿Es muy cara la bipartición total?

Como tipo de tratamiento es el más barato que tenemos, ya que las personas que desean perder de vista del todo a su ego suelen tenerlo muy claro, han hecho un intenso trabajo interior previo y acostumbran a convencer rápidamente a nuestros pre-terapeutas. Después de su paso por la Máquina, no hay adelgazamiento ni engorde, no hay sesión de reunificación y no hay proceso de seguimiento. Tan solo se paga una mínima cuota de alquiler de urna y mantenimiento comparable a un guardamuebles y, cuando muere el individuo, el ego es custodiado por la Fundación para poder realizar futuros experimentos en sus investigaciones. Siempre con el permiso de los herederos, claro está. Si éstos lo desean, el ego es liberado para que se funda con otras energías, puesto que, a fin de cuentas, eso es lo que es el ego: un cúmulo energético de pensamientos, o sea, nada real.

SEXTA PARTE

EL TEST EAE

(Estado actual del Ego)

Conteste estas cuatro preguntas, marcando una de las tres opciones:

¿Quién es la persona más importante de su vida?

- 1)Yo, yo, yo y más yo y, por último, solo yo. (O sea, usted)
- 2) Mi pareja, mis hijos, mis padres, etc. (O sea, lo que es "mío", o "suyo" en este caso)
- 3) Todas las personas son importantes por lo que son, personas.

¿En qué piensa usted constantemente?

- 1) En su hipoteca, en llegar a final de mes, en la crisis, etc (O sea, en usted)
- 2) En lo que pudo ser y no fue, en lo mal que lo hizo, en el dinero que no guardó, etc. (Idem)
- 3) En disfrutar del momento presente y en dar gracias por todo lo bueno vivido.

¿Cree usted que es capaz de cambiar?

- 1) No, yo soy como soy y no puedo, no me da la gana, no quiero, no voy a... cambiar.
- 2) Es demasiado tarde, las cartas ya están echadas, si volviera a nacer, quizás...
- 3) Pues claro, al menos lo intentaré. ¿Me podría indicar como hacerlo? Gracias.

¿Quien cree que tiene la culpa de todo lo malo que le pasa?

- 1) Los astros, el gobierno, la crisis, mis padres, mis maestros, mi jefe, mi mujer, etc.
- 2) Las circunstancias, mi mala cabeza, el cine romántico, las malas compañías, etc.
- 3) No existen cupables, es mi responsabilidad y voy a ocuparme de ello para cambiarlo.

Ahora sume los números seleccionados y compruebe su diagnóstico:

A) Entre 4 y 6 puntos: Es usted, lisa y llanamente, un gilipollas incapaz de tomar las riendas de su vida y otorga ese poder a otros. Todo el sufrimiento que le reporta esa

situación no le sirve de nada, eso es lo más triste, ya que, cuando usted no esté, su paso por la vida solo será recordado como mucho por su casero, que quizá añorará el alquiler que le paga mensualmente, aunque esa añoranza se fundirá en el olvido cuando encuentre otro inquilino. Bueno, y también por otros gilipollas como usted, aunque... ¿A quién le importa eso? No me lo diga: A usted y a nadie más.

- B) Entre 6 y 12 puntos: Está usted en el camino de traspasar su ego y no dejarse engañar por ese personaje que ha ido creando a lo largo de su vida y que le ha ayudado a llegar hasta aquí. No obstante, todavía cree que su realidad viene determinada en gran medida por los dictados de afuera, por las circunstancias externas, por lo que dicen los medios de comunicación, por la suerte, etc. Siga cambiando su manera de ver la vida, según como la vea, así será. Y recuerde que el verdadero viaje es el viaje interno. Eso le ayudará a ver el bosque tras las ramas.
- C) Entre 12 y 18 puntos: Usted sí que sabe. Intuye que el secreto está en el *qué* y no en el *cómo*, en escuchar al Ser y no a la Mente, en respirar más y en pensar menos. En vivir en el aquí y en el ahora. En crear su propia realidad y no en vivir como quieren los demás. En la meditación y no en la medicación. Pero no se confíe, los enemigos acechan por todas partes. Sobre todo dentro de usted mismo.

NOTA IMPORTANTE:

En todos los casos, obtenga la puntuación que obtenga, **usted necesita tratamiento**. Nos necesita a nosotros. Y nosotros, la Fundación, le necesitamos. No le diremos para qué, porque resulta obvio. ¿No? Así que haga el favor de remitirnos el test y dentro de muy poco nos pondremos en contacto con usted y le asignaremos fecha y hora para la primera visita. Su caso, como tantos otros, será un éxito, y domesticaremos su ego convenientemente para que viva una existencia plácida y feliz. Y sus amigos y familiares nos lo agradecerán y también pasarán por caja... ejem, quise decir por nuestras dependencias.

FIN